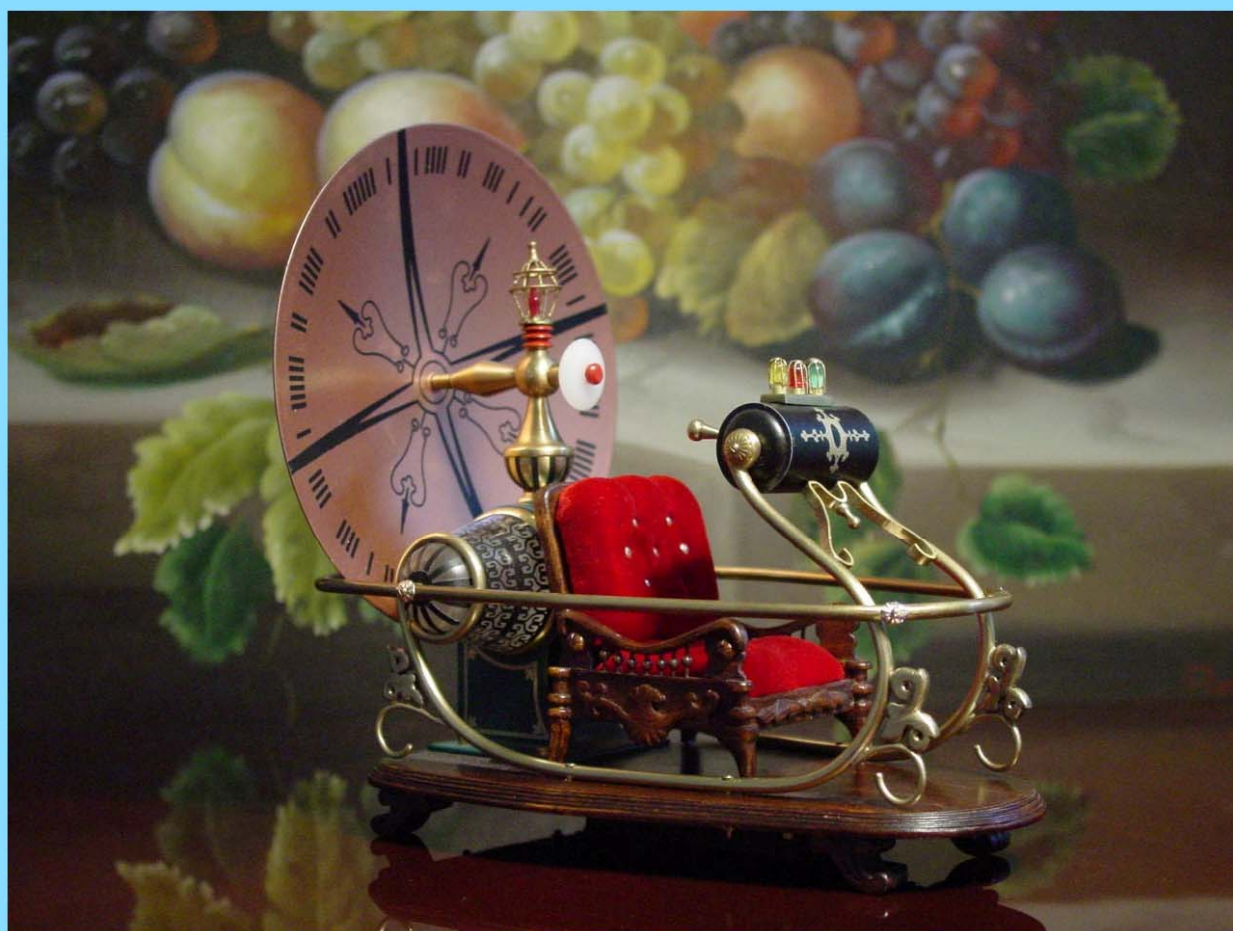


CRONORRELATOS

I

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
EL ADIVINO	3
UN NUDO EN EL TIEMPO	11
PARADOJA TEMPORAL	13
EL CASO DE LA MÁQUINA DEL TIEMPO	19
LA MÁQUINA DEL TIEMPO	34
LO QUE FUE, ESO SERÁ	47
LA FUERZA DEL DESTINO	64
LA PRIMERA MÁQUINA DEL TIEMPO... Y LA ÚLTIMA	78
AQUILES Y LA TORTUGA	80
EL RETRATO	113

PRESENTACIÓN

Uno de los tópicos más populares -y socorridos- dentro de la ciencia ficción ha sido, ya desde los mismos orígenes del género -véase el ejemplo del clásico de H.G. Wells *La máquina del tiempo*-, el de los viajes temporales dentro de sus múltiples variantes. Yo, como lector y como escritor, no podía ser insensible a ello, razón por la que a lo largo de los años he escrito varios relatos, de mayor o menor calibre, que abordan precisamente esta temática. Conste que, desde un punto de vista rigurosamente científico -al fin y al cabo la cabra siempre tira al monte- considero de todo punto imposible tales historias, pero dan tanto juego literario...

En esta antología he reunido todos mis relatos relacionados con los viajes por el tiempo, excluyendo tanto las ucronías como los cuentos relativos a universos paralelos o alternativos dado que éstos constituyen, al menos para mí, un subgénero diferente que merece un apartado propio. Aunque no son demasiados, creo que recogen en su conjunto la visión que tengo de qué podría ocurrir si los viajes por el tiempo pudieran ser realmente posibles... incluso retorciéndolos un poquito, a veces en serio y en ocasiones, por qué no, también en clave de humor.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en dos volúmenes, siendo éste el primero.

José Carlos Canalda

EL ADIVINO

-El señor Herranz, supongo.

Levantando levemente la cabeza a modo de muda respuesta, el aludido barrió con la mirada a su desconocido interlocutor, un hombre de mediana edad y aspecto gris y anodino. Satisfecho al parecer de la inspección, se incorporó lentamente del banco en el que hasta ese momento permaneciera sentado esbozando un frío y estudiado ademán de austera cortesía.

-En efecto, soy yo -respondió en tono neutro-. Y usted debe de ser el señor Fernández. ¿Me equivoco?

-En absoluto -sonrió el individuo en un inútil esfuerzo por romper el hielo-. Señor Herranz, comprendo perfectamente que usted desconfíe de mí, pero le aseguro que mi único interés es evitar el grave percance que se cierne sobre usted; aún estamos a tiempo de conseguirlo, pero no podemos permitirnos el lujo de perder un solo minuto. Le va mucho en ello, recuérdelo.

-Sí, según usted me juego nada menos que mi propia vida -fue su glacial respuesta-. Sinceramente, señor Fernández, tengo serias dudas sobre si este asunto se trata de una simple broma de mal gusto o si, por el contrario, me encuentro frente a un sofisticado y original intento de estafa. En los tiempos que corren nada de esto es imposible.

-Está usted en su perfecto derecho de sospechar de mí; a decir verdad, así lo esperaba. Por ello desde el primer momento centré mi interés en convencerle de que no le estoy tratando de engañar.

-Si le he de ser sincero, tengo que confesarle que mi primera intención fue la de avisar a la policía. Su propuesta, amén de insólita, es totalmente descabellada; no me querrá hacer creer que es normal que un perfecto desconocido se presente ante mí para mostrarme un ejemplar del periódico que se editará dentro de dos días con la noticia de mi propia muerte... Ambos somos personas adultas.

-Comprendo su extrañeza, y celebro que no lo llevara a cabo; de haberlo hecho así, ni nada ni nadie hubiera podido salvarlo. Pero cuento con la prueba irrefutable de que mis afirmaciones son ciertas.

-¿Se refiere al famoso periódico del que me habló por teléfono?

-En efecto. Aquí lo tiene; busque en la sección de sucesos.

Con un ligero pero perceptible temblor en las manos, Herranz desplegó nerviosamente el diario deteniéndose en las páginas centrales que ojeó minuciosamente.

-¿Convencido? -preguntó Fernández a su absorto interlocutor.

-Ignoro cómo ha podido llegar esto a sus manos -respondió tras un largo silencio; su lívido rostro reflejaba bien a las claras la naturaleza de sus pensamientos-. Pero me resisto a creer que se trate de algo distinto de un fraude... Tiene que serlo.

-Se equivoca. El universo está repleto de misterios, y tan sólo una ínfima parte de estos conocimientos están al alcance de la ciencia actual. Que no se pueda explicar, no significa que no sea posible.

-Tonterías. Es mucho más fácil pensar en que tiene un contacto en los talleres donde imprimen este periódico. No sería demasiado difícil falsificar un ejemplar. Además - continuó endureciendo la voz-, ¿a qué se debe que esté tachada y por lo tanto ilegible la mayor parte del artículo? Tan sólo he podido leer los titulares y ver una antigua foto mía, pero no he conseguido enterarme de las circunstancias de mi... hipotética muerte.

-Comprenda que todavía no hemos cerrado el trato, y yo debo defender mis intereses. En el caso de que lleguemos a un acuerdo yo le proporcionaré otro ejemplar del diario, esta vez intacto, y le informaré con todo detalle sobre la manera de resolver la crisis. Por otro lado, y respondiendo a su pregunta anterior sobre la posible falsificación de este periódico, le diré que no discuto la posibilidad de incluir en un ejemplar la falsa noticia de su muerte; pero elaborar todo un periódico de manera que éste parezca verdadero es algo prácticamente imposible. Además, podrá usted comprobarlo dentro de un par de días; tan sólo variará la noticia que hace referencia a usted permaneciendo invariable el resto de la información.

-Y mientras tanto usted habrá desaparecido del mapa con un buen puñado de billetes en los bolsillos.

Me coloca usted ante una difícil situación -respondió el presunto adivino mostrando en su rostro un súbito rubor quizá no del todo espontáneo-. Sí, es cierto que en pago a mi ayuda suelo cobrar una pequeña cantidad para subvencionar mis investigaciones; tenga en cuenta que vivo de esto. Lo cierto es que me temo que no tendrá otro remedio que confiar en mi palabra al igual que lo hicieron el resto de mis anteriores clientes, ninguno de los cuales por cierto quedó defraudado.

-Eso no responde a mi pregunta -insistió Herranz con tozudez-. No pretenderá que me trague una bola como la que me propone así por las buenas... ¿Acaso no tiene ninguna manera de demostrarlo?

-Sí que la tengo; si no fuera así jamás me hubiera dirigido a usted. No soy tan ingenuo como para pensar que me iba a creer así por las buenas.

-Bien, ¿cuál es esa explicación? -interrogó el presunto difunto repentinamente nervioso.

-Créame que lamento sinceramente tener que recurrir a desvelar estas cosas -titubeó el adivino-; pero no me queda otro remedio para intentar convencerlo. Usted, señor Herranz, como todo el mundo sabe, es un próspero hombre de negocios y un feliz padre de familia. Lo que ya no resulta tan conocido es que, escudado en sus frecuentes viajes por todo el país, demuestra un especial interés por visitar un lujoso chalet de la sierra cuya propietaria legal es... espere un momento -se interrumpió al tiempo que comprobaba unos datos en su pequeña agenda-. Sí, la señorita Eva Castaño Marín, de veinte años de edad, soltera y muy atractiva -concluyó, resaltando inequívocamente las últimas palabras.

-¡Vaya! Empecemos por ahí -respondió furioso el empresario-. De manera que se trata de un chantaje... ¿Y usted quién es realmente? ¿Un amigo de Eva?

-Se equivoca de nuevo. Yo no conozco a esa señorita ni tengo el menor interés en desvelar su vida privada.

-Pues a pesar de ello está usted muy enterado de mis andanzas, demasiado para ser quien dice usted que es. ¿Acaso le envía mi mujer? ¿Es un detective privado?

-No a sus dos preguntas. Tan sólo soy un inventor afortunado que se gana la vida explorando el futuro inmediato y enderezando éste de manera que mis clientes consigan salvar sus vidas

-Sigo sin creerle. ¿No le parece que ha montado un tinglado demasiado fantástico? Reconozca su verdadera condición y dejémonos de farsas inverosímiles; Así sí podremos llegar a un acuerdo.

-Le daré otra prueba, espero que definitiva -insistió el hombrecillo-. Usted le regalará mañana, o pasado mañana, a su amiga un artístico collar de perlas, collar que habrá recogido o irá a recoger hoy mismo a una de las principales joyerías de la ciudad. ¿Me equivoco?

-¿Cómo ha podido saberlo? -balbuceó el ahora lívido Herranz-. El joyero es amigo íntimo mío y jamás hablaría a nadie de esto.

-¿Se convence de lo cierto de mis afirmaciones? Ningún misterio hay en que yo lo sepa; estos datos son secretos hoy, pero no lo serán pasado mañana cuando les encuentren muertos a ustedes dos en situación comprometida y a ella *vestida* únicamente con un

artístico y caro collar de creación exclusiva. Ya sabe, los periodistas suelen ser muy morbosos.

-Maldita sea, le creo -masculló el infeliz hombre de negocios al borde mismo de la desesperación-. Dígame lo que tengo que hacer para evitarlo; le pagaré lo que quiera.

-Me alegro de que así sea, señor Herranz; le aseguro que los dos haremos un buen negocio.

-¿Cuánto? -preguntó con brusquedad el empresario.

-¡Oh, muy poco! -exclamó Fernández regodeándose ante su derrumbado interlocutor-. Apenas nada comparado con lo que usted gana; una verdadera miseria.

-¿Cuánto? -insistió con un hilo de voz.

-¿Le parece bien cincuenta mil euros? En efectivo y en billetes usados.

-De acuerdo. Acompañeme al banco -respondió Herranz al tiempo que exhalaba un profundo suspiro.

* * *

-¿Y usted me garantiza que podré evitar el accidente?

-Sí si sigue al pie de la letra mis instrucciones -respondió un ufano Fernández fuertemente agarrado al maletín en el que guardaba el producto de su *trabajo*-. Tenga en cuenta que la etapa crítica dura hasta las veinticuatro horas de mañana. Una vez pasado ese tiempo podrá reanudar su vida normal.

-¿Y cree que bastará con no asistir mañana a mi cita con Eva?

-Yo no soy un adivino en el sentido habitual de la palabra; me limito a estudiar el futuro inmediato y a sustituir la posibilidad llamémosle A por otra distinta B; pero puesto que no sólo existen estas dos sino otras muchas más, no puedo anticiparle el carácter de la probabilidad B sino que he de limitarme a hacer todo lo posible por evitar la A, que es la desfavorable.

-Creo que lo entiendo. Usted no sabe lo que podrá pasar en el futuro una vez modificado, pero sí conoce su desarrollo original y pone los medios para modificarlo.

-En efecto. Evidentemente tendremos que esperar que la nueva vía adoptada no sea asimismo peligrosa; la posibilidad existe, por supuesto, pero lo más probable es que no sea así. En todos mis casos anteriores, que han sido bastantes, nunca ha ocurrido de esta manera para alivio de mis clientes.

-Y en esencia, ¿en qué consiste su método?

-Es muy sencillo. Me limito a leer los periódicos del futuro y selecciono aquellas noticias en las que se relatan sucesos graves, buscando a continuación la forma en la que éstos puedan ser evitados. Por supuesto esto no es siempre posible, por lo que en la práctica me veo obligado a limitarme a trabajar en casos de accidentes súbitos ya que es muy difícil evitar los fallecimientos por enfermedades, y eso solamente cuando el periódico da la suficiente información al respecto, hecho éste que no ocurre todas las veces.

-Y en mi caso...

-Se cumplían todos los requisitos, ya que se trata de un accidente fácilmente evitable. Usted tenía previsto visitar mañana a su amiga Eva. ¿Me equivoco?

-Es cierto -respondió el empresario repentinamente turbado-. Pensaba regalarle el collar que le acabo de comprar... Mañana es su cumpleaños.

-No lo haga. Se producirá un incendio en el chalet y ambos perecerán carbonizados. Así lo dice en el periódico, como podrá comprobar en cuanto lleguemos a mi casa.

-¿Cree usted que con eso será suficiente?

-Supongo que sí aunque nunca podremos estar seguros del todo. Usted no morirá abrasado pero podría fallecer de un infarto, le pongo por ejemplo. Pero tranquilícese; eso no ocurrirá.

-Así lo espero. ¿Pero qué pasará con Eva?

-Mucho me temo que eso tiene una solución más complicada. ¿Realmente le importa?
-le preguntó con cinismo.

-Bueno, no demasiado... En realidad ya se estaba empezando a poner bastante pesada. Hablando de otra cosa -exclamó, cambiando repentinamente de tema-; no me ha dicho como consigue su información. ¿Acaso es usted un científico?

-¡Oh, no! Tan sólo soy un simple inventor aficionado; pero a veces somos nosotros, y no los científicos oficiales, quienes efectuamos los descubrimientos más espectaculares -concluyó con orgullo Fernández.

-¿Acaso ha descubierto una máquina del tiempo?

-No exactamente, al menos si se entiende por tal a un artefacto que me permita viajar al pasado o al futuro. Mi invento consiste tan sólo en un receptor y transmisor temporal de objetos inanimados, pero su campo de acción es muy limitado, de apenas cincuenta horas, y además tan sólo es útil para objetos pequeños.

-Y usted lo utiliza para recoger periódicos de dentro de dos días.

-Exactamente. Dentro de las limitaciones que me imponía el artefacto, encontré que ésta podía ser una aplicación útil. Yo no soy un hombre de ciencia y mis conocimientos teóricos son muy limitados; llegué a este resultado de una manera totalmente empírica, y soy incapaz de obtener un mayor rendimiento.

-¿Cómo lo hace?

-Es sencillo. Adapté el aparato al buzón de mi vivienda y me suscribí a varios periódicos. El repartidor los deposita allí todos los días, pero cuando yo los recojo han retrocedido en dos fechas. Los leo y selecciono los casos que me interesan, cosa que no siempre ocurre; pero de esta manera he conseguido ir tirando.

-Lo que no comprendo es como puede ser posible rectificar algo que ya ha ocurrido; va en contra de toda lógica, aunque dadas las circunstancias deseo fervientemente que en mi caso ocurra también así.

-He meditado mucho sobre este problema, y a decir verdad no he conseguido hallar una respuesta satisfactoria para el mismo. Supongo que puede explicarse considerando que cada instante temporal es una encrucijada de la que parten infinitos caminos de los que sólo uno podrá ser seleccionado. Ahora bien, si todos ellos son en principio igualmente viables, no veo la razón por la que no pueda sustituirse uno por otro aun cuando éste haya tenido lugar; bastará con retroceder hasta la encrucijada para desde allí tomar un camino diferente.

-Esperémoslo. -suspiró Herranz.

-¡Pare aquí! -exclamó Fernández interrumpiendo a su interlocutor-. Mi casa es ésta de la esquina.

Una vez aparcado el lujoso vehículo propiedad del empresario, ambos hombres penetraron en el portal en el que Fernández tenía fijada su residencia con objeto de recoger el periódico prometido; ambos iban comentado apasionadamente detalles relativos al extraño fenómeno que descubriera y explotara Fernández.

-Entonces, ¿dice usted que no le ha sido posible ampliar el radio de acción de su aparato? -preguntaba un Herranz repentinamente tranquilo.

-En efecto -respondió el dueño de la casa al tiempo que introducía la llave en la cerradura-. Hasta el momento he sido incapaz de extender su efectividad más allá de unas cincuenta o cincuenta y cinco horas... fluctúa algo ignoro todavía por qué, pero siempre suele oscilar entre estos márgenes.

-¿Y si yo le dijera que le he engañado? -preguntó repentinamente un transfigurado Herranz al tiempo que cerraba la puerta de entrada impidiéndole toda posible escapatoria.

-¿Cómo dice? -preguntó extrañado Fernández al tiempo que sospechaba de una manera intuitiva que algo comenzaba a ir no demasiado bien.

-No, no quiero arrebatarle el dinero que le he entregado; como usted mismo dijo anteriormente, se trata de una miseria.

-¿Qué quiere usted de mí? -balbuceó asustado comprendiendo demasiado tarde que había cometido un error-. Yo he cumplido con mis promesas. ¿Por qué no cumple usted las suyas? -suplicó.

-Por la sencilla razón de que está en juego algo mucho más importante que las vidas de unos cuantos empresarios licenciosos -Herranz ya no era el atribulado personaje que había sido hasta entonces, y su aspecto asemejaba ahora al de un nuevo y redivivo inquisidor dispuesto a cobrarse su víctima.

-¿Qué va a hacer conmigo? ¿Quién es usted?

-Poco importa mi nombre. Tan sólo soy un simple engranaje de la compleja maquinaria que gobierna los destinos de la humanidad.

-¿Es usted un policía? ¿Un agente de la CIA?

-¡Oh, no sea ingenuo! Nuestra misión es mucho más trascendental y por supuesto infinitamente más antigua e importante. Somos los depositarios de todos los saberes perdidos desde el inicio de la civilización, y al mismo tiempo somos también quienes controlamos el acceso de la humanidad a los nuevos conocimientos científicos. Y usted es, supongo que ya lo habrá sospechado, una importante perturbación en nuestros planes, una perturbación que debe ser eliminada por el bien de todo el planeta.

-Pero yo... -balbuceó Fernández derrumbándose- yo no hago daño a nadie. Nunca lo he hecho.

-Sus descubrimientos son peligrosos ya que la humanidad todavía no está preparada para asimilarlos, por lo que éstos deben ser guardados hasta que llegue el momento oportuno.

-¿Qué va a ser de mí? -gimió.

-Será destruido físicamente; su muerte es necesaria para que nuestros planes se vean cumplidos.

-¿Por qué? ¿Qué daño puedo hacerles yo? Destruyan mi aparato, llévenselo, pero déjenme con vida. Puedo comprometerme a cesar en mis investigaciones -suplicó Fernández en un postrer intento por salvar su vida.

-Esto no es posible. Su caso estaba ya estudiado y previsto desde hace ya mucho tiempo. ¿Cree que de no ser así nos hubiéramos tomado tantas molestias? Tuvimos que inventar una personalidad, la mía, y aparentar un accidente futuro; por cierto, sí se puede falsificar un periódico completo -comentó con sorna el falso empresario.

-No me maten. Llénenme con ustedes. Puedo serles útil.

-No sea ingenuo. Usted apenas ha llegado a conocer un esbozo de nuestro saber, y sus hallazgos no son sino una pequeña parte de nuestros conocimientos sobre transmutaciones temporales, que para nosotros no son sino una mera rutina. Para nada nos es usted útil; tan sólo deseábamos saber hasta donde había llegado en sus descubrimientos... y ya lo sabemos, por lo que tan sólo nos queda hacerles desaparecer a usted y a su aparato.

-Déjenme... -alcanzó a exclamar Fernández antes de ser alcanzado por el certero disparo que segó su vida.

-¡Pobre infeliz! -exclamó Herranz al tiempo que enfundaba el arma-. Se creía un semidiós porque podía controlar el futuro de aquí a dos días... ¡Pobre infeliz! -volvió a repetir mientras cerraba cuidadosamente la puerta; el cadáver tendría que ser encontrado al menos dentro de tres días para evitar que la víctima pudiera predecir su propia muerte, por lo que volvió a repasar mentalmente la correcta ejecución de las órdenes que le habían sido dadas.

UN NUDO EN EL TIEMPO

El mismo día que Juan Martínez logró ver terminada su máquina del tiempo, una difícil disyuntiva se abrió ante él. Porque, ¿para qué dar a conocer a la humanidad el mayor avance tecnológico desde que fueran descubiertos el fuego o la rueda? ¿Para que ésta lo utilizara como una nueva arma capaz no ya de arrasar naciones enteras sino también de acabar con la propia civilización? ¿Para que se intentara matar a Cristóbal Colón antes de su viaje a América, se proporcionaran armas de fuego a los cartagineses de Aníbal o se comunicara a los nazis el secreto de la bomba atómica?

No, el secreto del viaje temporal debía ser mantenido oculto al menos hasta que la humanidad hubiera madurado lo suficiente como para saber hacer un buen uso de él en vez de convertirlo en el arma más mortífera de toda su historia. Ahora bien, ¿por qué no aprovecharse de ella a título estrictamente personal teniendo buen cuidado en no causar el menor trastorno en el devenir del tiempo? Al fin y al cabo él era su creador y además, si bien nunca había llegado a ser rico, la construcción de la máquina había acabado con prácticamente todos sus ahorros. Justo era, pues, que se resarciera de alguna manera eso sí, sin causar el menor daño ni a nada ni a nadie.

Un viajecito de unos cuantos días al futuro, un periódico con los resultados del sorteo de la lotería primitiva (que, por cierto, esa semana tenía bote), la vuelta al presente y... millonario de por vida como justa compensación a sus esfuerzos de tantos y tantos años de sacrificio y desvelos.

Ésa fue su primera idea, pero luego lo pensó mejor. ¿Cómo resistir el morbo de encontrarse consigo mismo? ¿No sería más excitante aguardar unos días hasta que pasara el sorteo para luego retroceder al pasado y decirse la combinación ganadora? Sí, lo haría precisamente así.

Un zumbido seguido de un deslumbrador fogonazo le sacó bruscamente de su ensimismamiento. Frente a él, en el bruñido interior de la máquina temporal, se encontraba su otro yo procedente del futuro.

-Vaya -se dijo satisfecho el Juan, llamémosle, primero-. Al fin me decidí. Veamos qué me cuento.

-Ten cuidado -fue el escueto saludo del recién llegado Juan segundo-. Es muy peligroso intentar abrir un bucle en el tiempo; si éste se anuda...

No le dio tiempo a decir nada más. Apenas había puesto el pie en la habitación cuando otro Juan, esta vez el tercero, aparecía en la máquina tras el preceptivo fogonazo y comenzaba a desgranar la misma advertencia:

-Ten cuidado. Es muy peligroso intentar abrir...

Y luego vinieron un cuarto, un quinto, un sexto... Con una frecuencia exacta de cuatro segundos y ochenta y siete centésimas, justo el tiempo necesario para aparecer en el interior de la máquina, salir al exterior de la misma e iniciar idéntica frase.

Hoy son ya varios millones los Juan Martínez que pululan por el planeta sin que nadie haya conseguido descubrir la manera de deshacerse de ellos o, en su defecto, impedir que sigan aumentando en número. Y es que ninguno de ellos, ni mucho menos nadie entre los sabios de todo el mundo apresuradamente llamados para intentar dar atajo a este problema, se atreve a desconectar la atascada máquina por miedo a que la inercia temporal acumulada actúe como un resorte destruyendo irreversiblemente el flujo de las cronocorrientes al no poderse hacer desaparecer a todos los Juanes excepto al original.

Por cierto, ¿alguno de ustedes sabría decirnos cuál de todos ellos es?

PARADOJA TEMPORAL

-Convéncete; las paradojas temporales son algo completamente imposible.

-Depende de a qué llamemos paradoja. A mí se me ocurre que...

-Llamo paradoja a todo, absolutamente todo lo que pudiera ser considerado como capaz de alterar el flujo normal del Tiempo.

-Yo lo matizaría...

-No hay nada que matizar. El típico planteamiento de novela de ciencia ficción barata del estilo “*señor viaja al pasado, mata a alguien importante y cambia todo el futuro, es decir, su presente*”, es algo totalmente imposible. ¿Acaso no estás de acuerdo en ello?

-En ese punto concreto, por supuesto que sí. De hecho, creo recordar que Asimov escribió algo al respecto de ello. ¿Me equivoco? Hace mucho que lo leí, por lo que he olvidado los detalles concretos del relato.

-Yo, sin embargo, lo he releído de nuevo hace muy poco. -sonrió- Se trata de *La carrera de la reina roja*, y es a mi modo de ver el único tratamiento lúcido que se ha hecho en toda la ciencia ficción acerca del tema de los viajes temporales.

-Creo recordar que el argumento del mismo era algo así como que había que hacer obligatoriamente algo para que todo siguiera inmutable...

-Así es, exactamente como ocurre con la reina roja de *Alicia a través del espejo*, obra en la que se inspiró Asimov para escribirlo.

-Es decir, que había que correr para mantenerse en el mismo lugar...

-En efecto. En concreto, Asimov habla de un científico loco que envía un tratado de química a la Grecia clásica en el convencimiento de que así la cultura helenística primero, y la romana después, adquirirían una tecnología de la que jamás dispusieron y gracias a la cual el mundo antiguo se salvaría de su hundimiento. Nunca habría existido el largo y oscuro paréntesis de la Edad Media y Europa habría ganado un milenio, o quizá dos, en su evolución, con lo que ahora dispondríamos de una civilización infinitamente más avanzada. Puesto que el experimento se ha efectuado con éxito los protagonistas del relato se espantan ante la posibilidad de que el mundo, su mundo, dé un vuelco total transformándose en otro completamente distinto en el que puede que ellos ni siquiera hayan llegado a existir. Sin embargo, nada habrá de ocurrir puesto que, como finalmente se encargará de aclarar un nuevo personaje, no sólo esta actuación era incapaz de alterar el Tiempo, sino que además era imperiosamente necesaria para lograr que filósofos griegos

como Demócrito pudieran desarrollar sus conocidas teorías que todos hemos estudiado en el colegio. La moraleja, pues, está meridianamente clara: No sólo es imposible alterar el pasado, sino que además todo posible intento de hacerlo sería en realidad algo forzosamente impuesto por la causalidad del Tiempo. En definitiva, no sólo la actuación de este imprudente científico no fue a la postre dañina, sino que por el contrario resultó completamente necesaria, ya que hubiera sido precisamente su inacción la que hubiera provocado la catástrofe; claro está, él no lo sabía.

-Sí, la verdad es que resulta interesante este planteamiento; según esto, sería imposible alterar, siquiera mínimamente, el devenir del tiempo ya que cualquier tipo de manipulación deliberada del mismo daría lugar únicamente a un bucle que conduciría exactamente al mismo punto de partida sin la menor consecuencia práctica. Sin embargo, vuelvo a insistir en que en algunos casos la cuestión ya no está tan clara.

-Dime en cuales.

-Es evidente. Imagina que yo construyo una máquina del Tiempo, me voy un par de semanas al futuro, compro un periódico donde vengan los resultados del último sorteo de lotería, vuelvo al presente y juego la combinación ganadora; de repente me encuentro rico merced a una paradoja del Tiempo.

-Estás equivocado. No existe tal paradoja, puesto que lo que acabas de decir es algo completamente imposible.

-¿Por qué? Yo no lo veo así.

-Es muy sencillo, y creo que Asimov aborda también este punto en su cuento. El viaje en el Tiempo es anisótropo y como tal posible únicamente en un sentido: El del pasado, junto claro está con la vuelta posterior a tu presente. El viaje al futuro es algo metafísicamente imposible, ya que no se puede ir a donde nada existe todavía. Por lo tanto, lamento decirte que nunca conseguirás hacerte rico de esta manera.

-Es una lástima. -ironizó- Pero tendrás que darme una buena razón para convencerme de ello. Sabes que llevo años desarrollando las ecuaciones espacio-temporales y jamás me he encontrado con una restricción de este tipo.

-La encontrarás, no te preocupes; al fin y al cabo yo vengo de tu futuro y conozco a la perfección lo que te depara el porvenir... Al menos, hasta mi presente. Que concluirás con éxito tu teoría y conseguirás construir una máquina del tiempo es algo evidente: Mi presencia aquí es la prueba más palpable de tu éxito. Pero también estoy en condiciones de asegurarte, porque lo he constatado personalmente, que el viaje al futuro es algo completamente imposible; de hecho, su equivalencia matemática es una ecuación algebraica con raíces imaginarias.

-Bien, dejemos esto; en realidad, tampoco tiene demasiada importancia. Volvamos, eso sí, al punto anterior, es decir, la imposibilidad de las paradojas temporales. Aun admitiendo las tesis de Asimov, lo cierto es que sigo encontrando ciertos inconvenientes a tus tajantes conclusiones.

-¿Cuáles?

-Admitamos que por mucho que lo intentara un viajero temporal jamás pudiera asesinar a Hitler en su cuna, puesto que estaba escrito que este personaje habría de arrastrar a Alemania y a Europa a la Segunda Guerra Mundial. Admitamos también que este hipotético viajero temporal se hubiera visto arrastrado por el destino a provocar el asesinato de Julio César, pongo por caso, ya que esto también estaba escrito. Pero el viajero, con su sola presencia material en el pasado, ya estaría alterándolo al hablar, dejarse ver, comer, respirar...

-Te estás contradiciendo a ti mismo. Si según tus planteamientos la presencia del viajero era necesaria para que el asesinato de Julio César pudiera tener lugar, ¿qué diferencia hay entre esto y que el viajero se coma un succulento asado en una taberna de la Roma imperial? ¿Acaso no estaba igualmente predestinado que ese asado habría de acabar en su estómago en vez de en el de un patricio romano?

-Pero ese viajero dejaría en la Roma de entonces todo un conjunto de átomos de su época al tiempo que se traía a su presente otros tantos de entonces... ¿No es ésta una alteración de la ley de conservación de la materia?

-¿Por qué? Los átomos no están numerados, creo yo, y el aire de la Roma del siglo I antes de Cristo no debía de ser muy diferente del nuestro; salvo en lo referente a la contaminación, claro está. Por otro lado, cabe suponer que el balance del intercambio de masas fuera equilibrado; pero aunque no fuera así, y cabe suponer que gracias al asado de marras nuestro viajero pudo volver con algún kilito de más, ¿qué importa? La modificación producida por el intercambio de masas sería virtualmente nula en comparación con la masa total del planeta, estaría muy por debajo del nivel de error provocado por el principio de incertidumbre... No, te aseguro que es inútil por completo intentar hilar tan fino.

-Sí, pero siempre habrá algún efecto provocado por el viaje temporal; aun extremando al máximo todas las precauciones el viajero siempre influiría algo en el pasado, por mínimo que fuera.

-Por supuesto que nunca he defendido lo contrario. Lo que yo digo es que todas, absolutamente todas estas alteraciones, están predeterminadas desde siempre.

-¿Qué pasaría si el viajero se tropezase con un bárbaro y éste le ensartara con su lanza como si fuera una aceituna?

-Pues que se moriría en el pasado, claro está; éste habría sido su destino. Estaría escrito en el Tiempo que habría de morir allí y no en su propio presente. Pero con esto volvemos una vez más al punto del principio.

-En resumen; el viaje por el Tiempo no sirve para nada puesto que nada se puede hacer por alterarlo.

-¿Cómo que no?. Al contrario, será enormemente útil el día en que la máquina del tiempo deje de ser un simple prototipo para convertirse en algo usual. ¿Te imaginas a los historiadores viajando al pasado para estudiar *in situ* a las civilizaciones desaparecidas? ¿Te imaginas la facilidad con la que serían resueltos los grandes enigmas históricos? Yendo todavía más allá, ¿No se te ocurre la posibilidad de un turismo temporal? Y todo ello con la seguridad de que jamás se correría el menor riesgo de alterar el futuro; es más, estoy convencido de que el propio Tiempo exigiría que estos viajes tuvieran lugar para que su predestinado fluir siguiera adelante sin alteraciones.

-Vamos, que a lo mejor resulta que es necesario un turista temporal para partirle la crisma a Aquiles durante la guerra de Troya...

-Bueno, en primer lugar habría que ver cuanto hay de historia y cuanto de invención en la *Ilíada*, y además Homero dice que fue Paris quien le clavó la flecha en el talón... Pero sí, puede incluso que algunos acontecimientos históricos fundamentales para el desarrollo de la historia hayan podido ser provocados por viajeros temporales... No por su propia voluntad de alterar el futuro, por supuesto, pero sí llevados por el destino inapelable de la predestinación temporal.

-De acuerdo. -se rindió aparentemente- Admitamos todos tus planteamientos acerca de la inmutabilidad del tiempo. Admitamos que éste no pueda ser alterado en ningún caso y bajo ningún concepto. Entonces, ¿me podrías decir por qué estás tú aquí hablando conmigo?

-¿Como dices? No entiendo tu planteamiento.

-Es fácil. Yo estoy desarrollando en estos momentos una máquina del Tiempo la cual, según afirmas, acabaré construyendo. De repente me encuentro con que tú, aprovechando para ello mi propia máquina, viajas a tu pasado, es decir, mi presente, solamente para hablar conmigo y, aparentemente, para convencerme de que el Tiempo no puede ser cambiado por mucho que nos lo propongamos.

-En efecto, así es. Pero, ¿qué encuentras de extraño en esto?

-Podrías influirme negativamente haciéndome ver la inutilidad de mi propósito. Podrías conseguir que renunciara a construir la máquina.

-Eso es absurdo; en este caso nunca podría haber llegado aquí. Piensa que el fenómeno podría ser justo el contrario, es decir, que esta conversación fuera imprescindible para convencerte de que debes construir la máquina.

-No lo creo. Te aseguro que ya estaba muy motivado para hacerlo sin necesidad de que nadie viniera a darme una palmadita en la espalda.

-Olvidas que yo conozco tu futuro. Imagínate, por ejemplo, que más adelante te tropieces con una dificultad que consideres insalvable y que, desalentado, optes por abandonar tu proyecto. En este caso, la certeza de que pese a todo acabarás alcanzado tu objetivo puede ser un factor decisivo. Puede, también, que llegues a temer que una alteración temporal pudiera perturbar el Tiempo hasta unos extremos imprevisibles, siendo entonces fundamental para ti el convencimiento de que nunca será así de forma que el viaje por el Tiempo pueda resultar perfectamente seguro. O puede, por último, que venga a advertirte para que en determinada fecha evites un accidente mortal que truncaría tu vida y, por lo tanto, el desarrollo final de la máquina del Tiempo.

-¿Acaso mi vida corre peligro en el futuro? -se inquietó.

-No te preocupes; al menos hasta mi presente, te puedo asegurar que siempre has gozado de perfecta salud y nunca has sufrido el menor daño digno de mención. Se trataba únicamente de un simple ejemplo. Pero lo cierto es que mi visita es fundamental para que acabes construyendo la máquina del Tiempo; o si lo prefieres así, el Destino exige que tú y yo mantengamos, aquí y ahora, esta entrevista.

-¿Por qué es tan fundamental esto?

-Ya te lo he dicho, o por lo menos te lo he insinuado. Es preciso que tengas la certeza total y absoluta de que tu empresa va a llegar a buen término. Es imprescindible que en los momentos más duros por los que te vas a ver obligado a atravesar nunca abandones y sigas adelante a pesar de tropezarte con obstáculos que desalentarían a cualquiera. Tienes que estar plenamente convencido de que vas a lograrlo por más que todo parezca indicar lo contrario.

-Sí, no cabe duda de que tu prueba no puede ser más convincente... -ironizó.

-Por eso fue elegida. Cualquier otra manera de intentar convencerte no hubiera sido lo suficientemente segura.

-Luego entonces, ¿cuál es tu mensaje?

-Uno muy sencillo. Sigue adelante hasta el final. Está escrito que tú vas a ser el constructor de la máquina del Tiempo, y está escrito también que gracias a esta entrevista no flaquearás en los momentos difíciles.

-Resulta curioso. Para venir a pedirme que construya la máquina del Tiempo has tenido que venir, precisamente tú, en mi propia máquina del Tiempo, ya que de no haberlo hecho así yo nunca habría alcanzado mi objetivo y tú, por lo tanto, no habrías podido visitarme. ¿No es ésta una hermosa paradoja?

-Deja de dar vueltas a este asunto; no existe tal paradoja ya que era imposible cualquier otra alternativa. Yo no podía dejar de venir a visitarte, y tú no tenías otra opción que la de construir la máquina. Que el fluir del tiempo exija a veces la existencia de bucles no quiere decir que haya otras alternativas posibles, ya que las encrucijadas temporales son de todo punto imposible. Sólo existe un único futuro al igual que sólo existe un único pasado, por lo que cualquier elucubración acerca de un hipotético futuro paralelo es solamente una elucubración sin el menor sentido.

-Bien, supongo que habré de creérmelo.

-Lo creerás, no lo dudes. -sonrió socarronamente- Y ahora, si me lo permites, tengo que volver a mi presente. Ya ha cumplido con el objetivo que me trajo hasta aquí, y te confieso que esta entrevista me ha resultado tremendamente perturbadora... A pesar de que desde hace mucho sabía que habría de tener lugar.

-No menos perturbadora ha sido para mí, sobre todo teniendo en cuenta que yo no estaba sobre aviso como sí lo estabas tú.

-Sé perfectamente como te sientes, y te aseguro que no se trata de un mero formulismo.

-Es curioso. -rió con nerviosismo- Es muy curioso. Dudo que alguien se haya encontrado jamás en semejante circunstancia.

-Seguro que no. Bien, tengo que marcharme. Hasta siempre.

Y desapareció, ya que la máquina del Tiempo no era ningún armatoste voluminoso sino un pequeño objeto que cabía perfectamente en cualquier bolsillo. El futuro inventor de la misma quedó de esta manera solo, meditando acerca de la excepcional experiencia por la que acababa de atravesar; porque si insólito resultaba que alguien del futuro le visitara aprovechándose de su propia obra, lo que ya resultaba abrumador es que ese alguien fuera él mismo... Porque, como acertadamente le había comentado su yo del futuro, sólo él mismo hubiera sido capaz de convencerse a sí mismo. Mas a pesar de todo, insistía ya en solitario, ¿no había sido ésta una fenomenal paradoja?

EL CASO DE LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Aunque a lo largo de mi vida profesional como policía me he visto enfrentado numerosas veces a situaciones difíciles cuando no insólitas, puedo asegurar que fue el caso de la máquina del Tiempo, tal como lo denominamos entonces, el que más me impresionó.

Realmente no era para menos... Imagínense un grupo de investigación que ha desarrollado y construido, en el más riguroso secreto, una máquina del Tiempo. Imaginen que, recién terminado el primer prototipo, uno de los miembros del equipo lo roba, lo activa delante de sus compañeros y desaparece escapándose al pasado o al futuro... Convirtiéndose así en el primer delincuente temporal.

Como cabe suponer, los chasqueados científicos pusieron inmediatamente en conocimiento del gobierno el incidente, al ser éste quien financiaba el experimento y quien velaba por la seguridad del mismo; y el gobierno a su vez acabó recurriendo a nuestro departamento en el convencimiento de que éramos los únicos capaces de deshacer el entuerto... Luego de aplicarnos, claro está, la ley de secretos oficiales en su interpretación más estricta. Es evidente que el desenlace posterior de la crisis convirtió en inútiles todas estas precauciones; de no haber sido así, yo no podría estar ahora contándolo. Pero esto entonces nadie lo sabía, por lo que a ninguno de nosotros le extrañó que se nos exigiera el más absoluto de los silencios.

Pero vayamos al grano. Nuestra primera fuente oficial de información fue un adusto agente de los servicios de inteligencia, el cual no se esforzó en ningún momento en disimularnos su antipatía... Hecho éste debido a que sentía casi como una afrenta personal que el caso hubiera sido arrebatado a su departamento para entregárnoslo a unos simples policías. Luego sabríamos que, descartado el móvil de la intervención de una potencia extranjera y establecida la certeza de que se trataba del acto delictivo de una persona aislada, los de arriba del todo pensaron que se trataba de un caso meramente policial independientemente de sus posibles y siempre graves consecuencias; amén de que nosotros no éramos policías corrientes sino que integrábamos un grupo especializado en resolver casos extremadamente difíciles. Luego el encargo no era tan disparatado, aunque nadie se atrevió a explicárselo al furibundo espía.

El paso siguiente fue visitar a los atribulados científicos, cuya atropellada locuacidad compensó con creces la sequedad de nuestro anterior informante. En esencia no nos dijeron nada que a esas alturas desconociéramos, pero ampliaron convenientemente los detalles de un suceso que en sí no podía haber sido más sencillo. El traidor, del que nadie había desconfiado lo más mínimo hasta entonces, había aprovechado un descuido de sus

compañeros para apoderarse del prototipo antes de que éste hubiera sido probado; porque la máquina del Tiempo no era ningún artefacto de gran tamaño, ni siquiera una cabina, sino una pequeña caja que cabía en cualquier bolsillo. Y, una vez con el producto del robo en su poder, le bastó con apretar un botón para esfumarse delante mismo de sus estupefactos compañeros, no sin antes burlarse de ellos y de su *estúpida honradez*. Según creían ellos, el ladrón desearía obtener provecho personal de su perfidia vendiendo la máquina al mejor postor o, en su defecto, utilizándola personalmente para fines dudosamente legales. En cualquiera de los dos casos, las consecuencias posibles distaban mucho de ser halagüeñas.

Nuestra misión era, obviamente, la de localizar al ladrón, detenerlo y recuperar el artefacto origen del problema... Como si esto fuera sencillo, cuando ni tan siquiera sabíamos demasiado bien qué era lo que nos traíamos entre manos. Claro está que para esta cuestión se suponía que eran los propios científicos los que debían sacarnos de dudas.

La realidad no era tan sencilla. Por supuesto que los científicos sabían perfectamente cómo funcionaba la máquina que ellos mismos habían construido, pero ignoraban por completo cuál sería el comportamiento de su antiguo compañero. Dicho en términos científicos, existían tantas posibles variables que no supieron literalmente decirnos por donde debíamos empezar.

Pero como a los melones hay que empezarlos obligatoriamente por algún lado, en mi calidad de jefe de la brigada opté por someter a los despistados investigadores a un interrogatorio en toda regla con vistas a obtener alguna luz acerca de un tema que me resultaba ajeno por completo. ¡Viajes por el Tiempo! Como si esto tuviera algo que ver con los simples robos, asesinatos y crímenes de toda laya que estábamos acostumbrados a resolver.

Un hecho no obstante me ayudó a vislumbrar un rayo de esperanza en mitad de la densa oscuridad reinante: Según me comunicó el propio jefe del proyecto, la condición de primer prototipo del objeto robado hacía que éste estuviera sujeto a una serie de limitaciones bastante importantes que restringían considerablemente la libertad de acción de nuestro escurridizo ladrón. Vamos, que de irse a la Roma imperial o al siglo XXV nada de nada...

-En realidad -me dijo el profesor- el radio de acción práctico del prototipo es de sólo unos pocos días ya que por encima de, digamos un par de semanas, el haz temporal experimenta tal grado de incertidumbre que sólo a un loco se le ocurriría intentar ir más allá.

Que el diablo se me lleve si entendí lo que podía ser un *haz temporal*, pero cogí al vuelo las consecuencias del mismo: Nuestro ladrón no podía haberse movido más que unos pocos días en el tiempo.

-¿Hacia adelante, o hacia atrás? -pregunté.

-¿Quiere usted decir hacia el pasado o hacia el futuro? -puntualizó, pienso que innecesariamente, para proseguir tras mi muda señal de asentimiento- ¡Oh! Teóricamente podría haber elegido cualquiera de estas dos opciones, pero en la práctica...

-¿Sí?

-Bien, -carraspeó- Por supuesto no puedo asegurarlo con certeza, pero yo me inclinaría a pensar que debió de optar por el futuro.

-¿Por qué razón? De elegir el pasado sabría exactamente a qué punto podía dirigirse sin encontrar tropiezos, mientras que en el futuro nunca podría saber lo que iba a encontrarse.

-Su razonamiento es perfectamente correcto... Pero ocurre que el equipo ha estado trabajando sin cesar durante las veinticuatro horas del día a lo largo de todo el período de tiempo que estaba al alcance del prototipo, por lo que hubiera sido sumamente arriesgado viajar hacia atrás en el tiempo.

-Dicho con otras palabras -gruñí- de viajar al pasado hubiera sido descubierto.

-Así es. Por eso, supongo que saltaría al futuro.

-Bien. -mascullé, más para mí que para mis compañeros- Eso reduce el intervalo a la mitad. Por cierto, ¿el viaje en el tiempo supone también un desplazamiento espacial?

-¡Claro que no! -respondió con vehemencia, como sorprendiéndose de mi ignorancia- Tal como está diseñado el prototipo, el viajero aparece exactamente en el mismo lugar del que partiera... Sólo que *antes* o *después*. Creí que sabía esto cuando me preguntó acerca de si había viajado al pasado o al futuro.

-No, no lo sabía. -respondí amostazado- En los cursillos de adiestramiento no nos han enseñado hasta ahora a manejar máquinas del Tiempo.

-Discúlpeme. Los científicos estamos tan encerrados en nuestro propio mundo que a veces nos olvidamos de que existe algo más allá.

-No tiene importancia. -mascullé- Con esto estrechamos aún más el cerco. Tan sólo unos quince días en el futuro y este mismo lugar... Bien, debería bastar con montar una guardia continua hasta que apareciera el pájaro y entonces detenerlo.

-Lamento decirle que no es tan fácil como parece. Aunque la longitud del salto temporal no sea demasiado grande, sí que es posible dar saltos sucesivos sin apenas interrupción. Si el traidor apareciera y descubriera a sus hombres, le bastaría con volver a

apretar el botón para desaparecer de nuevo antes de que ellos fueran capaces de reaccionar, y así cuantas veces fuera necesario hacerlo.

-Entonces se impone la astucia. -respondí- Deberíamos dejarle creer que está solo para capturarlo cuando esté desprevenido. Supongo que elegiría un momento en el que el edificio esté vacío, de noche probablemente, aunque no acabo de ver cómo podría burlar la vigilancia interior del recinto; al fin y al cabo, esto se encuentra en el interior de un recinto militar.

-No le resultaría demasiado difícil. -me rebatió mi interlocutor- Bastaría con que, jugando con los microsaltos temporales, se escondiera en el interior de cualquier vehículo de los que diariamente entran y salen de la base. Sabiéndolo hacer podría burlar con toda facilidad a los servicios de seguridad.

-Y supongo que antes de dar el paso lo tendría bien planeado. -completé el razonamiento- Bien, supongo que entonces sería preferible echarle el guante en este mismo laboratorio. Por cierto, ¿habría alguna manera de reducir el plazo de dos semanas con el que en principio contamos?

-No, aunque quizá... -titubeó- Permítame que llame a uno de mis compañeros.

El recién llegado, cuyo nombre olvidé por completo al minuto de haberme sido presentado, era bastante parecido a mi anterior interlocutor... O al menos así me lo pareció, confundido como estaba por tamaña profusión de batas blancas. El segundo científico era, según supe, el responsable de algún tipo de experimento colateral y complementario a la construcción de la propia máquina del Tiempo.

-Me ha dicho su compañero que usted quizá podría ayudaron a precisar la longitud del salto temporal. -le espeté sin más preámbulos. ¿Es eso cierto?

-Bien. -titubeó- Quizá sea posible, aunque no le puedo asegurar nada.

-Mi colega es demasiado modesto. -terció el responsable del proyecto- Lo cierto es que ha desarrollado una especie de contador temporal que, afortunadamente para nosotros, es exterior e independiente a la máquina del Tiempo.

-¿Quieren ustedes decir que podemos saber con precisión a dónde, perdón, a cuándo ha ido a parar nuestro ladrón?

-Con cierta aproximación, sí. -concedió a regañadientes el cauto científico.

-Explíquenmelo.

-Se trata simplemente de una técnica que permite detectar fluctuaciones locales de la constante de Planck...

-¡Un momento! -le interrumpí- ¿Qué quiere decir con eso de que la constante de Planck puede variar? aunque no tengo una formación científica demasiado profunda, sí sé que esta constante es uno de los pilares de la física moderna, y que yo recuerde siempre ha tenido el mismo valor.

-Está usted en lo cierto. -intervino mi primer interlocutor- Pero la inmutabilidad de la constante de Planck sólo es cierta cuando no hay alteraciones temporales por medio. Nuestras ecuaciones teóricas predecían pequeñas modificaciones en ésta y en otras magnitudes al dar un salto temporal, por lo que encargué a mi compañero que desarrollara un aparato capaz de detectarlas y evaluarlas cuando el salto temporal tuviera efectivamente lugar. Pero será mejor que él mismo se lo explique.

-El fundamento es sencillo. -continuó el aludido- Se trata básicamente de un reloj atómico colocado en el interior del área de influencia del vórtice temporal... En un futuro teníamos previsto incorporarlo a la propia máquina, pero por el momento era completamente independiente de la misma.

-Lo cual ha sido una suerte para nosotros. -apunté- Pero, ¿podría aclararme cómo puede servirnos su artefacto para medir la longitud del salto temporal efectuado?

-Muy fácil. Como supongo que sabrá -yo, por supuesto, no lo sabía- un reloj atómico no es sino un isótopo radiactivo cuyo período de desintegración es conocido con exactitud; midiendo la cantidad de núcleos desintegrados se puede conocer con toda precisión el período de tiempo transcurrido, de ahí su nombre. Claro está que si alteramos las constantes del sistema físico la relación varía; pero si a continuación comparamos el reloj atómico alterado con uno que no haya sido afectado por el salto temporal, podremos evaluar sin problemas la magnitud del campo aplicado.

-Y a partir de ahí se calcularía la duración del salto -aventuré.

-En realidad el experimento no estaba pensado para esto, sino para calibrar la influencia de un salto dado en su entorno y las posibles perturbaciones que podía acarrear en el mismo. No obstante, sí se podría hacer; de hecho, no resultaría nada complicado.

-Pues háganlo. -dije- Pero... ¡Espere un momento! Es de suponer que nuestro ladrón habrá tenido en cuenta este factor al planear su delito, de forma que intente burlarnos.

-No lo creo. -respondieron a dúo ambos investigadores.

-¿Por qué?

-Porque él nada sabía de esto. -respondió con vivacidad el autor del experimento tras consultar con la mirada a su superior- Tenga en cuenta -y al pronunciar esta frase enrojeció visiblemente- que ambos estábamos enemistados desde hacía bastante tiempo, por lo que

ninguno de los dos sabía con exactitud qué era lo que hacía el otro. No, no creo que supiera qué era lo que yo estaba desarrollando.

-No lo sabía. -afirmó tajante el responsable máximo del proyecto- Puesto que ambos prácticamente ni si hablaban, opté por encargarles tareas diametralmente opuestas. Por ello dudo mucho que pueda tener una idea, como no sea algo muy difuso y genérico, de lo que su compañero hacía.

-Perfecto. -concluí- Esto juega a nuestro favor... Porque de sus palabras deduzco que el medidor, o como quiera que lo llamen, estaba conectado en el momento del salto.

-Así fue por una afortunada casualidad, ya que como cabe suponer no teníamos previsto que el salto tuviera lugar justo en ese momento. De hecho fue un despiste mío, ya que olvidé desconectar el contador después de realizar los últimos ajustes algunas horas antes.

-Doy gracias a Dios por su oportuna distracción. Por cierto, ¿podría darme esa información lo antes posible?

Lo hizo. Apenas tres cuartos de hora después, justo el tiempo que necesitó para reprogramar el ordenador, tenía ante mis ojos los resultados: Nuestro amigo el ladrón había dado un salto hacia adelante -es decir, hasta el futuro- de alrededor de ochenta horas, con un margen de error en más o en menos de cuatro o cinco horas.

-Está bastante claro. -comentaba yo poco más tarde a mis colaboradores y a los principales responsables del equipo científico- Puesto que el salto tuvo lugar el miércoles a media tarde, estas ochenta horas nos llevarían hasta la madrugada del sábado al domingo, hacia las tres concretamente. Si tenemos en cuenta el margen de incertidumbre, que por precaución podemos ampliar hasta las seis horas en cada sentido, tendremos finalmente que el período crítico abarca aproximadamente desde las nueve de la noche del sábado hasta las nueve de la mañana del domingo; es decir, suponiendo que sea poco probable que eligiera cualquiera de los dos extremos, tendremos que vigilar fundamentalmente la totalidad de esa noche. ¿Están de acuerdo conmigo?

Un mudo asentimiento colectivo fue la única respuesta. Así pues, continué.

-Estamos a jueves prácticamente a mediodía, por lo que tenemos tiempo sobrado para organizar nuestra estrategia. Por cierto, ¿podría alguien de ustedes traernos unos cuantos bocadillos a mis hombres y a mí? Estamos realmente hambrientos.

Unas cuantas horas más tarde nuestro plan estaba ya perfectamente trazado. Teniendo en cuenta que debíamos evitar por todos los medios que el fugitivo se apercebiera de nuestra emboscada, tuvimos que extremar las precauciones. Así, ninguno de mis hombres permanecería visible en el recinto del laboratorio el cual, eso sí, quedó trufado de cámaras

ocultas. Nuestro plan era doble: Por un lado, contábamos con una minuciosa instalación de gases narcóticos capaces de dormir en décimas de segundo a nuestro hombre antes de que éste fuera capaz de reaccionar desapareciendo de nuevo; pero si esta primera trampa fallaba, entendiendo como tal que finalmente no pudiera ser activada, contábamos con un puñado de tiradores de élite apostados frente a la puerta por la que suponíamos debería salir nuestra presa. Dada la trascendencia del problema no podíamos permitirnos el lujo de andar con paños calientes y, aunque preferíamos capturarlo vivo, siempre sería mejor abatirlo antes de que se nos escapara dejándonos con tres palmos de narices.

El jueves a media tarde, es decir, justo un día después de ocurrido el incidente, ya estaba todo preparado y listo para intervenir en el momento en el que fuera preciso hacerlo. Y, aunque faltaban todavía dos días completos antes de que se alcanzara el período crítico, opté por poner inmediatamente en marcha el plan como una precaución accesoria.

La espera, huelga decirlo, fue tensa y capaz de alterar los nervios del más templado. Evacuados los científicos a un pabellón cercano y desalojado asimismo el laboratorio todo se redujo a esperar, con mis hombres pendientes de las cámaras y de la puerta mientras yo consumía cantidades ingentes de café y cigarrillos. La paciencia era, claro está, fundamental, pero no resultaba nada fácil mantenerla en circunstancias tan críticas como las que nos envolvían.

Pasó la noche del jueves y amaneció el viernes sin que nada reseñable ocurriera; claro está que se trataba de algo completamente normal y esperado. Pasaron también el viernes y su correspondiente noche y tampoco ocurrió nada imprevisto; también esto era normal. Pero conforme se fueron acercando las horas nocturnas del sábado, la tensión fue en aumento en el seno de mi grupo; esto era asimismo normal.

Llegó al fin el momento esperado, aquél en el que comenzaba el período crítico en el que era de esperar la aparición del criminal. Esto supuso un aumento considerable, como cabía esperar, en la tensión existente en el ambiente... Yo había organizado desde el principio un sistema de turnos para evitar un cansancio excesivo de mis hombres, pero ahora me encontré con un problema: Todos sin excepción querían estar de guardia esas doce horas. Al final organicé las cosas lo mejor que pude reservándome eso sí el derecho a continuar al frente de la operación a pesar de no haber descansado prácticamente nada durante los dos últimos días.

Las horas, y hasta los minutos, comenzaron a desgranarse con una lentitud que nos exasperaba a todos nosotros. El tiempo parecía negarse a avanzar, burlándose así de quienes habían osado intentar controlarlo. Y mientras tanto, para nuestra desesperación, seguía sin ocurrir nada.

A medianoche no había habido variación alguna. La larga, eterna madrugada, tampoco trajo novedades. Y cuando el nuevo día comenzó a despuntar cercano ya el final del plazo,

la desesperación y la perplejidad corrían parejas en nuestros atribulados espíritus. Nadie pronunció un solo monosílabo cuando los relojes marcaron las nueve de la mañana... Ni las diez. Ni las once.

Fue casi al filo del mediodía cuando uno de mis hombres, ojeroso y al borde mismo del agotamiento físico, rompió al fin el ominoso silencio en el que habíamos estado sumidos hasta entonces. Más breve no pudo ser en su intervención, lo que bastó no obstante para provocar punto menos que una histeria general como consecuencia del desbordamiento de la tensión durante tanto tiempo contenida.

-¿Y ahora qué hacemos? -fue su escueta pregunta.

¿Qué íbamos a hacer? Como cabía suponer, nadie de entre nosotros lo sabía. Habíamos dado por sentado que el fugitivo aparecería y confiábamos en detenerlo, por lo que no teníamos respuesta alguna a la aplastante evidencia: Estábamos exactamente igual que al principio.

De cualquier forma de alguna manera teníamos que actuar, por lo que opté por dejar en libertad a mi instinto de policía. Como medida inmediata seleccioné a los menos cansados de mis hombres encargándolos que continuaran con la vigilancia, al tiempo que mandaba a descansar al resto. Acto seguido mandé llamar al jefe del proyecto; suponía que él tendría algo que decir.

El científico llegó con una rapidez sólo posible de haber permanecido esperando en la habitación contigua; y puesto que su aspecto demacrado y ojeroso no era sensiblemente mejor que el mío, deduje que también él, y probablemente el resto de su equipo, había permanecido en vela durante la larga e infructuosa espera.

No era el momento más adecuado para saludos y convencionalismos sociales, por lo que me limité a relatarle sucintamente lo sucedido... Es decir, lo no sucedido. A todo esto el rostro de mi interlocutor, ya de por sí pálido, perdió el poco color que le quedaba.

-¿Dice usted que no ha aparecido?

-No; y le aseguro que no hemos descuidado la vigilancia un solo instante.

-No dudo de la eficacia de sus hombres; pero lo cierto es que se trata de algo sumamente extraño.

-Yo tampoco tengo motivos para dudar de la precisión de los cálculos de su compañero. -carraspeé recurriendo a mis mejores dotes diplomáticas- ¿Pero no cabría la posibilidad de que hubiera que prolongar el plazo de espera?

-Confío plenamente en la capacidad de mi colega... Pero un error siempre es posible. De hecho, rezaría porque lo hubiera cometido. Si me disculpa, voy a llamarlo.

Por desgracia no se pudo encontrar el menor error. Repetidos los cálculos una y otra vez, tan sólo se pudieron hallar algunas insignificantes desviaciones, ninguna de las cuales excedía del margen de seguridad que yo mismo había establecido.

-Y ahora qué hacemos? -sin saberlo, el científico jefe había repetido con exactitud la anterior pregunta de mi subordinado.

-Le confieso que no lo sé. -respondí abrumado- Confiaba que los cálculos fueran erróneos.

-Pues ya ha visto que no lo son. -terció el responsable de los mismos- Y le puedo asegurar que hubiera preferido equivocarme.

-Poco importa ya, puesto que estábamos seguros al cien por cien de que el traidor debería haber aparecido en el plazo previsto... Y no lo ha hecho.

-Bueno, al cien por cien precisamente no. -balbuceó el investigador.

-¿Cómo ha dicho? -a pesar de mi cansancio salté como un resorte al oír estas palabras.

-Nada hay en la ciencia experimental que lo sea. -se defendió irritado- En este fenómeno, al igual que en cualquier otro proceso físico, tan sólo podemos hablar de probabilidades estadísticas, nunca de certezas absolutas.

-¡Maldita sea! -exploté- Tengo ahí al lado a mis mejores hombres cayéndose literalmente de sueño y de cansancio desde hace tres días largos, y ahora se le ocurre decirme que no es seguro que el ladrón tuviera forzosamente que aparecer. ¿Qué clase de científicos son ustedes?

-Cálmese, inspector; -apaciguó el otro profesor- discutiendo no vamos a llegar a ninguna parte. Y en lo que respecta a tus cálculos, -añadió dirigiéndose ahora a su colega- ¿qué grado de precisión has empleado?

-El habitual... Un noventa y cinco por ciento.

-¿Y por qué no el cien por cien? -intervine yo.

-Porque eso nos daría como resultado un tiempo infinito.

-¿Sólo por un cinco por ciento de diferencia? -mi sorpresa era real- Bien, ¿qué sucedería si en vez de ello pusiera un noventa y siete o un noventa y nueve por ciento, pongo por caso?

-Daría un tiempo más largo del calculado, por supuesto.

-¿Pero no infinito?

-No, no sería infinito.

-Pues entonces, ¿a qué espera? Repita los cálculos, por el amor de Dios.

Los repitió, y muy rápidamente por cierto. Eso sí, escarmentado como estaba por el rapapolvos recibido no se limitó a entregare un único resultado, sino una larga lista de tiempos en función de unos porcentajes que afinó hasta la cuarta cifra decimal. Como es natural, el sorprendido ahora fui yo.

-¿Y qué quiere que haga con todo esto? -pregunté ingenuamente.

-¿No me pidió usted una tabla completa? -fingió sorprenderse; sus deseos de venganza eran evidentes.

-Señores, no volvamos a las andadas. -nos recriminó de nuevo su compañero- Aquí tenemos una información sumamente valiosa, pero el inspector tiene toda la razón del mundo al decir que recogida de esta manera resulta muy poco aprovechable. ¿No has representado estos datos en un gráfico?

Sí lo había hecho, pero lo tenía escondido el muy ladino y sólo lo sacó al serle solicitado por su superior.

-¿Lo ve? -me dijo este último después de examinarlo con ojos expertos- La curva de probabilidad decrece muy rápidamente a partir del noventa y cinco por ciento, pero nos queda una cola que se prolonga hasta muy lejos; en sentido estricto hasta infinito, aunque en la práctica la podríamos truncar más o menos por aquí... -concluyó al tiempo que trazaba una línea sobre el papel.

-¿A qué tiempo corresponde ese límite práctico? -pregunté con impaciencia.

-Aproximadamente... Espere que lo calcule. Sí, alrededor de unos diez días. Quizá once o doce, pero nunca más; a esas alturas la entropía temporal sería ya tan alta que no merece la pena considerar períodos de tiempo mayores.

-¿La entropía temporal?

-Ya le comenté que el radio de acción del prototipo era tan sólo de un par de semanas por salto; por supuesto que en modelos posteriores pensábamos prolongarlo lo más posible, pero éste era el primero...

-Sí, me hago cargo. -gruñí- No resultaría demasiado práctica una máquina del Tiempo que sólo sirviera para acercarnos, como quien dice, hasta la vuelta de la esquina; pero en este caso ha sido una suerte para nosotros. Bien, entonces no se hable más; seguiremos vigilando.

Así lo hicimos, organizando un sistema de turnos ya que ahora no se trataba de aguardar unas cuantas horas sino que, por el contrario, la espera podría prolongarse todavía durante varios días; y como es natural, no quería que mis hombres estuvieran cansados una vez llegado el momento. Yo mismo me hice habilitar un jergón en una habitación contigua, ya que bajo ningún concepto hubiera abandonado el recinto en circunstancias tan comprometidas.

Los días fueron desgranándose con monotonía sin que tuviera lugar el tan esperado acontecimiento. Huelga decir que conforme se acercaba el final del plazo nuestro nerviosismo aumentaba proporcionalmente; y cuando todos los plazos, incluso los más generosos, concluyeron, la más absoluta de las desolaciones embargó nuestros ánimos. Habíamos fracasado, eso era evidente, y no había manera alguna de prever las consecuencias, con toda probabilidad muy graves, de este fracaso.

La reunión que mantuve una vez más con el jefe del proyecto científico fue lo más parecido que imaginarse pueda a un funeral. Ambos estábamos completamente desmoralizados y él aún más que yo, dado que pese a todas las dificultades a mi instinto policial le repelía la palabra rendición.

-Ahora sí que nos hemos quedado sin argumentos de ningún tipo. -comentaba él- Le confieso que siento tentaciones de darlo todo por perdido.

-Eso nunca. -respondí yo con una vehemencia que estaba muy lejos de sentir- Alguna forma tiene que haber de continuar la búsqueda... Quizá se nos haya escapado en el primer salto pero le echemos el guante en el siguiente.

-Olvídelo. Usted mismo ha dicho que todas las cintas de vídeo grabadas por sus hombres han sido minuciosamente escrutadas sin que se obtuviera el menor resultado. Aunque sea muy rápido, el salto temporal precisa al menos algunos segundos para realizarse, por lo que de haber ocurrido éste tendríamos que haberlo detectado. No, nuestro *amigo* no ha vuelto, de eso podemos estar completamente seguros.

-¿Y si hubiera aparecido en algún otro lado para esquivar nuestra presumible vigilancia? -como es natural, me resistía a darme por vencido.

-Imposible. Ya le he dicho en más de una ocasión que la traslación espacial es nula. Debería haber aparecido exactamente en el mismo lugar del que partió.

-¿Exactamente? ¿Está usted seguro de que es completamente imposible una desviación, por mínima que ésta sea?

-Estoy seguro; las ecuaciones no dejan lugar a la más mínima duda. Bueno, cierto es que siempre tenemos un cierto factor de incertidumbre tanto en el espacio como en el tiempo... Pero no creo que el error pudiera ir más allá de unos cuantos centímetros; algo irrelevante en la práctica, por supuesto. Precisamente éste es un inconveniente que teníamos preciso abordar más adelante, de forma que el viajero se pudiera desplazar simultáneamente no sólo en el tiempo, sino también en el espacio.

-Luego el fugitivo se materializó exactamente en el mismo lugar del espacio del que partiera.

-Ya le he dicho que sí. ¿A qué viene tanta insistencia?

-Acaso... -pregunté, presa de una repentina inspiración- ¿Acaso han tenido ustedes en cuenta que la Tierra se mueve?

-¿Cómo dice?

-Que la Tierra se mueve... Que no se está quieta en su sitio. Lo sabe cualquier escolar.

Si le hubiera dicho que el Sol iba a estallar, o que la Luna se precipitaba sobre nuestras cabezas, su reacción no hubiera sido más viva. Palideció al tiempo que abría unos ojos como platos y, tras varios segundos de infructuosos esfuerzos, consiguió al fin articular una apagada pregunta.

-¿Acaso insinúa usted que...?

-Nada sé de sus ecuaciones ni de cómo han sido obtenidas, pero si tan importante es la invariabilidad espacial del experimento, me pregunto si en ellas ha sido tenido en cuenta que la Tierra no está nunca en el mismo lugar.

-¡Dios mío! -exclamó.

Y desapareció camino de su cubil dejándome con la palabra en la boca. Yo me había limitado, justo es decirlo, a dar un palo de ciego, pero a juzgar por la turbación del científico había dado al parecer en el clavo sin pretenderlo... Y sin saberlo, por supuesto.

Dos días más tarde, ya descansados y relajados después de la tremenda presión sufrida, repetíamos la entrevista. Sin embargo, en esta ocasión las circunstancias eran completamente distintas, con la tensión trocada en tranquilidad y el temor en satisfacción. El problema había sido resuelto, y la certeza de ello nos compensaba con creces de los malos momentos que habíamos pasado.

-¡Quién lo iba a decir! -comentaba plácidamente mi interlocutor- Fuimos capaces de desarrollar las teorías más complejas de toda la historia de la ciencia, y ninguno de nosotros cayó en un detalle tan tonto. Me siento como un imbécil.

-No es tan difícil que ocurriera; -concedí versallescamemente- preocupados por lo fundamental, es bastante normal que olvidaran lo evidente. Además, he de confesarle una cosa: Le aseguro que acerté por pura casualidad.

-Y porque no estaba condicionado por un rímero de elucubraciones como lo estábamos nosotros.

-Es probable. Pero explíqueme por qué era tan importante; puede que haya sido el descubridor del problema, pero lo cierto es que continúo sin entenderlo del todo.

-Es fácil... En teoría. Aunque es de sobra evidente que la Tierra se mueve, lo cierto es que habitualmente solemos suponer que permanece inmóvil; dado que nos movemos conjuntamente con ella, en multitud de ocasiones podemos prescindir sin problemas de este factor simplificando así los cálculos. Claro está que en astronomía sí hemos de tener en cuenta su movimiento orbital, pero éste no era el caso... O al menos así lo creímos, bastante ingenuamente por cierto.

-Y en esta ocasión sí influía.

-¡Por supuesto que influía! La teoría del Campo Temporal que nos sirvió de base para el desarrollo del prototipo requería implícitamente el uso de un sistema de coordenadas absoluto tanto en el espacio como en el tiempo... Y la Tierra, evidentemente, no lo es, puesto que se mueve en relación al espacio que la rodea. Es completamente cierto que cuando se realiza un salto temporal el viajero aparece exactamente en el mismo lugar del espacio del que partiera... El problema es que para entonces la Tierra ya no estará allí.

-¡Qué ironía! Pensar que su compañero les traicionó para lograr tan sólo una muerte horrible en mitad del vacío sideral...

-Apareciendo justo en el lugar que ocupaba la Tierra en ese preciso instante. -puntualizó- Afortunadamente para nosotros él tampoco cayó en este detalle. Bien, creo que después de esto usted podrá dar el caso por resuelto... Aunque jamás consigamos recuperar el cuerpo del delito. -rió.

-En lo que a mí respecta, la investigación ha terminado. Y en cuanto a ustedes, ¿piensan continuar adelante con su proyecto?

-Sí, supongo que sí. -titubeó- Aunque el tema de que la Tierra se escabulla cada vez que demos un salto temporal nos ha creado un grave problema; resulta paradójico que lo

mismo que nos resolviera la crisis haya puesto en peligro la continuidad misma del proyecto.

-¿Por qué?

-¿De qué nos puede servir que seamos capaces de viajar por el Tiempo si con eso sólo conseguimos aparecer en mitad del vacío?

-Pero usted me dijo que pretendían desarrollar los desplazamientos espaciales.

-Sí, eso es cierto; pero nosotros pensábamos referirlos únicamente a la superficie de la Tierra... Es decir, de un punto fijo con sus coordenadas geográficas determinadas a otro igualmente fijo, también con sus correspondientes coordenadas. Y considerando a la Tierra inmóvil, por supuesto.

-¿Qué diferencia hay? Bastaría con que conocieran la trayectoria orbital con la suficiente precisión para que pudieran calcular el punto de emergencia; esto ya se ha hecho con las sondas espaciales en circunstancias más complejas, y ha salido bien.

-Desgraciadamente no es lo mismo. Una cosa es hacer que una sonda pase por las cercanías de Neptuno y otra muy diferente conseguir que una persona aparezca exactamente en el lugar deseado. Imagínese que una desviación de un metro hace que su materialización tenga lugar en el interior de un muro macizo, o que un ligero error de cálculo le deja a diez metros de altura sobre el nivel del suelo. El más mínimo error podría ser fatal, y eso sin tener en cuenta un factor todavía más importante.

-¿Cuál?

-Si ni tan siquiera podemos calcular el movimiento orbital de la Tierra con la suficiente precisión debido a las perturbaciones provocadas por los planetas vecinos, ¿cómo podríamos evaluar cuál es la trayectoria de nuestro mundo con respecto a un sistema de coordenadas absoluto? Todo, absolutamente todo, está en movimiento en el universo, y muchos de los parámetros que intervienen en el desplazamiento de la Tierra nos son desconocidos por completo. Nosotros nos movemos en torno al Sol, el Sol se desplaza por la Vía Láctea, la Vía Láctea se dirige hacia algún lugar desconocido a través del espacio... ¿Quién le pone el cascabel al gato? -concluyó con amargura.

-Eso quiere decir que su descubrimiento, lejos de revolucionar la historia de la humanidad, no ha servido para nada.

-Yo no me atrevería a decir eso. Ningún hallazgo científico ha sido nunca inútil, ya que a todos se les ha encontrado tarde o temprano alguna aplicación... Aunque a veces hayan sido necesarios, incluso, varios siglos para conseguirlo. Por eso nuestro deber es continuar con esta labor por mucho que seamos incapaces de rentabilizarla; tarde o

temprano habrán de venir quienes sean capaces de aprovechar nuestra herencia. Por esta razón, debemos seguir adelante con nuestro trabajo.

Han pasado ya cerca de veinte años y la situación no ha cambiado en relación a la de entonces. La Física Temporal es desde hace mucho tiempo una disciplina de dominio público, y son muchos los grupos de investigación que, repartidos por todo el mundo, continúan desarrollándola; pero la máquina del Tiempo, al menos tal como la imaginamos habitualmente, continúa siendo hoy una utopía. ¿Se logrará alguna vez vencer este obstáculo? Los científicos son optimistas, por supuesto, pero hace ya cierto tiempo alguien puso el dedo en la llaga sin que nadie, ni entonces ni después, fuera capaz de contestar a su pregunta: Si en un futuro más o menos lejano la máquina del Tiempo puede llegar a ser un realidad, ¿por qué entonces nadie del futuro ha venido nunca a visitarnos?

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

El gran momento había llegado. Después de toda una vida de sacrificios sin recompensa el premio a todos sus esfuerzos iba a ser por fin cobrado. Atrás quedaban todas las humillaciones, todos los desprecios, todos los sinsabores que se había visto obligado a sufrir durante su larga vida profesional... Demasiado larga, y demasiado amarga.

Habían sido muchos años teniendo que soportar jefes mediocres o rapaces, cuando no ambas cosas simultáneamente, viendo cómo sus ideas eran ignoradas si no expoliadas. Él era mejor que muchos de sus superiores, pero nunca pudo dejar de ser un simple subordinado sin la menor posibilidad de ver reconocida su valía. Quienes no lo conocían afirmaban ingenuamente que el mundo de la ciencia era libre y enriquecedor, pero él sabía por propia experiencia que los científicos no eran en su conjunto ni peores ni mejores que cualquier otro colectivo social, aunque sí más sofisticados, y que entre ellos se daban exactamente las mismas injusticias y los mismos pecados que en cualquier otro lugar.

Flaco consuelo, se decía, resignado como estaba a su injusta situación. Pero la investigación era la razón de su vida y, si la ciencia oficial le negaba el reconocimiento que por su talla se merecía, él se buscaría la manera de resarcirse buscando la verdad por su cuenta. Malos tiempos corrían para quien deseara investigar sin ataduras de ningún tipo, dado que tanto las grandes estructuras burocráticas como la superespecialización suicida hacían virtualmente imposible la figura del investigador independiente a la manera de los humanistas del Renacimiento; pero él era tesonero, en ello le iba el empeño y a ello se consagró.

Por fortuna, apenas si necesitaba para sus planes algo más que un potente ordenador y mucho tiempo libre para desarrollar su teoría; y, puesto que disponía de ambas cosas, pronto pudo empezar a desarrollar una peculiar doble vida. Durante unas horas, las mínimas imprescindibles para cumplir con sus obligaciones de funcionario, dejaba pasar el tiempo en su rutinario trabajo de investigación oficial, tan alienante como una cadena de montaje y tan estéril como la producción de un burócrata. Pero cuando traspasaba la puerta de su centro y se encaminaba hacia su casa la situación cambiaba por completo, con su mente libre de ataduras dedicada exclusivamente a desarrollar sus revolucionarias ideas... Tan revolucionarias que jamás le hubieran creído de haberlas dado a conocer, circunstancia ésta que no había pasado jamás por su cabeza.

Pasaron los años y su teoría fue tomando lentamente forma. Sumido en un ambiente en el que nada nuevo se imaginaba, un ambiente en el que los científicos habían dejado de ser creadores para convertirse en simples artesanos, tristes remedos de los grandes genios que gobernarán con mano firme la nave de la ciencia hacia ya casi un siglo, él era probablemente el último representante de esa noble estirpe de pensadores que con sus

revolucionarias ideas habían cambiado la historia, el único que en aquellos momentos se cobijaba bajo el manto protector de una ciencia que tan sólo engendraba ya tristes remedos de sí mismos, adocenados epígonos de una época que había desaparecido ya.

Pero eso sólo lo sabía él. Misántropo convencido tanto en su trabajo como en sus relaciones sociales, sin familia y sin amigos dignos de tal nombre, ni tan siquiera sus escasos allegados llegaban a tener la menor sospecha de cuál era su verdadera actividad. Marginado y despreciado en su trabajo, rechazado por huraño en todas las demás esferas de su vida, él era en realidad feliz pudiendo disponer de su vida sin interferencias de ningún tipo que pudiera distraerlo un solo instante de su magna labor. Y mientras tanto, su teoría seguía adelante.

No fue sino a las puertas mismas de la jubilación cuando consiguió culminar por fin su tarea... Con un éxito completo, al menos en el plano teórico. Ahora tan sólo quedaba la comprobación experimental de su logro, para lo cual ya no bastaba tan sólo con un ordenador y su cerebro; pero él era tesorero y al final conseguiría construir en secreto el ingenio que habría de demostrar lo acertado de su teoría. De esta manera, la primera Máquina del Tiempo de la historia de la humanidad fue al fin una tangible realidad.

Ciertamente no le había resultado difícil; la extrema, casi insultante simplicidad del artefacto parecía una burla de todos aquellos devotos de la tecnología que creían vehementemente que cualquier artefacto capaz de realizar una labor mínimamente sofisticada debería ser por fuerza indefectiblemente complicado. Que una Máquina del Tiempo no abultara más que un paquete de cigarrillos y cupiera sin problemas en un bolsillo era realmente chocante, pero no necesitaba más para cumplir con su revolucionaria misión.

Una vez tuvo en sus manos el artefacto que él mismo había construido, procedió sin vacilaciones a utilizarlo. Hacía ya mucho que había decidido cuál sería su primer viaje por el Tiempo, por lo que no tuvo la menor necesidad de vacilar. Sabía perfectamente dónde ir, y sabía también qué tenía que hacer allí. Sin miedo de ningún tipo procedió a apretar el botón de conexión... Y entonces apareció él.

Lo identificó rápidamente. Cierto era que existían algunas diferencias en su aspecto (el pelo más abundante y completamente negro, la ausencia de barriga, un aire mucho más joven), pero resultaba evidente que se trataba de él... de él mismo.

No suele ser nada frecuente que alguien se encuentre consigo mismo, máxime si el visitante es a la vez igual y diferente a él. Y tampoco lo es precisamente que el sosias aparezca de repente materializándose de la nada. Pocos habrían sido capaces de afrontar con entereza tan insólita situación, pero él supo sobreponerse a la sorpresa asumiendo que, al ser el inventor de la Máquina del Tiempo, nada había de extraño en que fuera visitado por él mismo, lo que no evitaba que esta circunstancia le causara una notable perplejidad.

-¿Qué quieres? -preguntó a su visitante sin llegar a pulsar el botón.

-Que no conectes ese aparato -fue la escueta respuesta.

-¿Por qué?

-Para evitar que tú llegues a ser lo que soy yo.

-Eso es absurdo. -aunque todavía afectado por la sorpresa, comenzaba ya a recobrar su aplomo-. Tú eres yo y yo soy tú; ¿qué importa lo demás?

-Te equivocas -respondió el visitante-. Tú y yo somos diferentes, puesto que procedemos de distintos avatares. Nuestras líneas vitales se bifurcaron hace mucho, justo desde que apretaste ese botón y realizaste tu primer y único viaje al pasado. Yo soy como tú deseabas ser, pero tú y yo no somos la misma persona.

-Pues no parece que te haya ido mal del todo -ironizó el científico-. Se te ve muy buen aspecto, mucho mejor que el mío por cierto.

-Así es, al menos en lo que respecta al plano puramente material; con dinero de sobra resulta bastante fácil conservar mejor tu cuerpo.

-Luego el viaje resultó ser un éxito.

-Desde tu punto de vista, un éxito completo. Viajaste al pasado y te reuniste contigo mismo (y conmigo, puesto que hasta entonces ambos éramos el mismo) cuando solamente eras un joven recién salido de la facultad. Te proporcionaste una información que para tu yo viejo era trivial pero que para tu yo joven resultaba valiosísima: un premio millonario de lotería, una inversión afortunada del dinero recién ganado en la compra de una empresa, unos cuantos cambalaches financieros... Y he aquí al joven estudiante, condenado por el destino a arrastrar una vida gris y mortecina hasta su jubilación, convertido repentinamente en un magnate de la industria con más dinero del que jamás podría gastar puesto que, como dicen los americanos, lo difícil es hacerse con el primer millón de dólares.

-Y ese empresario...

-Ése soy yo, evidentemente, el yo de exactamente tu misma edad que tú siempre anhelaste ser; agraciado por la fortuna gracias a que tú me comunicaste cierta combinación ganadora hace ya muchos años.

-¿Qué tiene esto de malo? -protestó-. Al fin y al cabo, eso era precisamente lo que yo quería.

-Lo sé -suspiró-. Por esta razón es por lo que yo estoy aquí; porque ignoras por completo cuáles pueden ser las consecuencias derivadas de la alteración de tu línea temporal.

-¿Cuáles van a ser, aparte de que cambio una existencia miserable por una vida rica?

-¿Eres consciente de que con tu acción te estás condenando a desaparecer?

-¿Cómo voy a desaparecer? Tú existes.

-Pero tú y yo somos distintos, ya te lo dije. Nuestras respectivas vidas han discurrido por caminos diferentes durante la mayor parte de nuestra existencia, y nuestras vivencias, nuestros recuerdos y nuestras personalidades en suma son también completamente dispares.

-Ya veo lo que quieres decir. Tú me estás poniendo el ejemplo de los dos gemelos educados por separado y de manera distinta. ¿Me equivoco?

-Bien, es una buena metáfora -concedió-. Tienes que tener en cuenta que la personalidad de todos nosotros está modelada no sólo por nuestro patrimonio genético, sino también por las numerosas circunstancias que nos acontecen todos los días. De ellas dependemos y sin ellas, o por mejor decir con otras distintas, habríamos sido diferentes. Por esta razón, tú y yo no podemos ser iguales.

-Comprendo. Dices que desapareceré en el mismo momento en el que nuestro joven yo común reciba de mis manos la información necesaria para enriquecerse... ¡Pero eso es precisamente lo que yo quiero!

-¿Sabes que con ello te estás suicidando? -insistió de nuevo-. Peor aún; te estás negando tu propia existencia. Jamás habrás existido.

-¡Pero estarás tú! ¿Qué me importa que seas diferente? ¿Crees acaso que siento el menor apego por la vida que he llevado? ¿Crees que me importa lo más mínimo renunciar a una existencia gris y desagradable? Yo quiero ser tú, ¿entiendes?

-Entiendo -respondió al tiempo que movía tristemente la cabeza-. Pero lo que te niegas a aceptar es que tú jamás podrás cambiar tu vida por la mía, ya que simplemente dejarás de ser; tu destino está marcado y nunca lo podrías cambiar por mucho que lo intentes. Además, y por si fuera poco, esto tampoco serviría para nada ya que yo no me podría beneficiar de tu sacrificio.

-¿Cómo dices? ¿Acaso no eres real? ¿Acaso no has llevado una vida regalada durante todos estos años gracias a mi ayuda? ¿Así es como me lo agradeces?

-Continúas sin entenderlo. Para nuestra común desgracia, con tu iniciativa no creaste una persona, sino que te limitaste únicamente a conjurar un fantasma. Por cierto; ¿te importa que me sienta? Ya no soy nada joven.

Sólo entonces se dio cuenta de que ambos estaban de pie. Mascullando una excusa, él mismo se sentó -más bien se derrumbó- frente a su visitante.

-¿Qué quieres decir con eso? -su sorpresa era auténtica.

-Algo muy sencillo. ¿Te has parado a pensar que tu iniciativa llevaba implícita una paradoja temporal?

-Yo no lo veo tan claro -refunfuñó irritado-. Tú eres la prueba palpable de que mi plan resultó ser un éxito completo; ahora mismo acabas de reconocerlo.

-A corto plazo es cierto; pero por desgracia, la bifurcación temporal que forzaste no es viable de modo indefinido.

-¿Por qué? -insistió con tozudez mirando fijamente a su interlocutor; mirándose a él mismo, pensó con desasosiego.

-Porque con tu acción me apartaste por completo de la investigación científica, de modo que no pude construir la Máquina del Tiempo que todavía tienes entre tus manos; porque en mi línea temporal no sólo no existes tú, sino que tampoco existe ese artefacto.

-¿Entonces...? -preguntó perplejo.

-Entonces nos encontramos con que yo existo gracias a que tú construiste la Máquina del Tiempo; pero al desaparecer tú desapareció también la Máquina, con lo que resulta imposible que yo pueda existir -concluyó con una irónica sonrisa.

-Esto es absurdo. Tanto tú como yo existimos.

-¿Y no te parece absurdo eso también? ¿No atenta contra el sentido común que nosotros dos podamos estar aquí hablando, sentados frente a frente, como si tal cosa? Pero si aprietas ese botón, te aseguro que ambos desapareceremos para siempre; tú porque habrás dejado de existir después de dar el mensaje a nuestro antecesor común, y yo porque nunca habré existido.

-No te creo -zanjó al tiempo que hacía un amago de conectar la Máquina-. Si ya lo hice una vez, forzosamente tendré que volverlo a repetir ahora.

-¡Aguarda un momento! -Su expresión era de un patetismo tal que descartaba toda posible sospecha de engaño-. Escúchame al menos -suplicó.

-Está bien -concedió a regañadientes, depositando la Máquina sobre la mesa-. Intenta convencerme de que tus argumentos son siquiera coherentes.

-Es una historia muy larga -suspiró con alivio-. A raíz de tu intervención... sí, esa misma que ahora estoy tratando de evitar -concedió-, me convertí en un próspero hombre de negocios, y durante mucho tiempo me despreocupé por completo no sólo de cuanto estuviera relacionado con la ciencia, sino también de la dichosa Máquina del Tiempo. No fue sino hasta bastantes años después cuando esta cuestión comenzó a preocuparme; puesto que mi vida derivaba, eso era evidente, de la utilización de la Máquina, si ésta no llegaba a ser construida, ¿cómo podría llegar a existir en esta línea temporal que tú habías abierto?

»Se trataba, sin duda, de una paradoja temporal a la que había que buscar una solución. Se me ocurrió que ésta podría ser la construcción por parte mía... mía, no tuya -aclaró-, de la Máquina; al fin y al cabo, si ya lo había hecho una vez, no veía la razón por la que no pudiera hacerlo una segunda.

»Por desgracia, mis circunstancias eran completamente distintas de las que te habían empujado a ti a culminar con éxito la tarea. Sabía, porque tú mismo me lo habías comunicado, que la Máquina del Tiempo era resultado de los esfuerzos de toda una vida dedicada en forma exclusiva a la investigación; tarea ésta completamente inalcanzable para mí por razones obvias ya que, aunque contaba con capacidad suficiente para ello, carecía de las condiciones necesarias para hacerlo.

»No, nunca podría conseguirlo; esto lo supe muy pronto, cuando tuve que abandonar definitivamente todos mis infructuosos esfuerzos por desarrollar la teoría. Pero algo tenía que hacer; no podía quedarme con los brazos cruzados. Puesto que no me resultaba posible realizar el desarrollo científico del problema, resolví abordar al menos una faceta que a ti te había pasado completamente desapercibida: la... llamémosla filosófica. ¿Cuáles serían las consecuencias de tu deliberada alteración del flujo del tiempo? ¿Cómo podría ser resuelta la paradoja temporal en la que involuntariamente habías enredado nuestras respectivas vidas? Eso sí estaba a mi alcance o, al menos, así lo creí, por lo que inmediatamente me puse manos a la obra.

-¿Y qué ocurrió? -interrumpió por vez primera.

-Pues que llegué mucho más lejos de lo que tú habías hecho, descubriendo con sorpresa que, de no remediarlo, ambos caminaríamos hacia la catástrofe de un bucle temporal en el que corríamos el riesgo de ser atrapados para siempre.

-Un momento -le interrumpió-. Aclárame eso del bucle. Según mis ecuaciones, mi intervención tendría que haber producido una bifurcación divergente en el flujo del Tiempo... Nunca un bucle que nos hiciera volver hacia atrás.

-Ahí es precisamente donde radica tu error: en considerar al Tiempo como algo moldeable a voluntad cuando en realidad cuenta con una elasticidad -vamos a llamarla así- que hace que sus deformaciones sólo puedan ser momentáneas antes de volver a su posición de equilibrio. Tú lo forzaste, es cierto, pero sin saber que tarde o temprano esa tensión tendría forzosamente que desaparecer.

-¿Quieres decir que mi esfuerzo no sirvió para nada?

-A largo plazo, después de cierto tiempo necesario para que el flujo temporal se recupere de la perturbación, por supuesto que no. La entropía temporal, la inercia que hace que el Tiempo tienda siempre a retornar a su curso marcado, es tan grande que el esfuerzo necesario para mantener de forma indefinida una alteración del mismo tiende rápidamente a infinito. Por ello tarde o temprano las aguas tienen que acabar volviendo a su cauce. Eso sí, si al recobrar el Tiempo su curso natural tropieza con un obstáculo del tipo de nuestra paradoja, es decir, dos variantes de una misma persona, forzosamente tendrá que resolverlo mediante un bucle u otro mecanismo similar. No existe otra alternativa. ¿Me sigues?

-Perfectamente. ¿Acaso no pensamos los dos exactamente igual? -ironizó-. Pero no me trago que la diferencia de... ¿entropía temporal dices?... entre tú y yo pueda ser tan grande como para crear problemas de ese calibre. ¿Qué le importa al universo que alguien tan insignificante como nosotros sea rico o pobre?

-Olvidas que nadie está aislado sino en contacto continuo con muchas personas; y tú, como cualquier otro, estás interfiriendo constantemente en la vida de todos los que te rodean, de igual manera que ellos interfieren en la tuya.

-Aun con eso, pienso que exageras.

-No lo creas. En el mismo momento en el que nuestras vidas se bifurcaron, cada uno de nosotros comenzó a actuar de manera distinta. Yo gané una gran cantidad de dinero que en tu línea temporal fue a parar a otras personas distintas, mientras que tú ocupaste una plaza en un centro de investigación que en mi línea, supongo, también fue cubierto por otro científico. Pero no es sólo eso: imagínate todas las personas que has conocido a lo largo de estos años y que son completamente desconocidas para mí; y viceversa. Tus compañeros de trabajo, tus amigos, tu mujer...

-Estoy soltero -le interrumpió.

-Yo también, pero eso no deja de ser una simple casualidad; lo que sí he tenido han sido varias aventuras que a buen seguro no pueden coincidir con las tuyas.

-No, desde luego que no -respondió sonrojándose; él no había tenido jamás ese tipo de *aventuras*.

-Y eso no es todo -continuó-. Hace varios años tuve la desgracia de atropellar a una persona que falleció a consecuencia de las heridas recibidas en el accidente. No fue culpa mía, pero eso no impidió que mi involuntaria intervención se saldara con una muerte que en tu línea temporal no se produjo; considera ahora todas las incidencias cotidianas, importantes o no, que han tenido lugar a lo largo de todos estos años en tu vida y en la mía, y dime si la entropía temporal generada no puede llegar a ser realmente elevada, lo suficiente como para forzar al Tiempo a retornar a su lugar.

-En ese caso, ¿cómo me explicas que un problema de ese calibre haya podido haberseme pasado por alto?

-Porque tú te limitaste a estudiar su vertiente matemática; pero que una ecuación pueda ser resuelta algebraicamente no implica que sus resultados hayan de tener necesariamente un significado físico. Éste fue tu gran error; te sobraron matemáticas pero te faltó sentido común.

-Es muy fácil criticar a alguien desde fuera -respondió amoscado-; mucho más, desde luego, que trabajar desde dentro. Pero por mucho que te empeñes, sigo encontrando puntos flacos en tus razonamientos.

-¿Dónde? -preguntó su interlocutor en un tono débilmente burlón.

-Concretamente, en tu tajante afirmación de que el Tiempo es inmutable y no se puede bifurcar. ¿Qué hubiera pasado, pongo por caso, si la famosa bala que casi mató al general Franco en la guerra de Marruecos hubiera acabado realmente con su vida?

-Pues que la historia contemporánea de España hubiera sido muy diferente -concedió beatíficamente.

-¿Lo ves? Te estás contradiciendo tú mismo.

-En absoluto; yo jamás he dicho que el Tiempo no se pueda bifurcar, sino que una vez bifurcado no es posible retroceder hasta la encrucijada para tomar un camino diferente. Lo cual, creo yo, no es precisamente lo mismo.

-Déjate de ambigüedades y rebate mi argumento.

-Nada más sencillo. El moro que disparó la bala era contemporáneo de Franco; nada había pasado todavía, por lo que el curso del Tiempo podía optar sin problemas entre dos soluciones distintas: Franco muerto o Franco vivo, y cada una de ellas conducía a futuros completamente distintos. Pero imagina ahora que tú, desde el futuro de Franco, decidieras viajar a tu pasado, es decir a *su* presente, para pegarle un tiro en la esperanza de poder cambiar de esta manera la historia contemporánea de España. Aquí sí estarías forzando una

vuelta atrás, lo que necesariamente tendría que provocar una paradoja. El Tiempo es asimétrico, y tan sólo puede fluir en un único sentido.

-Concedido; vamos a aceptar la hipótesis del bucle. En ese caso, ¿cómo explicas que yo, de joven, no recibiera mi visita? ¿O que la primera vez que viajé por el Tiempo no vinieras tú a impedírmelo? Porque, de acuerdo con tu teoría, ésta sería para ti la segunda vuelta del lazo mientras para mí, por el contrario, seguiría siendo la primera. ¿No te parece incongruente?

-Ahora soy yo quien no te entiende -reconoció confundido-. ¿Qué quieres decir con eso?

-Es muy sencillo. Si existe un bucle temporal, si dos puntos cronológicamente distintos se superponen, ambos deberían ser equivalentes; la interacción tendría que ser en los dos sentidos, y no en uno solo.

-Sigo sin comprenderte.

-Deja que termine de explicártelo. -Era evidente que estaba haciendo todo lo posible por desquitarse de su anterior derrota-. Al haber un punto de contacto en la línea temporal, tendríamos que encontrarnos con él tanto si viniéramos del pasado como si lo hiciéramos desde el futuro. Tendría que existir una simetría que en este caso no se da, puesto que tú conoces acontecimientos que yo ignoro a pesar de que ambos arrancamos de un origen común.

-Pero ocurre que... -objetó débilmente.

-¡No me interrumpas! -Su creciente seguridad corría pareja con la pérdida de diplomacia-. Lo que quiero decir, es que si existe un bucle en el tiempo, forzosamente tendría que haber estado siempre allí; si yo hice un viaje al pasado para entrevistarme conmigo mismo, forzosamente tendría que recordar esa entrevista puesto que es seguro que tuvo lugar; sin embargo, esto no ocurre en mi caso sino solamente en el tuyo. Ésta es la verdadera paradoja; si fuera cierta tu teoría toda posible alteración de la historia habría tenido que ocurrir previamente, por lo que en la práctica resultaría inútil intentar modificarla. Sin embargo yo la alteré, como lo prueba el hecho de que ambos estemos ahora aquí, cada uno de nosotros procedente de una línea temporal distinta.

-Te equivocas de nuevo -tras el chaparrón había recobrado el aplomo-. El Tiempo no es algo estático tal como tú postulas sino una magnitud dinámica que está en continuo movimiento; sus remolinos se forman y se deshacen continuamente puesto que su camino no está trazado a priori, sino que se dibuja a cada momento. Tú iniciaste un bucle que anteriormente no existía en el mismo momento en el que conectaste la Máquina, y no antes; pero por esta razón es precisamente por lo que no puedes guardar recuerdo de la visita mientras que yo sí. Ahora ha llegado el momento en el que el bucle debe ser cerrado, y en

nuestras manos está que el curso del Tiempo, al menos en lo que a nosotros respecta, continúe su rumbo normal o, por el contrario, quede atascado quizá para siempre.

-Bien, señor sabihondo -contraatacó irritado después de digerir todo lo anterior-. En ese caso, ¿cómo se explica que tú estés aquí si no tienes Máquina del Tiempo?

-Porque yo no he viajado en el Tiempo, al menos en sentido ascendente o descendente; yo no provengo ni de tu futuro ni de tu pasado, sino de un presente alternativo contemporáneo del tuyo con el que la entropía temporal ha forzado a reunirse.

-Y yo soy Napoleón Bonaparte -la explosión había tenido finalmente lugar-. Apareces de repente interrumpiendo el experimento con el que iba a culminar el trabajo de toda una vida; me cuentas toda una serie de historias increíbles acerca del hipotético peligro que supondría realizar un viaje al pasado; y por último pretendes convencerme de que así por las buenas, sin más que decir *abracadabra*, eres capaz de dar un saltito para presentarte ante mí. ¿Me tomas acaso por un imbécil?

-Pero es que es la verdad...

-¡Y un cuerno! Me paso cuarenta años de mi vida desarrollando ecuaciones, empleo casi cinco en construir este chisme -al decirlo esgrimía la Máquina del Tiempo amenazadoramente sobre su cabeza-, y ahora llega el chico listo, que no ha visto un vector desde que salió de la universidad, chasquea los dedos y se le aparece el genio de la lámpara. Así de simple. ¿Sabes qué voy a hacer? Mandarte a freír espárragos, apretar este botón y desaparecer esperando que cuando vuelva tú ya no estés aquí.

-Hazlo. -La palidez de su rostro era tal que parecía el de un cadáver-. Hazlo y yo no estaré aquí; pero tú no podrás volver para comprobarlo.

-¿Y quién me garantiza eso? ¿Tú? Eres una parte demasiado interesada como para poder fiarme de lo que digas.

-Tan interesado que te estoy pidiendo que consumes mi desaparición. ¿Te parece eso egoísmo?

-Bueno, yo... -balbuceó confundido- ¿Por qué tengo que creerte?

-Ya te he explicado suficientemente lo del bucle; si tú no viajas al pasado, yo no llegaré nunca a existir, pero si lo haces serás tú el que desaparezca arrastrándome a continuación a mí.

-¿Y si existiera un bucle dentro del bucle que exigiese que yo no realizara este viaje para que tú sí llegaras a existir? -preguntó receloso.

-No seas tan suspicaz; eso que has planteado es imposible.

-¿Por qué tengo que creerte? A mí me parece más verosímil que estés buscando tu propia supervivencia; lo entiendo, te lo aseguro, y yo en tu lugar intentaría hacer exactamente lo mismo. Pero lo que no me creo, es que vengas aquí dispuesto a sacrificarte de una forma tan altruista.

-Sigues sin comprenderlo. Cualquiera que sea la salida que se dé a este problema, yo estoy condenado a desaparecer. Por ello, y puesto que no tengo nada que perder ni que ganar, intento tan sólo salvarte. ¿Qué pierdo con ello?

-Pero continúas sin explicarme cómo pudiste aparecer aquí - le interrumpió.

-Te aseguro que no hice absolutamente nada de forma voluntaria. Tu manipulación del pasado hizo posible mi existencia gracias a un pliegue en el tiempo que antes no había existido; cuando dicho pliegue dejó de ser viable, es decir, cuando el bucle tuvo forzosamente que cerrarse al alcanzarse el momento en el que conectaste la Máquina, las dos bifurcaciones existentes hasta entonces, la tuya y la mía, se vieron forzadas a coincidir por la entropía temporal.

-Pero sin la Máquina del Tiempo...

-Para elevar agua a un depósito es necesaria una bomba que venza la fuerza de la gravedad, pero este agua será perfectamente capaz de caer por sí sola sin necesidad de ayuda de ninguna clase. Tu Máquina funciona de una manera similar provocando un salto contra la entropía temporal, pero cuando el flujo del Tiempo intenta recuperar su camino normal lo hace por propia inercia. Yo nunca hice el menor esfuerzo por llegar aquí pero sabía que esta circunstancia se tenía que dar obligatoriamente, por lo que me preparé para este momento. Sabía el cómo y el porqué, pero desconocía con exactitud el cuándo, por lo que me limité a esperar pacientemente a que llegara la hora.

-Aun aceptándolo, queda todavía otra cuestión por resolver. -era evidente que no quería dar su brazo a torcer-. ¿No te parece una paradoja aún mayor que ambos podamos coexistir simultáneamente? ¿No hubiera sido más lógico según tus teorías que tú hubieras aparecido justo después de mi desaparición sin que ambos hubiéramos llegado a entrar en contacto?

-No, puesto que entonces el bucle no se habría llegado a cerrar. Para que su cierre fuera completo ambos teníamos que hablar antes de que yo me... desvaneciera, puesto que sólo yo conozco tu secreto y sólo yo podría ser capaz de convencerte.

-Eso es cierto -concedió-. Pero necesitaré pruebas más tangibles que tu propia presencia aquí.

-Lo lamento mucho, pero me temo que no voy a poderte dar satisfacción.

-¿Por qué? -preguntó con malicia-. ¿Porque no las tienes?

-Porque no voy a tener tiempo para proporcionártelas -fue la escueta respuesta-. Mi tiempo se acaba.

-¿Cómo?

-Hace un momento me preguntabas por qué ambos habíamos coincidido simultáneamente, y yo te he respondido que tal coincidencia era imprescindible para que el bucle se cerrara; pero el bucle ya se ha cerrado, por lo que mi existencia llega a su fin.

-Pero...

-No hay tiempo. Recuerda lo que te he dicho; nada puede salvarme a mí, pero tú todavía puedes evitar tu propia catástrofe. Piénsalo antes de apretar ese botón.

-Escucha...

-Fue un placer conocerte -fueron sus últimas palabras.

Y desapareció.

Varios años después continuaba sin pulsar el botón. En un primer momento la perplejidad le impidió reaccionar y más tarde, una vez superada la sorpresa, decidió aplazar la decisión hasta que estuviera bien seguro de todas las posibles consecuencias; él creía en sus ecuaciones, pero quizá...

Le costó mucho tiempo revisar sus teorías llegando finalmente a una conclusión desalentadora: las ecuaciones, tal como estaban formuladas, eran incapaces tanto de predecir como de descartar la paradoja temporal que le fuera anunciada por su yo paralelo; para poder obtener información al respecto debería replantearlas desde el principio, labor ésta que podría ocuparle durante varias décadas. Y ni aun de esto estaba seguro, puesto que su visitante había llegado a esta conclusión, según él, sin necesidad de aparato matemático alguno...

¿Y si había mentido?

¿Y si, pese a todo, era cierto lo que le había dicho?

Ante la duda se abstuvo. Algún tiempo después destruiría la Máquina del Tiempo, y no mucho más tarde fueron todas sus anotaciones, cuidadosamente conservadas hasta entonces, las que desaparecieron para siempre. Le quedaban muy pocos años de vida, y no podía correr el peligro de que algo tan peligroso como era su trabajo pudiera caer en manos inadecuadas. El riesgo era demasiado grande, y él no estaba dispuesto a correrlo.

Cuando al fin murió, lo hizo en paz.

LO QUE FUE, ESO SERÁ

Realmente, son muchas las tonterías que se han dicho siempre con respecto a los viajes por el tiempo, tonterías que, dada la imposibilidad material de realizarlos, habitualmente habían quedado limitadas bien a especulaciones teóricas, bien a relatos de ciencia ficción más o menos digeribles.

La cosa cambió cuando fue descubierta (o por hablar con mayor propiedad, cuando descubrí) la forma de viajar realmente por el tiempo, la cual resultó ser insultantemente fácil una vez conocidos los sencillos principios físicos en los que se basaba.

Pese a todo cuanto se ha dicho acerca de que los inventores autodidactas del tipo de Edison, Marconi, Bell o nuestro Juan de la Cierva, habían pasado ya a la historia reemplazados por los grandes centros de investigación que convertían los descubrimientos científicos y tecnológicos en algo a la vez colectivo y anónimo, mi descubrimiento del *cronomóvil* -así lo bauticé por parecerme más científico que la tradicional denominación de *máquina del tiempo*- fue algo completamente personal realizado en solitario durante los ratos libres (bastantes, por cierto) que me dejaba mi cómodo trabajo de funcionario. Y no se crean que me resultó más difícil que poner un palo a un caramelo, un mango a una bayeta o un pegamento que se despegaba a un bloc de notas... La historia de los descubrimientos científicos está repleta de huevos de Colón.

En cuanto a la construcción del *cronomóvil*, tampoco tuve demasiados problemas; me bastó con ensamblar de forma adecuada los distintos componentes electrónicos que adquirí en tiendas especializadas. El *cronomóvil* constaba de dos partes diferentes, una consola de control (en realidad un ordenador personal modificado) que instalé en el garaje de mi casa, y una unidad móvil similar a un reloj de pulsera (precisamente eso era originalmente) que me permitiría dar los saltos por el tiempo.

Antes de seguir adelante con la narración es preciso explicar algunos detalles del funcionamiento de mi invento. Para empezar, y debido a limitaciones teóricas tan concluyentes como pueden ser las ecuaciones con soluciones imaginarias, resultaba completamente imposible viajar al futuro... Lo cual no dejaba de tener su lógica, puesto que es evidente que no se puede visitar aquello que todavía no existe.

El viaje por el tiempo quedaba, pues, limitado a remontar el pasado y también con diversas restricciones, la más importante de las cuales era la que yo denominé *entropía cronológica*; cuanto mayor era el intervalo temporal remontado mayor era asimismo la dificultad existente para focalizar mi punto de destino. Esto limitaba en la práctica mis incursiones por el pasado hasta unos tres mil años atrás... Período de tiempo más que suficiente para saciar mi curiosidad al englobar la mayor parte de las antiguas

civilizaciones. Ciertamente es que quedaban fuera de mi alcance épocas históricas tan interesantes como la Grecia minoica, la mayor parte del Egipto clásico y una porción importante de las culturas mesopotámicas (la prehistoria no me interesaba especialmente), pero qué se le iba a hacer; quizá en un futuro pudiera perfeccionar mi cronómetro de forma que alcanzara épocas más remotas, pero por el momento me bastaba.

Una cuestión que me angustió en un principio fue la de los sistemas de referencia absolutos. Puesto que la Tierra se desplaza por el universo describiendo un complicado conjunto de movimientos continuos (la rotación, la traslación en torno al Sol, el desplazamiento del Sol a través de la galaxia, el movimiento de ésta hacia no se sabe muy bien donde...), con respecto a un sistema de coordenadas absoluto un punto determinado de la Tierra (mi casa, por ejemplo) jamás estaría dos veces en el mismo sitio. Esto convertía al viaje por el tiempo en un problema tetradimensional de muy difícil solución en lo que se refiere a las coordenadas espaciales; como es natural, a mí no me apetecía en absoluto apretar el botón y aparecer en mitad del vacío cósmico sin traje espacial de ningún tipo.

Por fortuna un estudio más detallado de las ecuaciones me reveló que el haz temporal (el *camino* que unía los puntos de origen y destino, para entendernos) era afectado por la atracción gravitatoria de nuestro planeta, lo que en la práctica se traducía en el hecho de que durante los viajes temporales la Tierra (y más concretamente el centro de la misma) actuaría siempre como origen de coordenadas del cronómetro. Podía, pues, respirar tranquilo; viajara cuanto viajara, no me perdería en el espacio al ser siempre arrastrado por la Tierra.

Sí, independientemente del tiempo remontado aparecería siempre en nuestro planeta, pero ¿dónde? En principio el punto de destino sería aquél que conservara las tres coordenadas espaciales del punto de origen, siempre en relación al centro de la Tierra, pero el problema estribaba en el hecho de que, aunque para el cronómetro el centro del planeta no se moviera, sí lo hacía la superficie del mismo a causa del movimiento de rotación. En consecuencia, el punto de destino se desplazaría a lo largo de un paralelo volviendo a coincidir con el de origen al cabo de veinticuatro horas.

Bien mirado este hecho, lejos de ser un inconveniente como pudiera parecer en un principio, era en realidad una importante ventaja: Ajustando cuidadosamente la longitud del viaje temporal podría aparecer en cualquier punto del planeta que compartiera la latitud con mi casa, y dependiendo de la hora de partida podría alcanzar mi destino en el momento del día más apropiado para mis fines.

Como es fácil suponer, resolver el problema de la latitud resultó ser bastante más complejo. Evidentemente no sólo me interesaba poder desplazarme en dirección este-oeste sino también poder hacerlo en dirección norte-sur, pero aquí no podía contar con un movimiento de rotación que me hiciera el trabajo, y desde luego no me apetecía en absoluto verme privado de presenciar episodios históricos transcendentales sólo por no

poderme desplazar unas decenas de kilómetros hacia el norte o hacia el sur. Ciertamente podría recurrir a los medios de transporte propios de la época visitada, pero una precaución elemental me recomendaba evitar en lo posible toda relación con los habitantes del pasado al tiempo que en caso de emergencia no podría quitarme de enmedio apretando el botón al tener que desandar previamente lo andado. El riesgo era demasiado evidente como para ser ignorado, por lo que procuré encontrar alguna otra solución más satisfactoria.

Tras varios ensayos, finalmente descubrí que el haz temporal podía ser curvado en forma controlada. No demasiado, tan sólo algunos grados en uno u otro sentido ya que más allá de determinado ángulo se desenfocaba dejando de ser útil, pero era lo suficiente para poner a mi alcance una banda de unos dos mil o dos mil quinientos kilómetros de anchura repartida equitativamente al norte y al sur de la latitud de mi domicilio. Esto ponía a mi alcance la práctica totalidad de las culturas clásicas sin necesidad de tenerme que desplazar un solo metro, lo cual era más que suficiente para mis proyectos.

Sin embargo, aún quedaba pendiente la cuestión de la tercera dimensión, es decir, la altura, ya que tampoco resultaría interesante materializarse en el interior de un muro o a cien metros de altura sobre el suelo. Evidentemente podía proveerme de mapas topográficos de la zona a visitar, pero éstos serían modernos y nada me garantizaba que en el transcurso de los siglos no hubiera habido modificaciones importantes en la topografía del terreno que pudieran acarrear consecuencias desagradables para mi persona.

Durante bastante tiempo no supe cómo abordar este problema, pero una vez más las leyes físicas vinieron en mi ayuda. Así, descubrí no sin sorpresa a pesar de que se trataba de algo obvio, que el principio de impenetrabilidad de la materia impediría un salto temporal cuyo destino fuera el interior de un cuerpo sólido. Más peliagudo era el caso contrario, ya que evidentemente el sistema sería incapaz de distinguir entre un espacio libre situado a ras de suelo y otro colgado del aire. En este caso la solución no fue teórica sino práctica; puesto que podía desplazar el haz temporal no sólo en un plano horizontal sino también en uno vertical, equipé el cronómetro con un barredor de cotas que detectaba automáticamente el cambio del aire a un cuerpo sólido, es decir, el suelo. El sistema no era perfecto ya que no evitaría que me zambullera en un río, ponga por ejemplo, pero el riesgo de un remojón no era especialmente preocupante y además los ríos no acostumbraban a cambiar habitualmente el trazado de su curso.

Resuelto ya el problema del desplazamiento espacial, no por ello quedaban zanjados todos los posibles peligros. Debido a que desconocía la topografía exacta de los lugares que pretendía visitar, pudiera ser que tuviera la mala suerte de aparecer en mitad de una batalla, o en una plaza pública abarrotada de gente; o todavía peor, en mitad del campo justo al lado de un animal salvaje. Claro está que las posibilidades de que ocurriera algo de esto eran extremadamente pequeñas, y siempre tenía la opción de apretar rápidamente el botón de retorno... Con la condición de que pudiera adelantarme al peligro. En fin; podía ocurrir que

un guerrero huno me cortara la cabeza de un tajo o que un soldado macedónico me atravesara con su pica antes de poder mover un solo músculo, pero bien mirado también podía tener un accidente de tráfico volviendo del trabajo, y peligro por peligro prefería arriesgarme visitando el pasado.

Huelga decir que nadie estaba al corriente de mi descubrimiento, ya que como afirma el habitual tópico de las novelas de ciencia ficción, la humanidad no estaba preparada para ello. ¿Cómo iba a estarlo? Los políticos querrían manipular la historia a su antojo, los delincuentes tendrían campo abonado para sus fechorías y los locos y los fanáticos podrían hacer trastadas del tipo de cargarse a un Jesucristo recién nacido, conseguir que Napoleón ganara en Waterloo o advertir a Hitler del desembarco aliado en Normandía... Sólo de pensar en los trastornos que podría causar mi cronómetro de caer en malas manos se me ponía la carne de gallina. Buena o mala, la historia tenía que mantenerse inalterada.

Ni siquiera yo mismo, lo confieso humildemente, me vi libre de las tentaciones. Al fin y al cabo, ¿qué tenía de malo para el discurrir de la historia que yo viajara unos cuantos días al pasado para decirme a mí mismo los números del sorteo de la lotería primitiva? Un pequeño bucle temporal que en nada afectaría al fluir general del tiempo, un ganador que antes no existía (habría procurado buscar un sorteo sin ganadores) y yo rico para toda la vida pudiéndome dedicar a perfeccionar mi invento.

Por suerte o por desgracia, el haz temporal no podía ser enfocado a un pasado inmediato, necesitándose un intervalo mínimo de varios años para poder viajar con las necesarias garantías de éxito. Evidentemente no me atreví a correr el riesgo de modificar mi pasado con tanta antelación, ya que las consecuencias que podía acarrear mi intervención, además de ser imprevisibles, podrían llegar a ser graves. Así pues, me resigné a seguir siendo pobre.

Solventados ya todos los problemas técnicos, al menos hasta donde yo era capaz de control, tan sólo me quedaba decidir cual podía ser el episodio histórico más apropiado para mi primera visita. Evidentemente las opciones posibles eran muchas, pero me decanté rápidamente por la Edad Antigua debido a mis preferencias personales. ¿A dónde ir? ¿A la Roma imperial? ¿A la Atenas de Pericles? ¿A la Persia de Ciro el Grande? ¿A la Alejandría helenística? ¿A la Cartago de Amílcar Barca? ¿A la Babilonia de Nabucodonosor?

Había episodios históricos que, aunque interesantes, resultaban ser poco recomendables. Convenía evitar tanto las batallas como los períodos turbulentos, no fuera que los guerreros asirios o los legionarios romanos me fueran a dar un disgusto. Lo mismo podía decirse de los años en los que las epidemias habían diezmando a la población, ya que tampoco tendría ninguna gracia volver enfermo de peste de la Roma del emperador Galieno.

También resultaría arriesgado aparecer por las buenas en ciudades populosas, por más que me tentaran lugares como Roma, Atenas, Constantinopla o Alejandría, aunque al mismo tiempo me convenía pasar desapercibido y quizá en lugares poco poblados llamaría demasiado la atención.

Tras darle muchas vueltas me decidí al fin: Iría a ver la crucifixión de Cristo. Se trataba de un episodio histórico que se había desarrollado en un lugar fácilmente identificable (el monte Calvario) situado fuera de una ciudad pero relativamente próximo a ella, y además había contado con un numeroso grupo de espectadores que no mostrarían el menor interés hacia mi persona.

Había calculado ya las coordenadas espaciales del salto cuando caí en la cuenta de algo que por evidente me había pasado desapercibido: Se desconocía la fecha exacta en la que había tenido lugar la muerte de Cristo. Lo más sencillo hubiera sido renunciar a mi elección cambiándola por otra que pudiera ser fechada con la suficiente precisión tal como el asesinato de Julio César, o bien limitarme a viajar a una época más cercana cuya cronología me fuera conocida.

Sin embargo, persistí en mi empeño. Al fin y al cabo, me dije, contaba con una referencia clara como era la Pascua judía, la cual a su vez estaba relacionada con el calendario lunar. Aunque sabía que probablemente Cristo no había sido crucificado en el año 33 por la misma razón que no había nacido en el año 1, la diferencia podía ser de muy pocos años hacia arriba o hacia abajo, y en cada uno de ellos era posible calcular con precisión la fecha exacta del primer Viernes Santo. Al fin y al cabo, si no acertaba a la primera bastaría con volverlo a intentar de nuevo año arriba o año abajo.

Tras consultar diversas enciclopedias y varios libros especializados me decanté por el año más probable, el 29 D.C., y tras calcular la fecha exacta de la Pascua judía y con ella la del día de la muerte de Cristo, me preparé para saltar. Me vestí con un disfraz alquilado con el que esperaba no llamar demasiado la atención de los verdaderos judíos, camuflé la unidad móvil que portaba en la muñeca con el amplio borde del manto, me apresté a apretar el botón... Y cuando estaba a punto de hacerlo aparecí ante mí gritando desesperadamente:

-¡Espera! ¡No lo hagas!

Pero ya era tarde. Todo fue negrura alrededor mío y un instante después me encontraba al aire libre entre una multitud que gritaba salvajemente y olía todavía peor mientras allá al frente, en una pequeña colina, se alzaban tres cruces de las cuales pendían sendos cuerpos humanos.

Había triunfado. Evidentemente la prueba había resultado un éxito, y yo me encontraba en la Palestina del siglo I contemplando la muerte del fundador del cristianismo. Sin embargo... ¿Qué había querido decirme a mí mismo justo en el momento de saltar?

Evidentemente se trataba de mi yo del futuro, de un futuro inmediato puesto que todavía iba ataviado con el disfraz de judío, y todo parecía indicar que pretendía advertirme de algo. ¿De algún fallo? No, no podía ser; todo parecía estar en orden.

Pero había algo que no encajaba, y lo comprobé cuando al mirar hacia un lado descubrí con sorpresa la presencia de un doble mío. Ambos nos miramos perplejos, hicimos además de preguntarnos algo... Y no llegamos a hacerlo puesto que un tercer sosias apareció junto a nosotros reemplazando a un gordo y vociferante judío que se esfumó como por ensalmo. Y luego apareció un cuarto, y un quinto, y un sexto...

Demasiado tarde comprendí mi error. El viaje por el tiempo estaba sometido al dictado de las leyes físicas, y una de ellas era la de la conservación de la masa. Al aparecer yo, con mis ochenta kilos de peso, había introducido una distorsión en el espacio-tiempo del siglo I que sólo podía ser corregida haciendo desaparecer una masa similar; que era precisamente lo que estaba ocurriendo, puesto que cada aparición mía (y cada vez había más) era correspondida con la desaparición de un judío auténtico.

Pero si la ley de conservación de la masa explicaba las desapariciones no ocurría lo mismo con la multiplicación de mi persona, ya que lo lógico hubiera sido que yo apareciera únicamente una vez. Con la cabeza embotada e incapaz de pensar decidí no obstante volver a mi tiempo para interrumpir el experimento hasta que no descubriera la forma de evitar estos molestos efectos. Apreté el botón de retorno y me encontré de nuevo en mi garaje frente a mí mismo. Comprendí demasiado tarde que mi sosias iba a emprender el viaje del cual yo retornaba, y grité desesperadamente:

-¡Espera! ¡No lo hagas!

Pero no pude evitar que éste diera el salto. Abrumado por el problema que se me planteaba me derrumbé en la silla intentando analizar la situación. Era evidente que había creado un bucle temporal en el cual había quedado atrapado, y además de forma reiterativa tal como evidenciaba la continua multiplicación de mi persona. Sin embargo, yo sólo había hecho un único viaje...

Estaba claro que tenía que romper el círculo vicioso. Lo más inmediato consistía en retroceder ligeramente en el tiempo (con unos minutos bastaría) para impedirme conectar el cronómetro. Pero ¡ay! no podía remontarme en el pasado menos de varios años, por lo que aparecería en un momento muy anterior al inicio del desarrollo del cronómetro creando probablemente una paradoja aún mayor. No podía, pues, arriesgarme.

¿Y un viaje de ida y vuelta al siglo I volviendo a mi presente algunos minutos antes de la partida? No, tampoco serviría puesto que el cronómetro estaba diseñado para volver justo en el mismo instante del inicio del viaje, sin posibilidad alguna de alterar el retorno ni

para adelante, ni para atrás. Como mucho, el principio de incertidumbre podría provocar, tal como había ocurrido, una momentánea coincidencia entre ambos puntos.

Nada podía hacer en el presente, me dije con desconsuelo, por lo cual la única manera de romper el bucle sería volviendo de nuevo al siglo I. No tenía nada claro cómo realizarlo, pero algo tenía que hacer... Y pulsé de nuevo el botón después de desviar el haz lo suficiente para corregir el desfase temporal.

En los alrededores del Gólgota éramos ya tantos sosias que los judíos verdaderos, los pocos que todavía quedaban, se habían dado ya cuenta de nuestra presencia y huían despavoridos de lo que sin duda consideraban un acto de brujería... Aunque no conseguían llegar demasiado lejos, ya que tarde o temprano acababan desapareciendo siendo sustituidos por una nueva copia mía.

Y cada vez éramos más. De hecho nos parecíamos multiplicar siguiendo una progresión geométrica, lo que hacía que nos extendiéramos como una mancha de aceite. Y yo estaba allí, en mitad de una multitud formada exclusivamente por dobles míos, sin saber qué hacer.

Me dirigí al más cercano y le pregunté si sabía cómo detener la catástrofe, pero tan sólo conseguí un simple encogimiento de hombros por respuesta. Como era de esperar ninguna de las miles de copias mías que se encontraban allí tenía ni la más remota idea de lo que estaba ocurriendo... Lo cual era lógico, puesto que yo debía de ser el más antiguo de todos ellos y también lo desconocía por completo.

Apenas un minuto después todos los cuerpos que era capaz de distinguir eran sin excepción míos... Incluidos los tres que pendían de las cruces, lo cual me creó una sensación de insoportable malestar. Bien, ¿qué hacía yo allí? Sería preferible que volviera de nuevo al presente, me dije rectificando mi anterior decisión. Además... Me hubiera abofeteado por no haberme dado cuenta de ello antes; por mucho tiempo que pasara en el presente, siempre podría volver al instante exacto del pasado que deseara. Por el contrario, allí no tenía más opción que la de contemplar cómo era crucificado por triplicado.

Tenía ya el dedo sobre el botón de retorno cuando un temor me invadió haciéndome sentir escalofríos. ¿Qué pasaría si toda esa multitud decidía hacer lo mismo? ¿Exportaría la invasión de sosias a mi presente?

Diciéndome que de ser así nada podría hacer por evitarlo, pulsé finalmente el botón.

Por fortuna aparecí solo. Puesto que el retorno tenía que tener lugar forzosamente en el mismo instante de la partida, era de esperar que al menos por el momento pudiera estar a salvo, ya que mientras no iniciase un nuevo viaje al pasado nadie podría retornar, lo cual sirvió para tranquilizarme.

Pero entonces, ¿de dónde había salido esa multitud de sosias míos cuando yo tan sólo había realizado dos viajes al pasado? ¿Por qué existía esa asimetría entre el pasado y el presente? ¿Dónde se había iniciado ese bucle y cuáles serían sus consecuencias?

Sus consecuencias... -pensé aterrado- Si yo había provocado un cambio radical en la línea temporal, y vaya si lo había provocado cuando había hecho desaparecer nada menos que al propio Jesucristo y, probablemente, a buena parte de sus discípulos, mi presente tendría que ser radicalmente distinto, quizá incluso ni siquiera existiera.

Pero eso era absurdo. Yo estaba allí, todavía ataviado con ese ridículo disfraz, y no había notado el menor cambio ni en mí mismo ni en mi entorno más inmediato. Subí, no obstante, a mi casa y conecté la televisión contemplando con alivio que los programas basura seguían siendo los amos y señores de la práctica totalidad de los canales. Pillé finalmente un telediario y allí tampoco noté nada fuera de lo habitual. Aparentemente, la vida en el planeta seguía exactamente igual que la había dejado.

Sin embargo, yo había alterado el pasado. Cogí una enciclopedia, busqué en el artículo correspondiente y leí con avidez la descripción de la muerte de Cristo; todo era tal como yo lo recordaba, tal como había sido antes de mi torpe intromisión. ¿Qué estaba pasando?

De repente recordé el argumento de un relato de Isaac Asimov, una de las pocas cosas razonables que se habían escrito sobre las posibles consecuencias de los viajes por el tiempo. El relato se titula *La carrera de la reina encarnada*, y relata cómo el inventor de una máquina del tiempo enloquece y decide enviar a la Grecia clásica información científica del siglo XX para evitar que la humanidad retroceda culturalmente una y otra vez... Lo cual implica, necesariamente, una alteración brutal de la historia.

La información es enviada al pasado sin que nadie pueda impedirlo, lo que hace temer a los protagonistas del relato la aparición de una catástrofe sin precedentes. Sin embargo, no sólo no ocurre nada sino que finalmente otro científico les da la explicación de ello: Cualquier posible alteración del pasado ha sido realizada ya, por lo cual cualquier tipo de cambio es completamente imposible. Volviendo al relato, Asimov nos explica que tal intervención del científico loco no sólo no era perjudicial para el transcurso de la historia sino que, muy al contrario, resultaba imprescindible para que nuestro presente fuera precisamente como era. Aun más, el autor cita ciertas especulaciones filosóficas de los antiguos griegos, tales como la teoría atómica de Demócrito, como la prueba de que el texto del siglo XX había llegado realmente a su destino... Como era obligado que ocurriese.

Todo esto estaba muy bien, pero a mí no me consolaba. Para empezar yo sí había alterado realmente el pasado, y de qué manera; además, recordé con malestar, en ese mismo relato Asimov hablaba de una cierta inercia temporal que hacía que los posibles cambios históricos no se produjeran de forma inmediata sino al cabo de cierto tiempo... Claro está que se trataba de un simple cuento de ciencia ficción, pero ¿y si era cierto? ¿Y si

estaba viviendo los últimos momentos del mundo que yo siempre había conocido? El temor a que pudiera ser así me espantó.

¿Pero qué hacer para evitarlo, cuando ni tan siquiera sabía lo que había ocurrido? Era evidente que había incurrido en una paradoja temporal, pero ignoraba en qué había consistido ésta y, lo que todavía era peor, desconocía la manera de evitarla.

¿Debería volver una vez más al Calvario buscando la manera de impedir el desajustado? Bastaría con ajustar ligeramente los controles para llegar allí tan sólo unos minutos antes de mi primera aparición, pero ¿serviría esto de algo? Probablemente tan sólo conseguiría adelantar la catástrofe, me dije con desaliento. Además, si mi otro yo del futuro relativo (es decir, mi actual presente) hubiera decidido viajar a un pasado ligeramente anterior al de mi yo del primer salto, cuando éste último llegara al siglo I debería haberse encontrado con lo que para él era su yo del futuro, y recordaba perfectamente que yo había sido, aunque por muy poco tiempo, el primero de todos ellos.

Todo este galimatías amenazaba con acabar desquiciándome. Tras darle vueltas a la cabeza durante varias horas sin obtener más resultados que una molesta jaqueca, decidí finalmente que lo mejor que podía hacer era viajar a algún momento posterior a la crucifixión de Cristo, aunque relativamente cercano a ésta, de forma que pudiera calibrar con exactitud las consecuencias de mi intervención. Si la alteración del flujo temporal se propagaba con cierta velocidad, podría estimar de forma aproximada la magnitud de ésta y a partir de allí calcular el tiempo que tardaría en llegar al presente. De poco me iba a servir si era incapaz de evitarlo, pero al menos me sentiría más tranquilo mientras estuviera haciendo algo.

Tras barajar varias opciones me decanté finalmente por la consagración de la basílica de Santa Sofía, en la Constantinopla del emperador Justiniano. Bajar hasta el siglo VI era quizá ir demasiado lejos, pero tenía la ventaja de conocer la fecha exacta (24 de diciembre de 563) mientras para otros episodios históricos anteriores tan sólo pude encontrar con la necesaria precisión batallas y eventos bélicos similares, los cuales descarté en aras de la prudencia.

Otra ventaja apreciable era que conocía la ubicación exacta de Santa Sofía, al contrario de lo que ocurría con la mayor parte de los edificios singulares del imperio romano. Tan sólo tenía que conseguir un mapa topográfico de Estambul... Lo cual me creaba un nuevo problema. Finalmente conseguí el dato que necesitaba gracias a esa bendición que es Internet, con lo cual tan sólo quedaba pendiente conseguir un ropaje que no llamara demasiado la atención en el Bizancio del siglo VI.

El empleado de la tienda de disfraces me miró con cierta sorna, pero no dijo nada cuando le devolví el traje de judío pidiéndole que me lo cambiara por una bizantino. Tras mucho rebuscar me consiguió algo que se parecía más a la indumentaria de un patricio

romano contemporáneo de Julio César que a las vestiduras de un noble bizantino de la corte de Justiniano... Pero era lo mejor que tenía, por lo que me tuve que conformar con ello. Además, mi visita sería muy breve, justo lo necesario para echar un vistazo y volverme por donde había venido.

De vuelta a casa preparé inmediatamente las coordenadas, descubriendo que tendría que esperar hasta el día siguiente para poder aparecer en el momento apropiado. Puesto que la excitación no me dejaba dormir, me pasé la mayor parte de la espera consultando frenéticamente todo cuanto pude encontrar acerca de los viajes por el tiempo, lo cual como cabe suponer era un batiburrillo de especulaciones sin el menor rigor científico mezcladas con relatos de ciencia ficción más o menos (más bien menos) afortunados.

Realmente la lectura de todo ello me sirvió de bien poco, aunque de nuevo fue Isaac Asimov el único en abordar la cuestión con un cierto rigor en su novela *El fin de la eternidad*. La posible existencia de una especie de policía temporal encargada de deshacer los entuertos me atraía y me tranquilizaba, pero no por ello dejaba de ser una mera elucubración de su autor. Además, pensándolo con lógica, si estos vigilantes del tiempo existieran realmente y se vieran obligados a solucionar mi metedura de pata, lo lógico sería que me hubieran impedido realizar el primer viaje; o todavía mejor, se las habrían apañado para evitar que construyera el cronomóvil... Y eso evidentemente no había ocurrido.

Justo antes de llegada la hora del salto me quedé profundamente dormido, lo que hizo que casi se me pasara sin darme cuenta. No hubiera sido demasiado grave ya que habría bastado con esperar veinticuatro horas, pero en el estado anímico en que me encontraba no estoy muy seguro de que hubiera podido soportarlo. Me vestí rápidamente con mi disfraz de bizantino de opereta, pulsé una vez más el botón...

Y me encontré de repente en el interior de la abarrotada basílica de Santa Sofía. Al ajustar las coordenadas espaciales no había podido, evidentemente, afinar tanto como para elegir el lugar exacto de la iglesia en el que quería aparecer, por lo cual lo dejé a expensas del azar rogando que mi materialización no fuera a tener lugar junto a Justiniano y su corte. Por fortuna no fue así, ya que me vi en mitad de la multitud que se apretaba expectante en las amplias naves de la recién terminada basílica. Allí al fondo, frente a mí, se encontraban el emperador Justiniano y su esposa Teodora, los emperifollados miembros de su corte, el patriarca de Constantinopla, una amplia representación del clero bizantino... Todo parecía, pues, estar en orden.

Pese a esta tranquilizadora impresión, miré precavidamente en torno mío; no tendría la menor gracia que uno cualquiera de mis circunstanciales vecinos fuera a crearme problemas al verme surgir de la nada. Bien, ninguno de ellos parecía haberse dado cuenta del cambio, y además no hubieran podido reaccionar de ninguna manera puesto que todos ellos estaban transformándose rápidamente en copias perfectas de mi persona.

Cuando fui capaz de reaccionar no sólo el público, sino también el propio Justiniano y toda su corte se habían metamorfoseado ya. De nuevo se repetía la historia sin que esta vez pudiera justificar mi multiplicación en base a un bucle formado por varias visitas al mismo lugar, puesto que éste era mi primer viaje a Constantinopla y no tenía la menor intención de repetirlo de nuevo tal como había hecho en Palestina. Además, aquí no había aparecido mi otro yo intentando avisarme de que no lo hiciera... Era realmente para volverse loco.

Por fortuna tuve la suficiente entereza de ánimo como para volver rápidamente a mi tiempo dejando el interior de Santa Sofía convertido en un monumental caos. Una vez refugiado en mi acogedor presente procedí a meditar sobre todo lo que había ocurrido en mis sucesivas incursiones al pasado.

Primero estaba el problema de la multiplicación, que no acertaba a comprender al menos en lo que se refería a mi viaje al imperio bizantino. Esta multiplicación había causado una grave alteración en la línea temporal no sólo porque provocaba la aparición de múltiples copias mías, sino también porque había implicado la desaparición de numerosos personajes históricos, algunos de la talla de Jesucristo o el emperador Justiniano. Por si fuera poco esta multiplicidad sólo se daba en el pasado y no en el presente, aunque bien mirado esto último no dejaba de ser una gran ventaja por mucho que me desconcertara; si malo era comenzar a desdoblarme en el siglo I, o en el VI, infinitamente peor hubiera sido hacerlo en el XX.

Por otro lado estaba la gran paradoja que suponía el hecho evidente de que las alteraciones del pasado, por muy graves que hubieran resultado ser, no parecían afectar al presente... Al menos de forma instantánea. Y no estaba hablando ya de los casi dos mil años que separaban la muerte de Cristo de la época actual, sino de los poco más de cinco siglos transcurridos entre este evento histórico y la Constantinopla de Justiniano.

Podía, evidentemente, realizar una nueva comprobación viajando de nuevo a Palestina tan sólo unas décadas después de la crucifixión, eligiendo por ejemplo la conquista de Jerusalén por Tito en el año 70, lo cual me permitiría comprobar sin ningún tipo de dudas hasta qué punto persistía mi torpe alteración de la línea temporal. Sin embargo, me detenía el temor a crear un nuevo desaguizado histórico haciendo desaparecer nada menos que a un emperador romano... Aunque ya lo había hecho con uno bizantino por lo cual, vistos los precedentes, poco podría empeorar todavía más la situación.

En cualquier caso lo más prudente, me dije, sería esperar un tiempo prudencial antes de tomar cualquier iniciativa. Si mi primera alteración, o la segunda, se propagaban por el tiempo, acabarían llegando tarde o temprano al presente, el cual se vería afectado profundamente por ellas; podría darse incluso el caso de que yo desapareciera sin dejar el menor rastro. En último extremo imaginaba un mundo poblado exclusivamente por dobles míos, lo que acarrearía necesariamente la extinción de la humanidad en un lapso de tiempo no superior al de mi propia vida.

Desconecté, pues, cuidadosamente el cronómetro procurando sin demasiado éxito hacer una vida normal. Por fortuna estaba de vacaciones (de hecho había aguardado a que llegaran para poder probar sin cortapisas mi invento), lo cual me evitó situaciones engorrosas con mis compañeros de trabajo. Apenas salía de casa salvo para comprar comida o resolver algún asunto necesario, y el resto del tiempo lo pasaba viendo la televisión (en especial los telediarios) o releendo una y otra vez los libros de historia en busca de una alteración, siquiera sutil, de los acontecimientos que yo recordaba... Aunque bien pensado, si éstos quedaban modificados de alguna manera, lo más probable sería que fueran borrados también de mi memoria, con lo cual nunca tendría constancia del cambio. Y si la modificación tuviera efectos catastróficos... Bien, entonces no merecería la pena preocuparse demasiado por ello.

Pasaron mis vacaciones y tuve que reincorporarme al trabajo, donde después de tener que dar falsas explicaciones para justificar no haber viajado a ninguna parte, fui acogido por la misma rutina de siempre. Varios meses después llegaron las vacaciones de navidad, y con ellas un nuevo período de reflexión sobre las consecuencias de mi experimento.

Aparentemente todo seguía igual, y si algún episodio histórico, importante o no, había resultado alterado, yo no tenía la menor conciencia de ello... Ni por supuesto, ninguno de los que me rodeaban. El cronómetro acumulaba polvo en un rincón del garaje, y yo no sentía el menor deseo de utilizarlo de nuevo.

Tras mucho meditar llegué a una conclusión que creí definitiva; lo mejor que podía hacer era desmontar el cronómetro, destruyendo también todos los planos y borradores que había utilizado para su construcción. Independientemente del calibre de las alteraciones que pudiera haber causado, sería preferible evitar el riesgo de volver a provocarlas o, lo que todavía sería peor, de que cayeran en malas manos. Sí, destruiría completamente el fruto de mi trabajo.

Bajé, pues, al garaje y procedí a desguazar meticulosamente el equipo, que acabó siendo de nuevo un simple ordenador. Consumada la primera parte de mi trabajo subí de nuevo a la casa y, tras encender un generoso fuego en la chimenea, reuní todos los papeles comprometedores con la intención de hacerlos desaparecer para siempre.

Iba a arrojarlos al fuego purificador cuando una voz a mis espaldas me pidió que no lo hiciera. Me volví sorprendido descubriendo la presencia de un desconocido de edad y rasgos faciales indefinidos, vestido completamente de negro. El temor a que los servicios de inteligencia españoles o extranjeros (de hecho temí que fuera un agente de la CIA) hubieran descubierto mis actividades y vinieran a apoderarme de mis planos, dio alas a mi mente haciéndome abandonar mi inicial estupor. El desconocido no parecía estar armado, y si era lo suficientemente rápido podría arrojar las carpetas al fuego antes de que él pudiera impedirlo.

-¿Quién es usted? -le pregunté al fin traicionando mis iniciales deseos- ¿Qué quiere?

-Mi nombre no tiene importancia; bástele saber que soy un miembro de la Agencia de Vigilancia Temporal. -fue la sorpresiva respuesta- En cuanto a su segunda pregunta la respuesta es sencilla; no debe destruir esos papeles.

-¿Acaso desea arrebatármelos?

-¡Oh, no! -rió el visitante- Provengo de un futuro en el cual los viajes por el tiempo están infinitamente más perfeccionados que su tosco cronómetro; arrebatárselo sería como apagar la primera fogata que encendió un hombre primitivo. Simplemente, pretendo convencerle de que no los destruya para evitar que se produzca una alteración temporal.

-¿Cómo dice?

-Su estudio teórico y sus planos serán necesarios en un futuro para que alguien desarrolle por completo la teoría cronotrópica. Hasta ese momento deberán preservarse.

-Pero he destruido el cronómetro...

-Eso era necesario, puesto que los verdaderos viajes por el tiempo no tendrán lugar hasta mucho después de su muerte. Nos interesan sus teorías, no sus artefactos.

-¿Cómo puedo estar seguro de que no miente? -insistí dubitativo, todavía con las carpetas en la mano- ¿Cómo sé que no es usted un agente del CESID, o de la CIA, o de qué se yo agencia secreta?

-Es muy sencillo demostrárselo. -respondió al tiempo que desaparecía. Un instante después volvía a aparecer, ataviado en esta ocasión con un uniforme distinto de colores azul y plateado.

-He dado un salto a mi presente, que es su futuro, y he vuelto ataviado con otro uniforme para demostrarle que puedo viajar por el tiempo a mi antojo. -aclaró- Para mí han pasado varios minutos, justo lo necesario para cambiarme de ropa, pero para usted apenas han sido unos segundos.

-¿Y si mientras tanto hubiera aprovechado para quemar los documentos? -le reté.

-No había ningún peligro, ya que sé de sobra que usted no los destruyó. La prueba de ello es que yo estoy aquí convenciéndolo para que no lo haga. ¡Ah, esté tranquilo! -añadió divertido al ver mi turbación- No van a comenzar a aparecer sosias míos en esta habitación; nuestros cronómetros están mucho más desarrollados que los suyos y carecen de esos desagradables efectos secundarios. Pero si le parece, ¿por qué no nos sentamos y charlamos tranquilamente? Supongo que le interesará que le explique todos los detalles de los viajes por el tiempo.

Así lo hice, cada vez más perplejo. Dejé las carpetas encima de la mesa sin que mi visitante les prestara la menor atención, y nos encaminamos a los cercanos sillones.

-Usted, como tantos otros precursores, ha tenido la desgracia de ir muy por delante de las posibilidades de su tiempo. -comenzó a modo de introducción- Tuvo la intuición necesaria para desarrollar las ecuaciones básicas del viaje a través del tiempo, pero al construir su cronomóvil ignoraba toda una serie de consecuencias colaterales que conducían a paradojas indeseables.

-Se refiere a las multiplicaciones.

-No sólo a eso, aunque se trata sin duda de lo más evidente. Y desde luego, con el equipo de que usted disponía siempre le hubiera ocurrido lo mismo. Por esta razón, su decisión de no seguir adelante con los experimentos fue muy juiciosa, ya que en el flujo temporal no puede darse ningún tipo de paradoja. El pasado es como fue, y no puede ser alterado bajo ningún concepto.

-Pero yo lo alteré al menos en dos ocasiones. ¿Acaso ustedes...?

-No, no intervenimos porque no resultaba necesario. La propia inercia temporal se encargó de corregir por sí sola las aberraciones que usted involuntariamente introdujo... Evidentemente no se trataba de modificaciones cronoentrópicamente viables, por lo cual el sistema retornó espontáneamente a su situación original.

-Yo volví una segunda vez al monte Calvario...

Pero lo hizo inmediatamente después de la primera visita, con lo cual lo único que consiguió fue reforzar todavía más la perturbación.

-¿Quiere usted decir que si ahora, varios meses después, volviera a viajar a los mismos lugares que visité me encontraría de nuevo con que Jesús era crucificado o con que Justiniano consagraba Santa Sofía?

-No. Su línea temporal quedó alterada de forma definitiva, por lo que volvería a verse inmerso en la misma paradoja; pero si cualquier otra persona utilizara su cronomóvil volvería a empezar de nuevo creando su propia paradoja.

-No me parece lógico.

-Nada de la teoría cronoentrópica lo es... Al igual que ocurre con la mecánica cuántica, le pongo por ejemplo. Y sin embargo, funciona.

-¿Puede explicarme entonces en qué consistió mi error?

-Lo intentaré, aunque no resultará sencillo. Su cronómetro creaba ciertas resonancias en el haz de desplazamiento temporal que provocaron la aparición de armónicos, sus sosias. Estos armónicos se acoplaban y amplificaban, con las consecuencias que usted ya conoce. Pero una vez extinguido el haz la resonancia desaparecía y las aguas, por decirlo de alguna manera, volvían rápidamente a su cauce.

-Pero yo...

-Usted se veía afectado porque formaba parte del haz de desplazamiento temporal. Esto creó la singularidad que ya le comenté; si usted volviera ahora al mismo lugar del pasado se encontraría de nuevo con un mundo plagado de copias suyas, pero se trataría de una realidad subjetiva válida tan sólo para su persona... Es una de las consecuencias del Principio de Incertidumbre, aunque le ruego que no me pida que se lo explique; no soy un científico sino un simple patrullero temporal, por lo cual sería completamente incapaz de hacerlo.

-Está bien. -me resigné- Le creo. Pero dígame; si mis apariciones en los siglos I y VI no merecieron mayor interés por su parte ya que según usted ha dicho las alteraciones se corrigieron por sí mismas, ¿por qué no ocurre ahora algo similar? ¿En qué afectaría al futuro que yo destruyera o no mis manuscritos?

-Amigo mío; -sonrió el visitante- vuelvo a repetirle que no me es posible explicarle en profundidad las teorías que rigen los viajes temporales, ya que yo mismo las desconozco en gran medida. Intentaré, no obstante, aclarárselo lo más posible. El flujo temporal es algo similar, desde un punto de vista físico, al régimen caótico de los fluidos. En ocasiones una alteración grave como las que usted provocó no causa más efectos que un remolino momentáneo que rápidamente desaparece, pero puede ocurrir que una ligera, mínima modificación vaya amplificándose hasta acabar en una perturbación cada vez mayor... Todo depende, a *grosso modo*, de que las consecuencias de la modificación deriven hacia un futuro alternativo que pueda resultar viable o no. La destrucción de sus documentos hubiera conducido a una situación estable que se habría consolidado reemplazando a la línea temporal original, razón por la que intervenimos nosotros.

-¿Quiere decir que yo...?

-En efecto. La preservación de la línea temporal exige que no destruya los manuscritos, aunque jamás en toda su vida volverá a interesarse por ellos. Cuando usted muera... ¡Oh, no se preocupe! No voy a proporcionarle la menor información acerca de su futuro. -se interrumpió para tranquilizarme- Sus herederos se harán cargo de todos sus libros y papeles que finalmente, tras sufrir diversos avatares, acabarán arrumbados en el polvoriento anaquel de una biblioteca.

-Que es el mejor lugar para hacer desaparecer un libro. -le interrumpí acordándome de *El libro de arena*, de Borges.

-Así será por mucho tiempo hasta que finalmente, casi cien años después de su muerte... No, no le voy a decir cuando. Casi un siglo después, insisto, un investigador descubrirá por casualidad sus manuscritos, que no estaban inventariados; tras mucho tiempo tratando de desentrañar infructuosamente la teoría cronotrópica, gracias a su trabajo conseguirá salir del atolladero. Como puede comprobar resulta imprescindible que usted conserve esos documentos, ya que de no ser así la historia quedaría gravemente alterada. Este investigador no podría desarrollar su teoría, nosotros no existiríamos y...

-¿Qué ocurriría entonces?

-Lo ignoramos con exactitud, pero tenemos buenas razones para creer que nada bueno. Por esta razón es por la que estoy yo aquí.

-Está bien. -accedí- Suponga que finjo aceptar pero después que usted se haya ido, o bien dentro de un año, decido destruir los manuscritos... O que éstos se pierden accidentalmente... ¿No cambiaría entonces el futuro?

-No, es completamente imposible; ya le he dicho que las paradojas temporales no pueden existir. Lo que tenía que ocurrir ya ha ocurrido, y además es inmutable.

-Le confieso que no consigo entenderle. Según usted el pasado no puede ser alterado, pero al mismo tiempo afirma que está aquí para evitar que yo lo altere...

-No hay ninguna contradicción, ya que todo forma parte de un mismo decorado. Sí, ya sé que resulta difícil de entender, pero no puede ser de otra manera.

-Bien. -me resigné- Acepto sus razonamientos y supongo que no destruiré los documentos. Pero entonces, ¿qué debo hacer con ellos?

-Ahí no puedo decirle nada, ya que entonces forzaría su decisión. Una vez convencido de que no destruya los documentos mi labor ha acabado, por lo que ya no resulto necesario. Así pues, me despido de usted asegurándole que me ha resultado sumamente grato conocerle.

Y desapareció, dejándome con un irónico *hasta siempre* en los labios. Desde entonces han pasado bastantes años y tal como prometí -¿tenía acaso alguna otra opción?- no he destruido los documentos, que andan rodando por algún rincón de mi casa. Según afirmó mi visitante no tengo que preocuparme más por ellos, ya que el destino de los mismos está indeleblemente marcado.

Eso sí, nada dije acerca de escribir el relato de los hechos, entre otras razones porque entonces ni me lo había planteado siquiera; aunque supongo que esto también figurará en ese guión escrito del que todos nosotros no somos sino simples figurantes. Puede, incluso, que este relato sea necesario para que el afortunado investigador que heredará mis papeles pueda encontrarlos.

Además, ¿quién salvo él se lo puede tomar en serio? Todos creerán que se trata de un simple relato fantástico producto exclusivo de mi imaginación, e incluso yo mismo comienzo a dudar de la veracidad de los hechos aquí narrados.

¿O no?

LA FUERZA DEL DESTINO

Hemos amado demasiado a las estrellas para temer a la noche.

Leonardo da Vinci

Algo que siempre me ha llamado poderosamente la atención, es la sorprendente capacidad de la especie humana para asimilar con total naturalidad las novedades más extraordinarias, que siempre se las ha apañado para convertir en habitual, casi sin solución de continuidad, aquello que hasta poco antes le resultara excepcional. Ejemplos de ello los hay en abundancia, y bastaría con fijar nuestra atención en cualquier objeto cotidiano de nuestro entorno, y remontarnos hacia atrás en nuestra memoria, para comprobar lo acertado de la afirmación anterior.

Esto es precisamente lo que ocurrió con el que quizá pueda ser considerado como el descubrimiento más trascendental de los últimos siglos, la célebre -al menos dentro del imaginario fantástico- Máquina del Tiempo; algo que, pese a haber sido negado de forma categórica por la ciencia oficial hasta la víspera misma de la construcción del primer prototipo, se reveló como una espléndida realidad... lo cual no es de extrañar, teniendo en cuenta precedentes tales como el de los sesudos matemáticos que, a finales del siglo XIX, demostraron *científicamente* la imposibilidad de que un objeto más pesado que el aire pudiera llegar a volar jamás.

Claro está que el nuevo invento originó en un principio un auténtico terremoto científico e incluso social, pero éste no tardó en ser aceptado tal como lo fueran anteriormente revoluciones técnicas del calibre de los aviones, la televisión, la informática o internet, llegando a ser los viajes por el tiempo algo tan habitual -o casi- como las excursiones a los cada vez menos remotos confines del planeta.

Huelga decir que en un primer momento los diferentes gobiernos mundiales -bueno, en realidad tan sólo aquéllos que poseían la suficiente capacidad para hacerlo- intentaron monopolizar el descubrimiento en beneficio propio, pero por suerte para la humanidad se les escapó de las manos gracias a la altruista publicación en internet, por parte de sus descubridores, de los principios físicos e incluso de los propios planos que permitían la construcción, relativamente fácil por cierto, de una Máquina del Tiempo.

No faltaron entonces quienes se llevaron horrorizados las manos a la cabeza ya que, influidos sin duda por sus lecturas de ciencia ficción, predijeron que los viajes incontrolados al pasado -al futuro, nadie sabía exactamente por qué, resultaron ser de todo

punto imposible- provocarían quiebras y alteraciones de todo tipo en la delicada trama espacio-temporal, acarreado trastornos y paradojas de impredecibles consecuencias.

Tan alarmistas hipótesis, aunque sinceras y bien argumentadas, en la práctica se revelaron infundadas, para alivio de quienes temían que algún imprudente viajero del tiempo pudiera *cargarse* a su abuelo o impidiera la carambola casual -como suelen ser casi todas- que permitió que sus progenitores llegaran a conocerse, lo que habría acarreado la poco agradable consecuencia de su evaporación del mundo de los vivos como si nunca hubiera existido... lo cual sería cierto en la nueva línea temporal, aunque esto no le sirviera de consuelo en absoluto.

Por fortuna no ocurrió nada de eso ya que, como explicaron a posteriori los físicos especializados en la nueva rama de la cronología, el tiempo parecía estar protegido por una férrea inercia cronal -neologismo horrible, por cierto- que neutralizaba por completo a toda posible paradoja. Dicho con otras palabras, lo que tenía que ser ya había sido, y no podía ser alterado por mucho que se intentara hacerlo. Así pues, todos aquellos que acariciaron la idea de asesinar a Hitler cuando aún era un indefenso niño de pecho o, ya en plan más prosaico pero sin duda alguna más provechoso, pensaron en viajar al pasado para *soplarse* a sí mismos el gordo de la lotería del próximo sorteo, se quedaron literalmente con dos palmos de narices, algo que no les habría ocurrido de conocer el interesante relato de Isaac Asimov titulado *La carrera de la reina encarnada*, donde se profetizaba precisamente esta cuestión.

Privados de la posibilidad de modificar el pasado o, cuanto menos, de aprovecharse de él en beneficio propio, los gobiernos se desentendieron del asunto, y lo mismo ocurrió con los grandes grupos de poder -multinacionales y asimilados- tras comprobar que tampoco le podían sacar rendimiento económico. Así pues, el uso de los *cronomóviles* quedó reservado en la práctica a los investigadores históricos interesados en conocer cuántas puñaladas le asestaron a Julio César en los idus de marzo, a los militares empeñados en desentrañar los entresijos tácticos de la batalla de Gaugamela y, en general, a todos aquellos encaprichados en conocer personalmente algún episodio histórico determinado y dispusieran del dinero suficiente para pagar tan caro viaje turístico, mientras los menos pudientes se veían obligados a conformarse con los documentales y libros que comenzaron a inundar el mercado.

Aunque la consecuencia más llamativa de cara al gran público fue sin duda el auge del cronoturismo en sus diferentes variantes, otra utilidad interesante de la Máquina del Tiempo fue la del comercio de obras de arte que, pese a estar al alcance tan sólo de clientes con muy alto nivel adquisitivo y lo suficientemente caprichosos además como para comprar un ánfora romana o una escultura griega -originales en el más amplio sentido de la palabra, por supuesto-, pronto se reveló como un próspero y saneado negocio.

Claro está que ello era posible gracias a otra de las consecuencias de la ya citada inercia cronal, que también desmintió a quienes auguraron terribles consecuencias a causa del intercambio de objetos de cualquier tipo entre el presente y el pasado; si alguien traía al presente, pongamos por caso, una estatuilla egipcia de la cuarta dinastía, no existiría ningún tipo de perturbación temporal por ello, puesto que tal intervención no sólo estaría prevista en la trama espacio-temporal sino que, además, era inevitable que ésta tuviera lugar para evitar cualquier tipo de posible paradoja.

Evidentemente las cosas cambiaban con los objetos singulares que, tras sobrevivir los embates de la historia, habían acabado en algún museo y eran conocidos en nuestro presente; la pura lógica indicaba que nadie podría viajar a la Grecia clásica y traerse de allí la Venus de Milo, con brazos o sin ellos, puesto que eso sí habría acarreado una paradoja temporal, algo que las leyes físicas prohibían de forma taxativa. Ciertamente hubo algunos desaprensivos que pensaron que ésta podría ser una buena manera de extorsionar a los grandes museos *secuestrándoles* sus más preciados tesoros, pero en la práctica lo único que consiguieron fue tropezar con toda una serie de imponderables que obstaculizaron sus manejos hasta hacerlos inviables. Simplemente, era imposible luchar contra la corriente del tiempo.

Huelga decir que estas incursiones temporales siempre eran complicadas, cuando no decididamente peligrosas; la presencia de los viajeros en el pasado era real, y como tal estaba sujeta a cualquier tipo de avatar que les pudiera suceder, desde posibles -y frecuentes- infecciones por enfermedades ya erradicadas para las cuales nuestros sistemas inmunológicos carecían de defensas, hasta el simple riesgo de verse ensartado por un guardia pretoriano que sospechara de su poco convencional aspecto.

En el caso de los simples turistas temporales la solución era relativamente sencilla; a una buena batería de vacunas se sumaba la confección de rutas consideradas aceptablemente seguras -nada de visitas guiadas a la batalla de Waterloo, por ejemplo- junto con la firma de un documento exonerando a la empresa de cualquier tipo de responsabilidad en los percances que pudieran acontecer a los clientes. No solía ser frecuente, pero en ocasiones ocurrían incidentes no muy distintos, eso sí, de los que pudieran padecer los aficionados a *deportes* de riesgo tales como tirarse por los barrancos, volar en ala delta o correr delante de un toro, entre otras muchas cosas. Pese a que había gente para todo, no estaba de más adoptar determinadas precauciones.

Bastante más difícil era el tema de los cazadores de recuerdos históricos. Aunque este trabajo estaba reservado a profesionales que sabían cómo mimetizarse con los naturales de la época y el lugar visitados, no siempre les resultaba fácil pasar desapercibidos y, todavía más, realizar las gestiones necesarias para traerse con ellos los objetos buscados. Saber latín clásico y disponer del respaldo de un equipo de *atrezzo* adecuado no garantizaba por sí solo que éstos pudieran moverse sin dificultades y sin ser descubiertos por un mercado del

imperio romano, y las cosas se complicaban todavía más en el caso de culturas exóticas o de épocas históricas especialmente turbulentas, precisamente aquéllas cuyos objetos eran los más cotizados. Encontrar a alguien capaz de dominar el idioma asirio, y con el suficiente valor además para codearse con quienes tenían aterrorizados -y con razón- a todos sus vecinos, no era algo precisamente sencillo, por mucho que se valoraran las estelas procedentes de esta sanguinaria cultura.

Por esta razón, tras la euforia inicial este mercado se redujo en la práctica a los períodos históricos concretos que pudieran ser considerados razonablemente seguros, y aun entonces se tropezaba con dificultades logísticas nada triviales tales como, por ejemplo, acarrear un pesado mosaico romano en un *cronomóvil* de reducido tamaño.

Fue entonces cuando a alguien se le ocurrió una idea que, como suele ocurrir casi siempre, encerraba en su sencillez un enorme potencial. En lugar de sufrir todas las complicaciones que acarreaban los viajes a épocas históricas remotas, ¿por qué no limitarse a visitar el pasado reciente, mucho más fructífero a la par que familiar? Era evidente que resultaría mucho más fácil moverse por la España del Siglo de Oro, pongo por caso, que hacerlo por las provincias de la Hispania romana, para empezar porque no existía la barrera del idioma -o al menos no resultaba ser un obstáculo difícilmente franqueable- y segundo, porque las probabilidades de cometer un error eran significativamente menores.

Además, se sabía a donde ir. Imagínense, por ejemplo, que un cliente se encaprichaba con un cuadro de Velázquez; no con las *Meninas*, por supuesto, no sólo porque ese cuadro ya estaba en el museo del Prado, sino además porque siempre había sido de propiedad real y, por lo tanto, hubiera resultado imposible de adquirir salvo robándolo, algo que quedaba descartado por completo. Pero Velázquez pintó a lo largo de su vida muchos cuadros, bastantes de los cuales no habían llegado hasta nuestros días por diferentes circunstancias, e incluso varios de ellos eran completamente desconocidos para los historiadores del arte; y nada impedía que un viajero temporal comprara uno de ellos -incluso al propio artista- y volviera a nuestro presente con él bajo el brazo.

Y quien dice Velázquez, dice cualquier otro gran artista desde el Renacimiento para acá, a excepción de los muy recientes ya que, por cuestiones relacionadas con determinados principios físicos tales como el de Incertidumbre, no resultaba posible enfocar los *cronomóviles* para períodos de tiempo inferiores a aproximadamente a un siglo, lo que dicho sea de paso resultaba bastante conveniente de cara a evitar posibles paradojas -que de todos modos tampoco hubieran podido tener lugar- del tipo de encontrarse uno consigo mismo.

El mercado potencial era grande, y los previsibles beneficios compensaban con creces los riesgos, incluyendo posibles tropiezos con la celosa Inquisición. Pero resultaba una manera limpia de adquirir obras de arte de excelente calidad que les quitaban literalmente de las manos... a pesar de que todos los grandes museos mundiales se negaron en redondo

tomar parte en lo que ellos calificaban una *mascarada*, una actitud conservadora y consecuente con sus principios pero sin duda bastante poco pragmática. Otras fundaciones culturales con menores escrúpulos, algunas ya existentes y otras, por el contrario, de reciente creación, se aprovecharon de esta inhibición voluntaria de los que potencialmente eran sus grandes competidores para crear, casi de la noche a la mañana, museos alternativos con obras tan originales como las que se exhibían en el Prado, el Louvre, el Museo Británico o el Ermitage, pero además nuevas...

Todavía hubo quien dio un nuevo giro de tuerca yendo a buscar no ya cuadros y objetos de arte desconocidos, sino aquéllos perfectamente catalogados que habían sido víctimas de algún tipo de catástrofe tales como guerras, revoluciones o incendios. Lamentablemente todo el arte desaparecido en conflictos tales como la Guerra Civil española o la II Guerra Mundial todavía no estaban al alcance de los cronoviajeros -aunque lo estarían en un futuro- debido a la falta de suficiente distancia temporal, pero por desgracia, o por suerte, ocasiones lo suficientemente antiguas no faltaban. Eso sí, debido a las circunstancias especiales que los envolvían, resultaba mucho más complicado rescatar este tipo de objetos que comprar directamente un cuadro de Goya en el mismo taller del pintor, pero el carácter emblemático de muchas de estas obras justificaba y compensaba los esfuerzos necesarios para traérselas a casa.

Así, cuando unos ufanos viajeros retornaron con un Velázquez salvado de las llamas del voraz incendio que consumiera el Alcázar de Madrid en 1734, fueron recibidos con honores de héroes, lo que incentivó la repetición de iniciativas similares. Eso sí, no podían permitirse el lujo de fracasar en su primer intento dado que, a diferencia de lo argumentado en algún que otro relato de ciencia ficción, no era posible volverlo a intentar de nuevo retrocediendo lo suficiente en el tiempo como para volverse a encontrar con el cuadro -o lo que fuera- intacto antes de su destrucción; esto habría originado una paradoja temporal que, como ha sido explicado, resultaba físicamente imposible. Si un cuadro se quemaba, quemado se quedaba para siempre sin que se pudiera hacer nada por evitarlo, y sólo si su rescate estaba previsto en la trama del tiempo, éste podría ser llevado a cabo de forma exitosa.

Y ahora es cuando entro en escena yo. Si les he de ser sincero, jamás me había planteado la posibilidad de acabar haciendo viajes por el tiempo; les puedo asegurar que lo mío no tenía nada de vocacional. Pero la vida tiene la desagradable costumbre de empeñarse en decidir por uno mismo, y tal como afirma la conocida frase atribuida a Felipe II, no se puede luchar contra los elementos... ni normalmente suele ser demasiado conveniente intentar hacerlo.

Resultaría demasiado prolijo describir los avatares que me acabaron empujando a trabajar como *cronomarchante* -aunque algunos maledicentes acostumbraban a tildarnos de *cronoladrones*-, y además estoy convencido de que esto es algo que a buen seguro no les

interesará demasiado. Así pues, dejémoslo estar bastando con decir que yo era uno de esos chiflados que se jugaban el pellejo trasladándose al pasado en busca de objetos artísticos con los que poder arramblar.

Dentro de nuestro gremio, por lógicas razones de efectividad, solíamos estar especializados en una época y lugar concretos; no podía ser de otra manera si queríamos que nuestro trabajo resultara fructífero, ya que la inmersión total en la sociedad de destino era condición imprescindible, aunque no necesariamente suficiente, para realizar las misiones con éxito. Teníamos que ser, pues, auténticos especialistas en nuestros respectivos ámbitos históricos y artísticos, amén de dominar el idioma local con la soltura necesaria para pasar desapercibidos entre los naturales del lugar... y eso no era fácil, necesitándose años de duro entrenamiento.

En mi caso concreto mi especialidad era la Italia renacentista, una de las épocas más frecuentadas por motivos obvios; de hecho era una auténtica mina, ya que el arte renacentista se había convertido en uno de los bienes más demandados por nuestros clientes. Además se trataba de una época fácil de manejar en relación con otras y, dentro de lo que cabía, resultaba ser relativamente segura.

Aunque éramos bastantes los *cronomarchantes* dedicados al Renacimiento, cada uno tenía su campo de actuación preferente, como forma de evitar posibles interferencias entre nosotros. Así, yo viajaba fundamentalmente a la Toscana de mediados y finales del siglo XV o, si se prefiere, a la Florencia de los Medici... y de Leonardo da Vinci.

Bueno, no sólo Leonardo, puesto que la época y el lugar eran pródigos en artistas importantes: Fra Angelico, Verrocchio, Botticelli, Perugino, Donatello, Piero di Cosimo, Ghiberti, Luca della Robbia, Lorenzo di Credi, Filippo Lippi, Piero della Francesca, Giovanni Bellini, Andrea del Castagno o Lorenzo di Pietro, entre muchos otros, entraban dentro de mi esfera de interés, y eso que no me dedicaba a personajes del calibre de Miguel Ángel o Rafael, reservados a otros colegas... pero mi favorito era sin discusión Leonardo, no sólo por mis propias simpatías personales, sino también porque su obra, en especial la pictórica, era con diferencia la más demandada entre la de todos sus ilustres contemporáneos.

Esta preferencia del mercado por el genial humanista no se debía sólo a su indiscutible valía como artista, sino también a leyes tan prosaicas como la de la oferta y la demanda. Sabido es que Leonardo distó mucho de ser un pintor prolífico, disperso como estaba entre sus múltiples y, en ocasiones, antagónicas actividades, y por si fuera poco muchas de sus obras se perdieron, tanto por avatares históricos diversos, como a consecuencia del desafortunado empeño de nuestro personaje en ensayar nuevas técnicas y materiales, en ocasiones con resultados tan nefastos como los de los frescos de la *Última Cena*, en Milán, o de la *Batalla de Anghiari*, en Florencia. Conseguir traer un cuadro perdido de Leonardo,

amén de ser una proeza, no sólo proporcionaría un gran prestigio, sino también unos pingües beneficios.

Claro está que el reto era tan considerable, que tan sólo me sentía capaz de afrontarlo en contadas ocasiones... o cuando un ricacho me tentaba con la golosina de una recompensa lo suficientemente mareante como para hacerme olvidar mis prudentes reticencias. Al fin y al cabo, me conocía el entorno de Leonardo casi tan bien como mi propia mano.

Y esa ocasión llegó, cuando ya era un afamado cronoviajero, de manos de un magnate con ínfulas de coleccionista y modales de nuevo rico -lo que en realidad era-, empeñado en poseer una obra única para mayor gloria de su estratosférico ego... y estaba dispuesto a conseguirlo a cualquier -literalmente- precio.

El detonante de todo fue el descubrimiento casual de un documento de la época en el que se reflejaba la existencia de un cuadro de Leonardo completamente desconocido hasta entonces. Se trataba de un retrato de Ludovico Sforza, también llamado el Moro, amo y señor de Milán durante el último cuarto de siglo, amén de mecenas y protector del humanista florentino. Como es sabido, llamado por Ludovico Leonardo abandonó la ciudad del Arno en 1483, residiendo en la capital lombarda hasta que la invasión francesa de 1499 que derrocó al regente le obligara a huir a la cercana ciudad de Mantua.

El documento en cuestión era un inventario de las obras de arte existentes en el palacio ducal milanés fechado en 1495, lo que inducía a pensar que éste hubiera sido pintado en los primeros años de esa misma década. A partir de entonces se perdía su rastro; los inventarios similares de principios del siglo XVI ya no lo mencionaban, razón por la que cabía suponer que desapareciera durante el saqueo al que fue sometida Milán por las tropas de Luis XII.

La tentación era muy fuerte ya que el cuadro reunía todas las condiciones necesarias para ir a buscarlo, principalmente la de haber desaparecido durante un conflicto bélico perfectamente conocido y localizado. Como cabe suponer los episodios históricos turbulentos solían ser los más fructíferos debido a la confusión que provocaban, aunque no era posible predecir a priori cual podía haber sido el destino del retrato; quizá éste ardiera, quizá fuera arrojado al río más cercano, quizá algún soldado francés se lo llevara consigo y lo malvendiera para emborracharse en una posada del camino... pero también podía darse la circunstancia de que un *cronomarchante* -es decir, yo- le echara el guante, aprovechándose del río revuelto para traérselo a casa. Había, no obstante, que andar con cuidado; pese a contar con sobrada experiencia en lo tocante a desenvolverme en estos conflictos, el riesgo siempre existía, y no me apetecía lo más mínimo que un lansquenete me ensartara confundiéndome con un enemigo.

Preparé, pues, con toda meticulosidad el viaje. Mi experiencia me permitía pasar desapercibido entre los italianos del siglo XV -mal lo hubiera pasado de no ser así-, pero en

esta ocasión el reto era mayor que en viajes anteriores dado que me vería obligado a desenvolverme en mitad de una sangrienta invasión. Pero yo era un profesional, y como tal asumí los riesgos que acarreaba la aventura.

No voy a extenderme detallando innecesariamente los prolijos preparativos a los que tuve que someterme; baste con decir que me llevaron varios meses de esfuerzos ininterrumpidos que abarcaron desde estudios minuciosos de la campaña militar por la que Luis XII conquistó Milán, hasta los detalles más nimios que se conocían de la vida de Leonardo durante esos agitados años, sin olvidar tampoco el inevitable refresco de mis conocimientos del idioma de la época. Cuando al fin consideré que estaba listo, me dirigí al centro de control cronoespacial -los *cronomarchantes* estábamos sindicados aunque actuáramos en solitario- y, tras solicitar que se me preparara un *cronomóvil*, emprendí el viaje con esa indiferencia que sólo es posible en aquellos que están habituados a su trabajo.

Dado el tamaño relativamente reducido del cuadro, un metro escaso de largo y apenas unos setenta centímetros de ancho, había optado por un vehículo del modelo más pequeño, por ser más fácil de camuflar una vez llegado a mi destino. En contrapartida la cabina, en la que se había prescindido de cualquier espacio superfluo, no podía ser más angosta y, deducido el volumen reservado al cuadro, a duras penas cabía en ella, lo cual no dejaba de ser una incomodidad vestido como estaba con los molestos ropajes de la época; por fortuna la duración del viaje era mínima -los técnicos hablaban de décimas de segundo en tiempo subjetivo-, lo cual hacía llevadero el problema.

Por lo demás, tan sólo llevaba encima, además de mi aparatoso traje, una faltriquera con un puñado de monedas de oro genuinamente falsas, pero de tan buena o mejor ley que las acuñadas en la ceca ducal, y una daga como única arma defensiva, aunque también habría que considerar mis conocimientos de artes marciales, capaces de sacarme de más de un apuro sin necesidad de tener que derramar sangre ajena.

Aunque era posible fijar el lugar de *aterrizaje* del *cronomóvil* con una gran precisión, tanto espacial como temporalmente, una vez llegado a su destino éste era incapaz de desplazarse por sus propios medios. Por esta razón era muy importante fijar con antelación las coordenadas del viaje con la mayor exactitud posible, ya que un error, por pequeño que éste fuese, podía ser suficiente para dar al traste con una misión, llegándose a poner en peligro, incluso, la propia integridad física de los tripulantes. Especialmente delicada era la elección del punto de aparición del aparato al llegar a su destino; aunque unos sistemas automáticos impedían que éste se materializara en mitad de un cuerpo sólido, una vez iniciado el viaje nadie podría evitar que se estrellara contra el suelo al aparecer a una altura demasiado elevada, o que se hundiera en mitad de una masa de agua... sin que a su piloto le diera tiempo siquiera a activar el regreso de emergencia.

Otra cuestión a tener también muy en cuenta, era la conveniencia de que el aparato quedara camuflado en su emplazamiento mientras duraba la misión, ya que, por cuestiones

obvias, resultaría arriesgado que éste fuera descubierto por los habitantes del pasado. Para evitar todos estos inconvenientes, y siempre que la topografía del lugar no se conociera con la suficiente exactitud, con anterioridad al viaje se procedía a realizar unas exploraciones previas con unos pequeños vehículos automáticos que, a buen seguro, eran los responsables de más de una leyenda secular sobre demonios voladores -o ángeles, según las creencias particulares de cada uno- y, en fechas más recientes, de presuntos avistamientos de ovnis, aunque lógicamente de estos últimos no podíamos ser responsables nosotros sino, suponíamos, nuestros colegas de un futuro más o menos lejano.

En mi caso, a priori, esto parecía estar resuelto, ya que los exploradores habían encontrado un viejo molino abandonado, a pocos kilómetros de Milán, que se mantenía sin cambios tanto en los años previos a mi visita como en los inmediatamente posteriores; aunque carecíamos de información correspondiente a la fecha exacta a la que yo iba a viajar -salvo que fuera necesario solíamos evitar los períodos conflictivos-, todo parecía indicar que éste podría ser un escondite perfecto, a no ser que tuviera la mala suerte de encontrarme con algún ocupante ocasional.

Por fortuna, esto último no ocurrió. El *cronomóvil* se materializó sin ningún percance en el interior del edificio que, para mi alivio, se encontraba completamente vacío. Así pues, tras ocultarlo lo mejor que pude con los despojos que recogí de las ruinas, me apresté a afrontar la parte más delicada de mi misión. Ésta sería breve, pero no me quedaba otra opción que meterme en la misma boca del lobo, en pleno saqueo de la ciudad por la soldadesca francesa. En fin, de peores berenjenales había logrado salir...

Aunque el camino a Milán era corto, las circunstancias distaban de ser las ideales. Debía evitar, por precaución, las patrullas francesas que pululaban por doquier, aunque éstas, ocupadas en el saqueo, no prestaron demasiada atención al viajero solitario y de aspecto inofensivo en el que me había camuflado. Los más peligrosos, claro está, eran los borrachos, pero éstos resultaron relativamente fáciles de esquivar.

Tras llegar sin demasiados problemas al corazón mismo de la ciudad, lo peor fue internarme en el palacio ducal. A esta dificultad, ya de por sí considerable, había que sumar el inconveniente de que desconocía el lugar exacto en el que se hallaba colgado el cuadro, aunque supuse que lo más probable sería que éste se encontrara en el mismo salón de audiencias. De no encontrarlo allí me vería obligado a buscarlo por todo el vasto edificio, y todo ello sin tener siquiera la certeza de poder llevármelo conmigo. Vamos, una verdadera bicoca...

En el palacio, como cabía suponer, reinaba el caos más absoluto, algo que paradójicamente me facilitó el camino. En realidad nadie, ni invasores ni milaneses, reparó apenas en mí, ocupados como estaban en sus propios asuntos. Llegué hasta la sala de audiencias y allí ¡oh, maravilla! Descubrí el cuadro, milagrosamente intacto en mitad del caos y la destrucción que lo rodeaban... al parecer, los embrutecidos soldados franceses

habían preferido buscar joyas y objetos labrados con metales preciosos, dejando de lado, al menos por el momento, cualquier otro tipo de posible botín.

Pero convenía no tentar demasiado a la suerte. Así pues, sobreponiéndome al arrebato que me había provocado la contemplación del cuadro -mis ojos eran, sin duda, los primeros en observarlos en muchos siglos-, lo descolgué con un rápido movimiento, introduciéndolo en el saco que había preparado para acarrearlo. Estaba asegurando el cordón que cerraba la boca del mismo, cuando unos gritos en francés me hicieron volver la cabeza.

Se trataba de un soldado de Luis XII que, borracho como una cuba, me increpaba a grandes voces algo que a duras penas conseguía entender, pero que identifiqué con algún tipo de interrogatorio acerca de qué hacía yo allí y qué era lo que guardaba en el saco. Su espada desenvainada, cuya punta señalaba ominosamente a mi estómago, indicaba bien a las claras sus intenciones en el caso de que mi respuesta no le satisficiera lo suficiente.

En mi profesión es vital tener buenos reflejos, tanto físicos como mentales, y yo nunca había descuidado mi entrenamiento. Sin soltar el cuadro con la mano izquierda, con la derecha busqué con toda celeridad la daga que mantenía oculta bajo la ropa. Instantes después, el sayón yacía en el suelo con la garganta atravesada por mi arma. Aunque me disgustaba matar y siempre que podía evitaba hacerlo, se trataba de elegir entre su vida y la mía, sin que hubiera lugar para los escrúpulos.

Recogí mi valiosa hoja, enjugando la sangre en la ropa del muerto y, tras asegurarme de la ausencia de testigos molestos, me escabullí con toda rapidez antes de que pudiera encontrarme allí algún compañero de mi víctima. La mitad del trabajo estaba ya hecha.

Pero la otra mitad restante se mostró más complicada de lo que yo hubiera deseado. Las turbas de saqueadores pululaban por todos lados y muchos de sus integrantes, frustrados en sus expectativas de conseguir un buen botín al haberseles adelantado sus compañeros más avisados, vagaban en busca de algo con lo que poder satisfacer su codicia... y yo, con mi preciado saco a cuestas, podría convertirme en fácil presa suya.

Esto me impidió volver sobre mis pasos, obligándome a dar continuos rodeos por el interior de un edificio en el que la muerte comenzaba a olerse por todos sus rincones. Por fortuna había memorizado el plano del mismo, con lo cual sabía donde me encontraba en cada momento y conocía la ruta a seguir para salir de allí... si me dejaban hacerlo, claro.

De repente, me di de boca con el gran patio donde, según los historiadores, se había alzado el boceto a tamaño real de la colosal estatua ecuestre que Ludovico el Moro le había encargado a Leonardo para honrar la memoria de su padre Francesco Sforza, el condotiero que tras un audaz golpe de mano se había hecho el amo del ducado de Milán implantando en la capital lombarda su propia dinastía. Pese a haber trabajado en ella durante nueve años, las múltiples actividades de Leonardo en la corte de los Sforza primero, y la utilización del

bronce reservado para su fundido en la construcción de cañones después, motivaron que este coloso de ocho metros de envergadura nunca llegara a ser realizado, mientras el propio boceto, ya de por sí impresionante, acabaría siendo estúpidamente destrozado por los arqueros franceses, que lo tomaron por una improvisada diana.

La maqueta del monumento todavía estaba intacta, o casi; pero tenía las horas contadas. El patio no tardaría en convertirse en un hervidero de hombres armados, con lo cual la prudencia recomendaba poner tierra por medio antes de verme encerrado en una peligrosa ratonera. Era una lástima no poder detenerme a admirar tan magnífica obra de arte, pero mi seguridad, y la del cuadro que llevaba conmigo, eran prioritarias. No podía perder un solo instante en huir de allí.

Me disponía a marcharme por un corredor lateral cuando descubrí, al otro lado del patio y semiocultas por la escultura, a dos figuras humanas que parecían discutir vivamente. En medio de la algarabía reinante me resultaba difícil entender sus voces, pero era evidente que la disputa era grave. Uno de ellos era un tosco infante francés, pero el otro... sentí cómo un escalofrío me recorría la espina dorsal al identificarlo como el mismísimo Leonardo.

Al parecer el soldado, borracho como una cuba, pretendía divertirse a costa de la obra de Leonardo mientras éste, indignado, forcejeaba con su rival en una desigual pugna intentando impedirlo, sin ser consciente de que con ello ponía en peligro su integridad física. ¡Pobre Leonardo! No tenía forma de saber que ese gañán era tan sólo la avanzadilla de la horda que sólo unos minutos más tarde acabaría arrasando el fruto de tantos años de trabajo.

Por un instante pasó por mi mente el recuerdo del triste final de Arquímedes y, obrando de forma instintiva, olvidé todas mis precauciones desviándome de mi camino para dirigirme hacia los contendientes. Mi intención no era otra que la de alejar al maestro del peligro llevándomelo a un lugar seguro, sin reparar en que, según dictaminaba la siempre inmutable historia, Leonardo había logrado huir sano y salvo de Milán, razón por la cual no precisaba de ayuda alguna. Sin embargo no se podía decir lo mismo de mi persona; de hecho, mi impulsiva reacción ponía en peligro el éxito de la misión e, incluso, mi propia vida, puesto que no había manera de garantizarme -no al menos en mi presente- un retorno sin incidentes a mi época. Lo que ignoraba en ese momento, era que el destino había movido ya sus piezas en una jugada que nadie hubiera sido capaz de sospechar siquiera.

El desenlace tuvo lugar ante mis propios ojos sin que pudiera llegar a hacer nada por impedirlo. Me encontraba todavía a varios metros de distancia, cuando fui testigo horrorizado de cómo el francés hundía su espada en el pecho de su indefensa víctima. Leonardo se desplomó sin exhalar un solo gemido, mientras su asesino, espantado ante la magnitud de su acción, me dirigía una mirada turbia balbuciendo algunas palabras en su

idioma natal para, acto seguido, arrojar el arma homicida huyendo del escenario del crimen.

Solos los dos en el incongruentemente desierto patio, me acerqué al caído pese a tener la certeza de que toda posible ayuda era ya inútil. La estocada era mortal de necesidad, puesto que le había atravesado el corazón de parte a parte. Leonardo da Vinci, el genial artista e inventor del Renacimiento, yacía muerto a mis pies esa fría mañana de diciembre de 1499, veinte años antes de su fallecimiento oficial en la localidad francesa de Amboise... y yo era el único testigo de esta dramática convulsión histórica.

No podía ser... era imposible que la historia cambiara, se trataba de un hecho constatado una y otra vez. El fluir del tiempo era inmutable, no existía ningún posible futuro alternativo. Leonardo había fallecido en 1519 de muerte natural en la corte del rey Francisco I, y no víctima de la estocada de un soldado francés durante el saqueo de Milán de 1499. Entonces... ¿a quién pertenecía el cadáver?

Sobreponiéndome a mi excitación, contemplé con detenimiento su rostro. Era Leonardo, no cabía la menor duda; amén de ser perfectamente conocidos sus rasgos gracias a sus propios autorretratos, yo había tenido ocasión de conocerlo personalmente en el transcurso de algunos de mis viajes anteriores. Era él, y no ninguna otra persona con la que hubiera podido guardar algún tipo de parecido físico.

Súbitamente me llegó el conocimiento de la verdad. Tenía que ser así, no cabía otra posibilidad. En contra de lo que decían los libros de historia, Leonardo murió realmente en 1499 y no en 1519, siendo otra persona quien suplantó su personalidad durante los últimos veinte años de su vida oficial. Y esa persona, me estremecí sólo de pensarlo, no podía ser otra que yo.

Tan evidente como que Leonardo había pasado a mejor vida, era que su sustituto había logrado engañar no sólo a sus contemporáneos, sino también a todos los estudiosos que a lo largo de la historia se habían interesado en su vida o en su obra... algo realmente peliagudo, puesto que muy pocos habrían sido capaces de emular su genio. Y desde luego, yo distaba mucho de considerarme uno de ellos.

Pero tenía que ser yo quien asumiera la pesada carga. ¿Quién, si no, podía abordar la tarea de llevar a cabo todos los trabajos de la última etapa de su vida? Yo era un experto en su obra, y conocía perfectamente todo lo que había hecho -en realidad lo que tendría que hacer yo- durante los veinte años siguientes. Sería copiar algo que conocía previamente y que, por una paradoja del destino, nunca se podría saber de quien había surgido, puesto que en realidad me limitaría a repetir algo que en teoría había surgido de la mente de un Leonardo que a esas alturas estaba ya muerto... Mejor no intentar analizarlo, puesto que podría volverme loco. Por fortuna contaba con una formación artística -había estudiado Bellas Artes y trabajado como restaurador antes de dedicarme a tareas cronológicas- que

me permitiría imitar al menos su estilo. Más peliagudo resultaría abordar otras facetas de su exuberante inventiva tales como los estudios científicos y técnicos o su actividad como ingeniero militar, pero aspiraba a salir airoso contado como contaba con la certeza de que la superchería jamás llegaría a ser descubierta.

Fue entonces cuando caí también en la cuenta de que mi aspecto físico era muy parecido al suyo, algo de lo que paradójicamente jamás me había percatado, y el disfraz que, de forma no premeditada, había adoptado para pasar desapercibido en el siglo XV, no hacía sino acrecentar la similitud existente entre ambos. Si todavía quedaba en mí algún retazo de duda, éste se desvaneció como por ensalmo. A partir de ese momento, yo era Leonardo.

Me quedaba por hacer una tarea penosa, deshacerme del cadáver para evitar que éste fuera descubierto; se trataba de alguien demasiado conocido como para correr el albur de dejarlo allí abandonado. Tras reflexionar unos instantes, decidí que lo mejor sería llevármelo conmigo; ya decidiría más adelante qué hacer con él. Arrojé al suelo el ya inútil retrato de Ludovico el Moro -algún saqueador, obedeciendo los designios implacables de la historia, se encargaría de hacerlo desaparecer de alguna manera- y cargué con el exangüe Leonardo.

Media hora después me encontraba sano y salvo en mi refugio del molino abandonado. Milagrosamente no había sufrido el menor percance durante mi accidentada fuga, pese a llevar conmigo el cadáver del ilustre huésped de los Sforza; de nuevo la predestinación histórica había dado muestras palpables de su hegemonía. Yo tenía muy claro lo que me correspondía hacer a partir de entonces, pero no podía dejar allí ni a los despojos de Leonardo ni, por supuesto, al *cronomóvil*. Tras reflexionar durante unos segundos, pronto descubrí la solución ideal. Aunque el *cronomóvil* estaba programado para el retorno automático a su lugar de partida, también contaba con unos mandos manuales para posibles casos de emergencia. Así pues, desconecté el sistema automático y programé una ruta que lo llevaría al fondo del océano Atlántico -no quería correr el riesgo de que pudiera ser descubierto- en el pasado más remoto que permitían los controles. La presión y la corrosión del agua del mar se encargarían del resto. Depositó en su interior el cuerpo del infortunado Leonardo y, tras activar el sistema de disparo retardado, abandoné el vehículo. Cuando unos segundos después éste se desvanecía ante mis ojos, supe que la suerte estaba definitivamente echada. En cuanto a mis compañeros de allá... bien, no sería el primer caso de un cronoviajero desaparecido en pleno acto de servicio. Disfrutaría de unos hermosos funerales y mi nombre sería inscrito con letras de bronce en el gran monumento que se alzaba a la entrada de nuestra sede.

Bien, todavía me queda mucho por hacer en mi nueva encarnación de Leonardo. Viajé a Mantua, donde los duques me encargaron un retrato de Isabel de Este. Y es en esta ciudad donde estoy escribiendo este relato. ¿Por qué lo hago? En realidad, ni siquiera yo lo sé.

Supongo que para dejar constancia de lo ocurrido, pero tengo dudas de que pueda servir para algo puesto que, al menos en mi época, nada se sabía de esta suplantación. ¿Quizá en el futuro? Lo ignoro, y en realidad no me importa demasiado saberlo. Pero no puedo evitar la vanidad de manifestar públicamente -aunque lo más probable es que nadie llegue jamás a leer esto- que fui yo quien suplantó al gran Leonardo da Vinci. Conservaré este manuscrito en mi poder hasta que muera, y pediré ser enterrado con él. ¿Qué le ocurrirá cuando mi tumba sea profanada en los turbulentos días de la revolución francesa? Lo más probable es que se pierda para siempre, pero quizá, sólo quizá, pudiera caer en unas manos piadosas que lo conservaran hasta que en algún momento, por supuesto posterior a mi época original, pueda ser descubierto. Y entonces se sabrá que yo, un humilde viajero del tiempo nacido muchos siglos después que el genio florentino, supe defender con orgullo su figura.

Me quedan veinte años de vida, muchos menos de los que hubiera podido esperar en mi propia realidad temporal, pero suficientes para esta atrasada época, y es mucho lo que me queda todavía por hacer. Viajaré a Venecia, a Florencia, a Roma y, finalmente, me desplazaré a Francia, donde seré acogido con todos los honores por el rey Francisco I. Tengo ante mí el difícil reto de plasmar *en lienzos obras tan emblemáticas como las dos versiones de Santa Ana con la Virgen y el Niño, la Batalla de Anghiari o la celeberrima Gioconda*, y también apoyaré, entre otras muchas actividades, las ansias militaristas de César Borgia. Asimismo, me divierte pensar que, en viajes anteriores, tuve ocasión de vislumbrarme a mí mismo sin llegar a sospecharlo siquiera, convencido como estaba entonces -aunque para mi yo actual esto pertenezca todavía al futuro- de que estaba contemplando al verdadero Leonardo y no a su forzado e indigno sustituto.

No obstante, lo que más preocupa de todo es conocer la fecha exacta de mi muerte, una auténtica maldición para la que los mortales no estamos en modo alguno preparados... pero sabré sobreponerme a ello. Al fin y al cabo, para el mundo soy el gran Leonardo da Vinci.

LA PRIMERA MÁQUINA DEL TIEMPO... Y LA ÚLTIMA

Cuando su vehículo se detuvo por completo y pudo leer el contador temporal, el Viajero del Tiempo quedó anonadado. ¡Estaba en el año 802.701!

Reprimiendo un escalofrío echó pie a tierra, descubriendo con asombro que ya no se encontraba en el interior de su laboratorio, sino en mitad de una extensa pradera. Mirando en torno suyo vislumbró un edificio en la lejanía, única muestra aparente de que en aquella remota época la civilización continuaba existiendo.

Tras retirar algunas palancas de la Máquina del Tiempo para evitar que algún intruso pudiera manipularla, se encaminó hacia su objetivo presa de una febril ansiedad. ¿Cómo sería la humanidad del futuro?

El edificio era un enorme paralelepípedo sin la menor concesión artística en todo su volumen. Carecía de ventanas, y tan sólo una puerta de gran tamaño, cerrada a cal y canto, se abría en mitad de una de sus paredes. Sobre ella campeaba un rótulo que, pese a estar escrito en caracteres extraños, pudo descifrar no sin dificultad:

INDUSTRIAS CÁRNICAS MORLOCK LA CALIDAD ES NUESTRO LEMA

* * *

En una habitación situada en el interior del edificio, dos extraños seres de piel pálida, ojos de color gris rojizo y largas cabelleras rubias contemplaban al visitante a través de una pantalla de televisión.

-¡Te dije que tuvieras cuidado! -gruñó el que parecía llevar la voz cantante- ¡Ya se te ha vuelto a escapar otra res!

-No comprendo como puede haber ocurrido... -se excusó el otro- antes de encerrarlas en el corral me aseguré de que estuvieran todas, y estoy convencido de que cerré bien la cancela... aunque de todos modos, son demasiado estúpidas para abrirla.

-Pues ya lo ves, esa anda suelta.

-Ahora mismo la recojo... por cierto, ¿te has fijado en lo extraño de su indumentaria? Esas no son las túnicas que les proporcionamos nosotros.

-¿Y de dónde la va a haber sacado? -se burló- No va a venir del pasado, o del futuro... anda, déjate de tonterías y date prisa en llevarla con las demás, porque está a punto de empezar el siguiente turno del matadero.

AQUILES Y LA TORTUGA

No todo el mundo puede presumir de tener por amigo a un genio. Puntualizo: un genio de verdad, de esos que surgen tan sólo una vez cada varias generaciones y que, en muchas ocasiones, acaban malográndose debido a la incompreensión de la sociedad, cuando no también a su inadaptación a la misma.

Mi amigo Juan no era un inadaptado, pero tampoco se le podría considerar un triunfador. De hecho, su divorcio con la sociedad era absoluto. Por fortuna para él la herencia recibida de sus padres, un próspero conglomerado industrial le permitía no sólo vivir holgadamente sin tener que someterse al yugo de un trabajo -desde un principio él había dejado el gobierno de sus empresas en manos de sus gestores-, sino asimismo realizar sus investigaciones libre por completo de cualquier tipo de atadura no sólo académica, sino también económica.

Porque Juan era un científico. Y de los buenos. Por esa razón apenas había sido capaz de terminar a trancas y barrancas sus estudios universitarios, mientras que su fugaz paso por el doctorado había acabado, literalmente, como el rosario de la aurora. Claro está que ya no son los tiempos de los genios solitarios del tipo de Galileo, Edison o incluso Einstein, ya que la ciencia continúa avanzando gracias no a las individualidades, sino a los equipos... pero Juan no se arredró por ello; al fin y al cabo, él era un genio.

Lamentablemente Juan era también un anárquico incorregible; su curiosidad por los temas más dispares siempre le había impedido centrar su atención en uno de ellos en concreto, ya que acostumbraba a saltar de uno a otro conforme se le antoja en cada momento. Puesto que tampoco había mostrado jamás el menor interés en publicar sus investigaciones, y ni tan siquiera en darlas a conocer, el resultado es que sus descubrimientos, pese a su capital importancia, siempre acabaron quedándose en papel mojado.

De hecho, yo era uno de los pocos privilegiados conocedores de sus actividades, aunque claro está, la profundidad de sus trabajos me desbordaba por completo... lo que no me impedía ser consciente de su importancia. Pero todos mis esfuerzos de cara a convencerlo para que compartiera con la humanidad los frutos de su genio, estuvieron condenados ya desde el mismo principio al fracaso; en realidad a él no le importaba lo más mínimo todo lo que no fuera su propia distracción. Porque en realidad él se divertía jugando con unos descubrimientos que podrían suponer, en ocasiones, un paso de gigante para esa humanidad que él despreciaba tan olímpicamente.

Eso, claro está, sin contar con sus inventos geniales, capaces por sí mismos de dejar perplejos a los sabios; hallazgos tan inverosímiles que resultarían aparentemente contrarios al sentido común... y que sin embargo, funcionarían de ser llevados a la práctica.

Por esta razón no me sorprendí demasiado cuando Juan me dijo que le gustaría cambiar la historia, y que de hecho estaba dispuesto a hacerlo... y lo decía completamente en serio.

-Pero Juan, ¿cómo es posible que especules con tamaño disparate? -había sido mi escéptico comentario a su confidencia.

-¿Disparate? -me respondió irritado- ¿Porqué dices eso? Sabes que estoy hablando en serio, jamás bromeo con estas cosas.

-Porque la historia es algo que no puede ser modificada, bien lo sabes... salvo, claro está, que estemos hablando de ciencia ficción.

-No es ciencia ficción, es ciencia a secas. -sentenció en tono glacial al tiempo que me miraba con gesto hosco.

-No irás a decirme que has inventado una máquina del tiempo... por mucho que valore tu genio, y lo valoro, ciertamente esto es algo que me resulta por completo inconcebible.

-¿Máquina del tiempo? -masculló burlón- No, claro que no; al menos tal como la describen los novelistas.

-¿Entonces?

-No se trata de algo tan burdo como la manida historia de viajar al pasado para matar a Hitler cuando todavía era un niño de pecho; eso, además de una soberana estupidez, sería algo imposible.

Hizo una breve pausa y continuó:

-Lo que yo pretendo es enviar al pasado una información capaz de alterar la historia.

-¡Casi nada! -exclamé- Tanto me da lo uno como lo otro, en la práctica no le veo mayor diferencia...

-Pues la tiene, y mucha, Enviar materia al pasado es del todo imposible, pero enviar información no tiene por qué violar ninguna ley física.

-Pues chico, yo no lo veo así. -porfié- Tanto me dan esas sutilezas científicas, lo que me resulta evidente es que la historia no se puede cambiar independientemente del método elegido para intentar hacerlo.

-¿Por qué?

-Pues porque de ocurrir así, esto atentaría contra la lógica más elemental. ¿Qué mundo sería éste si cualquier realidad, nuestra realidad, pudiera cambiarse por otra diferente así por las buenas?

-Me temo que has debido de leer demasiados relatos de ciencia ficción como para condicionarte la mente hasta el extremo de no poder entenderlo -sentenció.

-Unos cuantos. -respondí amostazado- Pero no creo que esté en riesgo de correr la misma suerte que Don Quijote con sus lecturas de libros de caballerías. Sin embargo, son los suficientes para ser consciente de que, desde un punto de vista lógico, eso que propones es un absurdo total, ya que violaría las leyes más fundamentales de la física.

-Como por ejemplo... -me retó.

-Invertir la dualidad causa-efecto o, todavía peor, generar paradojas en las que pudiera aparecer un efecto sin que existiera causa preexistente alguna...

-Vaya. -sonrió condescendiente- Veo que estamos comenzando a entendernos.

-¿Seguro? -gruñí.

-Seguro. Si yo te dijera que puedo influir en el pasado sin incurrir en ninguna aberración lógica, o paradoja temporal si así lo prefieres, ¿me creerías?

-Más bien sospecharía que intentabas burlarte de mí; -confesé con brutal sinceridad- o, quizá, que pudieras estar como una regadera.

-Poca confianza tienes en mi humilde persona. -me reprochó con suavidad- Y eso a pesar de que siempre que te he hecho partícipe de los resultados de mis investigaciones lo hacía mostrándote hechos concretos, y no meras teorías o hipótesis...

-¿Insinúas acaso que ya has conseguido comunicar con el pasado? -mi sorpresa era genuina.

-Todavía no; pero tengo todo listo para hacerlo en cuanto lo desee. Me apetecía tener un testigo, y quién mejor que tú para ejercer como tal.

-Vaya. -exclamé entre sorprendido y sarcástico- Es todo un honor. Pero sigues sin explicarme cómo lo has logrado...

-Me temo que sería demasiado complicado hacerlo, ya que es preciso manejar unos conceptos físicos y matemáticos sumamente complejos e imposibles de reducir a términos comprensibles incluso para alguien con formación científica como tú. En resumen, podría

decirse que se respetan los dos principios fundamentales de conservación, el de la energía y el de la materia, con lo cual no existe barrera alguna que impida la transmisión de información de un punto temporal a otro; ésta es la única manera posible de viajar por el tiempo, ya que cualquier otra cosa, evidentemente, sí estaría prohibida.

-Está bien, admito lo que dices; -concedí- pero sigues sin explicarme la manera de eludir las posibles paradojas temporales...

-Es que no tienen por qué aparecer paradojas... -el timbre de su voz había acrecentado su gravedad.

-Pues tú me dirás; -porfié- si alterar la historia no es ya una paradoja en sí misma, no veo qué pueda serlo. ¿Qué pasaría con todos los episodios de la realidad original evaporados en beneficio de la nueva?

-Sigues sin entenderme. -meneó la cabeza con pesadumbre- Está visto que continuas estando influido por tus lecturas de ciencia ficción. Mientras no consigas librarte de estos prejuicios, poco habremos avanzado.

-Pues te agradecería que me ayudaras a hacerlo.

Juan hizo una nueva pausa, inspiró profundamente como si estuviera haciendo acopio de paciencia ante un alumno demasiado zote, y continuó:

-¿No te has parado a pensar que quizá esa realidad que tú consideras intangible pudiera ser tan sólo una perturbación, una desviación accidental de la verdadera realidad que, como tal, sería deseable recobrar?

-Eso me suena a *La vida es sueño*...

-Lo digo en serio. -insistió al tiempo que fruncía el ceño.

-Discúlpame, no pretendía burlarme de ti. -le apacigué- Pero no consigo comprender cómo puedes estar tan seguro de que esta realidad en la que nos movemos pueda no ser la original, y que tú tengas en tus manos la posibilidad de enmendarla... ¿no estarás intentando jugar a aprendiz de brujo?

-En absoluto. -jamás le había visto hablar en un tono tan solemne- ¿Acaso el mundo en que vivimos se aproxima siquiera a lo que pudiéramos considerar normal? Repasa la historia de los últimos siglos y respóndeme.

-Sí, sin duda en esto tienes razón. -concedí, tras haber sido pillado a contrapié- La historia de la humanidad es una continua sucesión de infamias, eso es evidente. Pero, ¿Qué te garantiza que tu alternativa pudiera acabar con todo ello?

-Nunca he dicho semejante cosa; me conformaría con que fuera siquiera algo mejor. Y eso sí estoy convencido de poder lograrlo.

-¿Y cómo lo piensas conseguir? Porque supongo que tendrás un plan... ¿Acaso tramas impedir que Hitler pudiera hacerse con el control del partido nazi?

-Eso hubiera resultado completamente inútil. De no haber existido Hitler otro habría ocupado su lugar, con lo cual la historia hubiera sido muy parecida e igual de trágica. La inercia histórica, como yo la denomino, es tan poderosa que la supresión de un personaje, o su sustitución por otro, no cambiarían de forma significativa el devenir de los acontecimientos. De hecho, ni siquiera alguien tan extraordinario como fue Alejandro Magno logró perturbarla mucho más allá de su muerte.

-Pero el imperio persa se fragmentó en varios reinos que ya jamás volvieron a reunificarse... -objeté.

-Eso se debió a que el germen de la descomposición anidaba ya en su interior; Alejandro lo único que hizo fue actuar a modo de detonador, pero de no haber intervenido él, las fuerzas centrífugas habrían actuado de todas formas. Aunque las dinastías reinantes en los nuevos estados no fueran de origen macedonio, los resultados habrían acabado siendo muy similares.

-Pues tú me dirás...

-Que sea difícil no quiere decir que tenga que resultar imposible, y que nadie sea capaz de cambiar la historia por su propia iniciativa personal no significa que esto no pueda hacerse; basta con saber elegir el punto de inflexión adecuado.

-Sí, los escritores de ciencia ficción de los que despotricas tanto lo llaman Punto Jumbar... -le interrumpí malicioso.

-El nombre es lo de menos. -gruñó, nada dispuesto a dar su brazo a torcer- El hecho es que creo haberlo encontrado.

-Pues cuéntamelo -mi interés era sincero.

Y mi amigo Juan lo hizo. En esencia, la base de su teoría era que el colapso de la antigua civilización grecorromana había sido la raíz de lo que él denominaba la “*degeneración histórica*” que tanto deseaba erradicar. Dicho con otras palabras, estaba convencido de que, de no haber caído el imperio romano en la segunda mitad del siglo V, a la civilización occidental le habría ido mucho mejor al evitar el negro pozo de los siglos oscuros de la Alta Edad Media, la fragmentación política, lingüística y cultural del antiguo orbe romano y la para él funesta irrupción musulmana culpable de haber dividido en dos facciones irreconciliables el otrora Mare Nostrum.

Claro está que la pregunta del millón, y así me apresuré a decírselo, era cómo conseguir evitar ese derrumbamiento, máxime teniendo en cuenta que, según los historiadores modernos, el imperio romano había caído víctima de su propia decadencia, sin que los invasores bárbaros, tan denostados en la historiografía clásica, hubieran desempeñado otro papel que el de simples enterradores del cadáver.

Arropándome en este argumento, yo objeté que, al igual que en sus ejemplos de Alejandro Magno o Adolf Hitler, no veía posible que se pudiera evitar la caída del imperio romano simplemente quitando de enmedio a algún personaje indeseable, por desgracia muy abundantes en esa agitada época, o bien evitando la desaparición prematura de aquellos que quizá pudieran haber evitado, o cuanto menos retrasado, la catástrofe, tal como había sido el infausto caso del general Estilicón. Desde mi punto de vista, insistí con tozudez en ello, esa misma inercia histórica que él mismo había definido era ahora la que se volvía en contra de sus propias teorías.

Pero Juan contaba con recursos sobrados para desmontar mis endeble objeciones. No se trataba de buscar individuos, matizó, sino de encontrar eventos cruciales capaces estos últimos de dar un giro al devenir de los acontecimientos si se sabía hacerlo de la forma adecuada. La civilización romana, a lo largo de su milenaria historia, se había visto obligada a afrontar numerosas crisis de magnitud similar, si no incluso superior, a la que había provocado su colapso definitivo, habiendo logrado superarlas contra todo pronóstico, como había sucedido con la invasión de Roma por los galos en el año 387 antes de Cristo, con las campañas de Aníbal, que a punto estuvo de aniquilar a la república romana tras la batalla de Cannas el año 216 también antes de Cristo, o con el convulso período de la anarquía militar, que abarcó buena parte (entre 235 y 284) del siglo III después de Cristo... y siempre la milenaria ciudad fundada por Rómulo y Remo había logrado resurgir de sus cenizas con nuevas y recobradas fuerzas.

¿Por qué la crisis del siglo V debía ser una excepción? Juan insistía mucho en que la solidez del territorio sometido a la soberanía imperial era, pese a todo, notable, amén de que la gente solía olvidar que la catástrofe había ocurrido sólo en una de las dos mitades del imperio, la occidental, mientras la oriental, reconvertida con el tiempo en el imperio bizantino, había gozado de prosperidad durante siglos y pervivido durante un milenio, antes de sucumbir frente los embates de los turcos ya a las puertas del Renacimiento.

Yo seguí insistiendo en algo que para mí resultaba fundamental, la extrema decadencia demográfica y económica en que se vio sumido el imperio, o su parte occidental al menos, en su etapa postrera, lo cual rebatió de nuevo mi amigo abrumándome con una larga lista de ejemplos de poblaciones tardorromanas -entre ellas, en un golpe bajo, citó a mi propia ciudad natal- que, lejos de este tópico fácil de encontrar en los libros de historia, habían gozado de una notable prosperidad hasta el momento mismo, e incluso después, en que las invasiones germánicas del siglo V cortaron las comunicaciones entre las distintas

provincias del imperio, provocando el colapso de la tupida red que había mantenido unidos durante siglos a tan vastos territorios.

De poco sirvió. Para Juan resultaba patente que ese hundimiento podría haber sido evitado, pero no cuando las fronteras exteriores del orbe romano se derrumbaron de forma definitiva ante el brutal empuje de las tribus bárbaras, ya que entonces era demasiado tarde, sino mucho antes. Y para mi sorpresa, y a modo de abracadabra histórico, pronunció el nombre de la batalla que, según él, habría supuesto el principio del fin: Adrianópolis.

He de confesar que en ese momento mis olvidados conocimientos de historia antigua me impidieron situar ese nombre en su entorno geográfico y cronológico, así que tuvo que ser Juan quien me refrescara la memoria. Adrianópolis era la actual Edirne, una ciudad de unos 140.000 habitantes situada 240 kilómetros al noroeste de Estambul, junto a la frontera que separa a la porción europea de Turquía de las vecinas Grecia y Bulgaria. En sus cercanías tuvo lugar, el 9 de agosto del año 378, una de las más sangrientas batallas de las postrimerías del imperio romano, en la cual las tropas imperiales, comandadas por el propio emperador Valente, fueron masacradas por las hordas visigodas -resultaría impropio denominarlas ejército- que poco antes habían cruzado el Danubio huyendo de los invasores hunos que algún tiempo después habrían de traer de cabeza a los propios romanos.

Tras dos años de difícil convivencia entre ambas culturas el emperador Valente había decidido expulsarlos del territorio del imperio, viéndose sumido en el mayor desastre militar romano desde la batalla de Cannas, seis siglos antes. Más de cuarenta mil bajas, casi los dos tercios de los soldados que entraron en combate, dan idea de la magnitud de la catástrofe, de la que no se salvó ni siquiera el propio emperador, cuyo cadáver nunca llegó a ser hallado.

Lo irónico del caso fue que, según todos los cronistas gracias a los cuales conocemos los pormenores de este episodio bélico, los romanos habían todo a su favor para aplastar a los invasores, y sólo merced a un cúmulo de graves errores difícilmente justificables acabaría yéndose al traste la manifiesta superioridad imperial.

El principal culpable, sin la menor duda, había sido el propio emperador Valente que, celoso de su sobrino y coemperador Graciano, precipitó el ataque contra el campamento enemigo sin esperar a la inminente llegada de éste con tropas de refuerzo, las cuales habrían aportado al ejército romano una superioridad numérica insalvable para los aguerridos, pero escasamente disciplinados, guerreros godos. Según los historiadores contemporáneos, Valente habría obrado de forma tan temeraria movido por el deseo de acaparar toda la gloria de la victoria sin compartirla con su colega.

Éste no sería el único error. El ataque romano, iniciado a pleno mediodía en una jornada de pleno verano, fue tan precipitado que las acaloradas tropas imperiales apenas si pudieron desplegarse en formación de combate. Por si fuera poco sus generales se dejaron

rodear por la caballería enemiga, que los encajonó contra el campamento visigodo convirtiendo la batalla en una espantosa matanza.

Pero lo peor, según Juan, no había sido el descalabro de Adrianópolis, del que tarde o temprano el imperio habría logrado recobrase, sino todo lo que vino después de manos del nuevo emperador elegido por Graciano para suceder al desaparecido Valente, el hispano Teodosio, al que andando el tiempo se le acabaría conociendo con el apelativo de *El Grande*.

-¿El Grande de qué? -exclamaba furioso cada vez que salía a relucir este personaje- ¡Como no fuera por su gran capacidad para cargarse el imperio...!

Aunque la inquina que Juan sentía hacia este remoto compatriota nuestro era a todas luces exagerada, no le faltaba algo de razón cuando afirmaba que los historiadores de la Antigüedad Tardía habían sido sumamente benevolentes con un gobernante sobre cuya figura se cernían importantes sombras.

-¡Y todo esto vino porque favoreció de forma descarada no a los cristianos, sino a los elementos más fanáticos de esa religión, empezando por alguien tan sectario como el propio San Ambrosio de Milán, completamente opuesto a cuanto oiera a tolerancia religiosa! -despotricaba- ¡Y claro, como los historiadores que loaron su figura eran cristianos, pues todo solucionado!

-Hombre, Juan, -rebatía yo- al fin y al cabo Constantino hizo lo mismo no mucho antes, y nadie cuestiona lo acertado de su decisión de derogar las leyes que perseguían a los cristianos...

-¡Y un cuerno! No compares, hombre, no compares. Constantino volcó a su favor a una fuerza social emergente tan importante como eran entonces los cristianos, pero no renunció en absoluto al apoyo de la vieja Roma, es decir, los paganos. Teodosio, por el contrario, se enajenó a estos últimos al permitir y alentar que los antaño perseguidos se convirtieran en sañudos perseguidores, no sólo de quienes no profesaban la fe cristiana, sino también de todos aquellos herejes que osaron cuestionar la ortodoxia católica. Constantino fortaleció su poder; Teodosio lo debilitó de una manera tan imprudente como absurda, justo cuando más necesitada de unión estaba la convulsa sociedad romana.

-Bueno, admito que no te falta razón, pero eso no justifica que cargues al pobre Teodosio con esos tintes tan siniestros...

-Es que no quedó ahí la cosa, por desgracia. A lo largo de su reinado, que duró casi veinte años, Teodosio practicó una política de apaciguamiento con los godos y con otras tribus bárbaras, permitiéndoles establecerse en el interior de las fronteras romanas... introduciendo en el propio corazón del imperio unas quintas columnas que tan sólo unas

pocas décadas después contribuirían de forma decisiva a socavar los cimientos del hasta entonces todavía sólido estado romano.

-Juan, me temo que estás exagerando de nuevo. -yo intentaba no dar mi brazo a torcer- Al fin y al cabo el ejército romano cada vez se encontraba con más dificultades para reclutar nuevos soldados, de modo que los mercenarios bárbaros vinieron a cubrir esa carencia.

-¡Y bien caro que se lo cobraron! Llegó un momento en el que los últimos emperadores eran tan sólo unos títeres de sus generales bárbaros o semibárbaros; gente como Arbogasto, Estilicón, Aecio, Ricimero, Orestes u Odoacro hicieron y deshicieron a su antojo, y precisamente fue este último el que en el año 476 decidió acabar con la farsa destituyendo al último emperador formalmente reinante... aunque el pobre Rómulo Augústulo apenas si había pintado algo durante los dos años escasos en los que revistió la púrpura imperial. Eso sin contar con que la barbarización del ejército romano acabo con su disciplina y, por ende, con su legendaria efectividad.

»Por si fuera poco, -remachaba- Teodosio implantó una dinastía nefasta, comenzando con sus hijos Arcadio y Honorio y siguiendo con alguien tan felón como su nieto Valentiniano III... eso sin contar con los devaneos de su hija Gala Placidia, que tuvo la osadía de casarse con el mismísimo rey godo Ataúlfo. Como dice el refrán, con amigos como éstos no son necesarios los enemigos.

-Sombrío panorama me pintas...

-Es que fue así, te guste o no; tanto Teodosio como sus sucesores directos fueron los principales responsables de que se fuera a pique el imperio. ¡Y por si fuera poco, Teodosio tuvo la nefasta idea de dividir en dos el imperio tras su muerte, repartiendo la “herencia” entre sus dos hijos varones!

-¡Un momento, Juan, que ahí patinas...! -al fin creía haberle cogido en un renuncio- Al menos desde Diocleciano, más de un siglo antes, el imperio había sido dividido en varias ocasiones...

-Cierto... en parte. En efecto, a lo largo de todo el bajo imperio hubo coemperadores con frecuencia, e incluso llegó a haber tetrarcas; pero estas divisiones siempre habían sido de índole, digamos, administrativa. Con una mayor proximidad se buscaba un mejor gobierno de tan vastos territorios, pero nunca hasta entonces se había cuestionado la unidad territorial del imperio romano por más que pudiera estar gobernado de forma simultánea por varios augustos. Por el contrario, la escisión provocada por Teodosio fue política y, lo que es todavía peor, irreversible, ya que ambos imperios quedaron escindidos para siempre; y por si fuera poco, se convirtieron además en rivales, cuando no en enemigos. ¿Olvidas acaso que Arcadio, el emperador oriental, para salvar su trono no tuvo el menor escrúpulo

en negar cualquier tipo de auxilio a su atribulado hermano, llegando incluso a desviar hacia occidente a todas las hordas bárbaras que merodeaban por sus fronteras?

-En resumen. -zanjé aburrido- Según tú si Valente, en lugar de precipitarse, hubiera aguardado hasta la llegada de las tropas de Graciano, y además hubiera atacado a los godos en el momento más favorable, la historia habría sido completamente distinta...

-Tú lo has dicho. Los romanos habrían aniquilado a los bárbaros y los supervivientes, de haberlos habido, habrían sido reducidos a la esclavitud o expulsados allende el Danubio; en cualquier caso, los visigodos habrían sido borrados del mapa para siempre y el imperio habría contado con la fortaleza suficiente como para hacer frente con éxito a otras tribus germánicas que, como los francos, merodeaban asimismo por sus fronteras.

-¿Y Teodosio?

-Al no morir Valente de forma prematura, es de suponer que fuera él quien acabara nombrando a su sucesor, en vez de hacerlo Graciano; Teodosio entonces no habría pasado de ser un simple general, y su nefasta dinastía jamás habría llegado a gobernar el imperio.

-Muy optimista te veo. -objeté- ¿Qué te hace pensar que ese hipotético sustituto de Teodosio, al igual que sus no menos hipotéticos sucesores, habrían sido mejores que los protagonistas reales de la historia?

-Tienes razón. -confesó haciendo con las manos un gesto de impotencia- No existe ninguna manera de prever cual hubiera podido ser la evolución de la historia en esas circunstancias; pero dado todo lo que ocurrió a lo largo del siglo V, resulta difícil creer que pudiera haber sido peor de lo que fue... aunque en este caso, claro está, siempre se podría volver a intentar un segundo *retoque*.

El remate final de su frase tuvo la virtud de recordarme que el motivo de la discusión no había sido una mera elucubración histórica, sino su rotunda afirmación de ser capaz de modificar el curso de unos acontecimientos ocurridos hacía más de mil seiscientos años.

-Entonces, lo que en realidad pretendes es forzar la victoria del ejército romano en Adrianópolis...

La expresión de su cara era lo suficientemente explícita como para no precisar confirmación alguna. Así pues, pregunté:

-¿Y cómo demonios piensas hacerlo?

Juan me lo explicó. Tal como había insistido tanto en puntualizar, su *máquina del tiempo* -le salían ronchas cada vez que yo, de forma malévola, denominaba así a su invento- tan sólo podía transmitir información, no materia ni energía. Claro está que esta

información precisaría necesariamente de un soporte, lo que a priori podría haber parecido un obstáculo irresoluble; pero mi amigo lo había resuelto elegantemente recurriendo a lo único que podía cumplir con estos requisitos, el pensamiento.

No me pregunten cómo lo había conseguido hacer, porque cuando intentó explicármelo fui completamente incapaz de comprenderlo; pero por usar un símil quizá no demasiado afortunado, pero sí lo suficientemente explícito, su artilugio venía a ser algo así como un inductor de ideas capaz además, como si ya de por sí no fuera lo suficientemente revolucionario, de atravesar la barrera del tiempo.

-O sea, que lo que quieres hacer es meterle en la sesera al cazurro del emperador Valente la conveniencia de tener paciencia antes de lanzarse a tumba abierta contra el enemigo.

-No. -me rebatió- Eso no serviría de nada, y me obligaría a repetir el intento... algo que preferiría evitar.

Su plan era menos sutil: consistía en *inspirar* a alguno de los ingenieros militares de la época, la *idea* de algún tipo de arma revolucionaria desconocida en la época, la cual les proporcionaría a los romanos la suficiente superioridad como para aplastar a los godos a pesar incluso de las garrafales meteduras de pata de Valente y sus generales.

-Sí, hombre. -me burlé- Para estar más seguros de que la cosa sale bien, podrías mandarles los planos del *kalashnikov*, y asunto concluido...

-No digas sandeces. -me recriminó fulminándome con la mirada- Como comprenderás, no resultaría conveniente provocar un anacronismo de ese calibre; además, el *invento* tendría que resultar compatible con la tecnología de la época.

-Pues regálales la pólvora. -porfié- Al fin y al cabo, disponen de todos los ingredientes y de los útiles necesarios para molerlos y mezclarlos...

-Demasiado aparatoso. -negó con la cabeza- Hay alternativas mejores, y mucho más discretas.

Su plan era simple. En un principio había elegido como detonante del cambio histórico algo aparentemente trivial para el común de los mortales, incluidos los guionistas de la inmensa mayoría de las películas *de romanos*, pero fundamental en la historia de la equitación: los estribos, esos objetos que cuelgan de la silla de montar y en los cuales el jinete introduce los pies. En contra de la creencia más generalizada los estribos fueron algo desconocido para todas las civilizaciones clásicas, incluyendo a una tan práctica como era la romana; se cree que fueron los hunos quienes los introdujeron en Europa ya en las postrimerías de la Edad Antigua, aunque todo induce a creer que la caballería romana, al menos la del extinto imperio occidental, no llegó ni siquiera a utilizarlos.

No lo hizo, desde luego, en Adrianópolis, a diferencia de sus rivales godos que, al parecer, sí los había incorporado ya a sus monturas, los que les otorgaba una mayor maniobrabilidad capaz de volcar hacia su lado una batalla.

Aparentemente la adopción de los estribos por parte de la caballería imperial podría haber bastado para invertir el curso de los acontecimientos, pero Juan quería asegurarse de que su plan no fracasaba. Así pues, pensó en recurrir también a una segunda invención, las ballestas.

Esto último se presentaba a priori bastante más complicado ya que, a diferencia de los estribos, no se trataba de una innovación contemporánea de la época sobre la que pretendía influir, independientemente de que en su momento hubiera sido desdeñada por los estrategas romanos, sino de un arma que no sería desarrollada hasta varios siglos después, ya muy avanzada la Edad Media. Se pusiera Juan como se pusiera, y así se lo hice notar, equipar con ballestas a los arqueros del ejército de Valente suponía un anacronismo tan palpable como proporcionarles armas de fuego.

-Es algo inevitable, y de todos modos alguna trampa teníamos que hacer... -confesó haciéndome un guiño cómplice.

Lo que yo no esperaba en modo alguno, era que ya tuviera seleccionados a sus dos candidatos a *inventores*, para lo cual había recurrido a otra de las sorprendentes cualidades de su artefacto, la de poder sondear el espacio y el tiempo en busca del individuo idóneo para sus fines. En concreto, para el tema de los estribos había elegido a un oficial romano que en su juventud había vivido varios años prisionero de los vándalos antes de haber podido fugarse; su profundo conocimiento de los enemigos de Roma le había llevado hasta el cuartel general del emperador, el cual apreciaba sobremanera sus consejos.

En cuanto a la ballesta, había encontrado a un filósofo de Constantinopla que, profundo admirador de Arquímedes, había dedicado toda su vida a inventar toda suerte de cachivaches, en su mayoría perfectamente inútiles, en un intento de imitar al célebre científico siracusano. En esta ocasión por motivos familiares, este personaje también se encontraba cercano a la corte imperial.

Juan pretendía inducir en ellos los conocimientos necesarios para que pudieran desarrollar sus respectivas innovaciones haciéndoles creer que se trataba de descubrimientos suyos. Un punto delicado al que él había prestado mucha atención era el momento exacto en el que esto habría de tener lugar, ya que se necesitaba un tiempo suficiente como para que ambas pudieran ser adoptadas por el ejército romano antes de la decisiva batalla de Adrianópolis, pero no demasiado pronto con objeto de impedir que el conocimiento de las mismas se extendiera antes de tiempo perdiéndose la ventaja de su secreto.

-Ya está todo listo; -me dijo- tan sólo queda, como vulgarmente se dice, pulsar el botón. Si no lo hice antes -explicó, respondiendo a mi muda pregunta- fue porque deseaba contar con algún testigo.

-¿Cómo funcionará?

-El soldado recordará haber visto estribos en las sillas de sus captores, y el filósofo estará convencido de haber inventado la ballesta partiendo de dos armas conocidas ya por los romanos, el arco y la catapulta. De hecho la balista, un tipo de catapulta utilizada en los asedios a las fortalezas enemigas, era prácticamente una ballesta, de ahí la similitud de sus nombres, aunque a nadie se le ocurrió entonces convertirla en un arma portátil que pudiera disparar flechas en vez de proyectiles, y ser manejada por soldados de infantería, o incluso de caballería, durante una batalla de modo similar a un arco. Por supuesto, también les infundiré un deseo ferviente de defender sus *inventos*, no fuera a ser que, como tantos precursores, acabaran siendo ignorados.

Sin embargo, yo distaba de tenerlas todas conmigo.

-Juan, ¿te has parado a pensar en las posibles consecuencias de tus actos?

-Claro. -respondió ufano- Si la cosa sale bien, habremos conseguido evitar el hundimiento del imperio romano y el consiguiente colapso cultural de la Edad Media, ganando varios siglos de progreso ininterrumpido.

-Sí, pero...

-¿Pero qué?

-Estoy pensando en una posible paradoja que nos pudiera afectar personalmente. -respondí dubitativo- Lo siento, sigo estando influenciado por mis lecturas -me disculpé.

Viendo como mi amigo fruncía el ceño, continué:

-El vuelco que pretendes dar a la historia... hará sin duda que algunos que murieron sobrevivan y, al contrario, que supervivientes de la batalla original desaparezcan para siempre... en especial los godos, claro. Teniendo en cuenta que los godos vinieron después a España, y que probablemente no haya un solo español actual, tú y yo incluidos, que no descienda de alguno de esos antiguos guerreros del siglo IV, pues...

-¡Acabáramos! -me interrumpió al tiempo que soltaba, cosa insólita en él, una estruendosa carcajada- Tú lo que tienes miedo es a desaparecer, tal como le ocurría a Michael J. Fox en *Regreso al futuro* cuando su futura madre se enamoraba de él ignorando al que debía ser su futuro padre...

-Yo no le veo la gracia... -refunfuñé profundamente corrido- pienso que se trata de un riesgo real.

-No tienes por qué preocuparte. -me tranquilizó, todavía hipando por la risa- Te confieso que éste es un tema que llegó a preocuparme bastante, hasta que llegué a la conclusión de que no había motivos para ello.

-No lo entiendo...

-Lo vas a entender. Tú, yo, cualquier persona, tiene dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos... el número de nuestros antepasados es una progresión geométrica de orden dos que aumenta de forma espectacular conforme vamos remontándonos en el tiempo. Teniendo en cuenta que la batalla de Adrianópolis sucedió hace más de mil seiscientos años, y calculando unas cuatro generaciones por siglo nos salen, redondeando, unas sesenta y cuatro generaciones de entonces a acá. Si calculas el número de antepasados tuyos contemporáneos de Valente, multiplicando a dos consigo mismo sesenta y cuatro veces, te encontrarás con una cifra infinitamente superior a la de la población actual de la Tierra, mayor asimismo que la de todos los miembros de la especie humana que hayan existido desde el primer homínido hasta ahora mismo.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Pues que ese tópico, tan del gusto de los escritores de ciencia ficción, que postula que si viajas al pasado y matas inadvertidamente a un antepasado tuyo automáticamente dejarías de existir, tan sólo podría ser aplicable, como mucho, a las generaciones inmediatamente anteriores a la tuya; si te fijas en lo que te acabo de explicar, verás que esta aparente paradoja de contar con muchísimos más antepasados que personas han existido en nuestro planeta se explica de una forma bien sencilla: al igual que nosotros descendemos de muchos antepasados distintos, también mucha gente desciende de un antepasado común, y puesto que ambos efectos se contrarrestan, la única explicación lógica a este aparente galimatías sería que toda la población mundial está en mayor o menor grado emparentada... dicho de una manera más científica, nuestra herencia presenta tal grado de redundancia, es decir, descendemos de un mismo antepasado por tantos lados diferentes -de no ser así no nos cuadrarían las cuentas-, que la desaparición de un eslabón intermedio no acarrearía la menor consecuencia práctica, ya que lo que no nos llegara por un lado nos vendría por otro distinto. Así pues no te apures; nada te va a pasar porque a tu antepasado godo lo mate un legionario en tierras de la antigua Tracia.

-Entonces, si nada va a cambiar, ¿por qué entonces tienes tanto interés en meter las narices en la historia?

-¿Quién ha dicho que nada vaya a cambiar? -se encendió; entre sus muchas virtudes era evidente que no se contaba la paciencia.

-Tú mismo... acabas de decirlo -acerté a balbucear.

-A ver si me entiendes bien; tú, yo y ese señor que está en la esquina esperando a la impuntual de su novia, vamos a seguir existiendo exactamente igual que ahora. Nadie va a desaparecer, ni nadie va a surgir de la nada, de eso puedes estar seguro; es evidente que las consecuencias en este sentido sí serán profundas en los años inmediatamente posteriores al de Adrianópolis, pero a dieciséis siglos vista te puedo jurar por lo que más quieras que no se enterará nadie. Lo que sí variará, y mucho, será nuestro entorno, nuestra cultura, nuestro grado de desarrollo... con suerte habremos ganado cerca de mil años de evolución. A lo mejor -fantaseó- nos encontramos con un mundo infinitamente más avanzado que éste en el que vivimos. Si quieres, entiéndelo como si fuera un recipiente lleno de un líquido o un gas; si tú trasvasas ese fluido a otro recipiente de forma distinta, cambiará la distribución de las moléculas en el interior del segundo recipiente, pero éstas seguirán siendo las mismas.

-Si tú lo dices... -concedí dubitativo.

-Pero existe un problema. -añadió de modo súbito.

-¿Cuál? -me sobresalté; cada vez entendía menos.

-Pues... -vaciló- como puedes suponer, yo he estudiado exhaustivamente la batalla, así como la época en la que tuvo lugar, en los libros de historia, sobre todo en éste.

Y me mostró un grueso volumen dedicado, según rezaba el título, a los años postreros del imperio romano.

-Como puedes comprobar se trata de un trabajo exhaustivo, con diferencia el más completo que conozco; y te aseguro que me ha resultado extremadamente útil para mis indagaciones.

-¿Y bien? -ahora sí que no entendía ni una sola palabra.

-¡Piensa un poco, hombre! -me recriminó- Si la historia cambiara, lo lógico sería que los libros de historia cambiaran también. Entonces, ¿cómo demonios podríamos comprobar que esto había ocurrido?

Tras hacer una pausa teatral, y sin aguardar mi por otro lado inexistente respuesta, añadió:

-Por suerte, revisando las ecuaciones de mi teoría cronoscópica -juro que era la primera vez que le oía pronunciar esa palabreja- encontré la solución; al fin y al cabo, era evidente que no podía ser muy distinta de lo que postula el Principio de Incertidumbre.

-¿?

Sí, hombre, el Principio de Incertidumbre de Heisenberg, ese que afirma que no puedes observar ningún fenómeno sin perturbarlo...

-Conozco de sobra el Principio de Incertidumbre; -rezongué molesto- te recuerdo que en la universidad estudié bastante física. Lo que no consigo ver, es qué relación pueda haber entre la mecánica cuántica y tu dichoso experimento.

-Disculpa, no pretendía herir tus sentimientos... en realidad, para que quede más claro, debería enunciarlo de una manera algo diferente, del tipo: *“Todo observador de un fenómeno físico ha de mantenerse al margen del mismo”*.

-Pues me dejas igual que estaba...

-Me temo -concedió mordiéndose los dientes- que, para poder explicártelo de una manera precisa, necesitaría llenar varios folios de ecuaciones diferenciales... así que tendrás que creer en mi palabra.

-Adelante.

-En resumen, la cuestión estriba en que, una vez realizado el experimento, debería cambiar no sólo el pasado, sino también nuestro presente tal como hemos estado comentando... por lo que en pura lógica tendría que afectar también a los libros de historia. Pero debido a ese Principio de Incertidumbre, lo único que sí se mantendría incólume sería el propio observador incluyendo asimismo a sus recuerdos, convirtiéndose en el único ser consciente del cambio ocurrido. Observador... u observadores -añadió-, ya que al estar tú avisado a priori de lo que va a suceder, participarás conmigo en el juego. Precisamente por esta razón es por lo que quería contar con algún testigo.

-Es todo un honor. -ironicé- Pero podías haberme preguntado antes. En fin, -suspiré, al tiempo que tragaba saliva- A lo hecho, pecho. ¿Cuándo piensas apretar el botón?

-Ahora mismo, si está dispuesto.

Y respondiendo a mi mudo gesto afirmativo, tecleó rápidamente en el ordenador que tenía ante él.

-Ya está hecho. -le oí decir; sólo entonces me percaté de que había cerrado inconscientemente los ojos.

Los abrí con cautela, temiendo encontrarme con un escenario diferente por completo al de tan sólo unos segundos antes, el abigarrado despacho de mi amigo. Pero aparentemente todo seguía igual.

-¿Qué... ha pasado? -logré articular al fin.

-Todavía no lo sé. -rezongó con un leve tono de disgusto en la voz- Apenas he tenido tiempo de comprobarlo.

Pero yo me notaba impaciente, a la par que asustado. Así pues, mientras él se enfrascaba en el ordenador -supuse que estaría navegando por internet en buscas de noticias del nuevo mundo que había creado-, yo fui más prosaico. Me levanté, crucé el espacio que me separaba de la ventana, la abrí y me asomé al exterior.

No podría decir qué era lo que esperaba encontrar, pero lo que mi me supuso una sensación de alivio a la par que un punto de decepción: aparentemente, en la calle todo seguía igual que siempre.

En el interior del despacho Juan seguía aporreando con furia el teclado, en un claro indicio de que él tampoco estaba satisfecho con lo que le mostraba el monitor.

-¿Qué ha pasado? -insistí de nuevo- Yo no he visto diferencias...

-No parece... -gruñó sin levantar la vista del ordenador- ¡Pero tiene que haberlas! -el final de su exclamación era un aullido- ¡Tiene que haberlas!

-¿Por qué no miramos en el libro? -sugerí.

Sorprendido por no haber caído en algo tan evidente, a la par que disgustado por no haber sido él a quien se le ocurriera la idea, Juan se levantó a regañadientes dirigiéndose a la estantería donde había dejado el libro de historia que me enseñara poco antes. Lo cogió y, abriéndolo por una página que tenía marcada, comenzó a leer con avidez el capítulo correspondiente a la batalla de Adrianópolis.

-¿Y bien? -le pregunté, preocupado al apreciar la lividez de su rostro.

Sin decir palabra me alargó el volumen para que lo leyera yo mismo. Así lo hice, de forma tan atropellada que tuve que verme obligado a volver atrás en varias ocasiones, dado que en mi precipitación me había llegado a saltar párrafos enteros... sintiéndome cada vez más perplejo.

-No puede ser... -repetí una y otra vez como un autómatas- No puede ser...

Porque la historia, efectivamente, había cambiado, pero no en el sentido que nosotros esperábamos.

Según el libro, ese mismo libro que habíamos estado ojeando tan sólo unos minutos antes, la batalla de Adrianópolis se había desarrollado de una manera muy diferente a la que yo recordaba. El emperador Valente, aunque en su precipitación no había aguardado a la llegada de las tropas de refuerzo que traía Graciano, había utilizado las dos novedades

recién incorporadas a su ejército, los estribos para las monturas y las ballestas en sustitución de los antiguos arcos.

Estas innovaciones bélicas, y en especial la segunda, habían sembrado el caos entre los visigodos, que a punto estuvieron de huir en desbandada ante el feroz ataque romano; pero cuando la batalla estaba prácticamente ganada por los imperiales, ocurrió algo inesperado que provocó un vuelco total en la situación

Desde el interior del campamento enemigo, en el cual habían buscado refugio todos los aterrorizados supervivientes que no habían conseguido huir campo a través de la furia desatada de los soldados imperiales, comenzaron a manar unos extraños surtidores de una materia oscura, maloliente y pegajosa que pocos minutos después había dejado embadurnados de pies a cabeza a los sorprendidos romanos... los cuales en principio no le dieron mayor importancia enardecidos como estaban ante la inminencia de la victoria.

No sabían cuan equivocados estaban. La sorpresa inicial tardó poco en dar paso al espanto cuando unas flechas incendiarias certeramente lanzadas los convirtieron en un espeluznante conjunto de teas humanas que corrían despavoridos entre alaridos de dolor antes de caer, inmóviles, transformados en unos macabros tizones. El pánico y la confusión hicieron el resto, ya que fueron las propias víctimas de ese fuego abrasador quienes incendiaban a su vez a sus compañeros, propagándose el incendio de una forma tan voraz como incontrolada a todo lo ancho de las huestes romanas.

Finalmente serían los godos quienes se alzarán con tan sorprendente victoria, mientras el orgulloso ejército romano se veía diezmado perdiendo la vida, en mitad del caos, el propio emperador Valente, cuyo trono ocuparía poco después el general hispano Teodosio, elevado a la púrpura imperial por Graciano, el emperador de Occidente.

-No puede ser... -era Juan quien ahora repetía una y otra vez mis anteriores palabras- No puede ser...

-Pues según todas las apariencias, así fue. -sancioné yo, repentinamente calmado- Tú querías cambiar la historia, y la historia ha sido cambiada.

-¡Pero no así, demonios! -estalló iracundo- ¡Valente tenía que haber ganado la batalla! ¡Y sin embargo la perdió!

-De diferente manera, al parecer. -apunté con suavidad- Esa especie de napalm que usaron los godos no me suena que fuera muy de la época...

-Desde luego que no... -¡Trae! -gritó al tiempo que me arrebató el libro de las manos- Aquí lo llaman *fuego godo*, -leyó- y dicen que fue una auténtica revolución en los campos de batalla de la época... hum... y que una vez generalizado su uso como arma tras convertirse los visigodos en federados de Roma... hum... su aplicación masiva en las

batallas de mediados del siglo V... hum... pese a lo cual no se pudo evitar el colapso definitivo en el año 476.

-*Fuego godo...* -repetí pensativo- no me suena en absoluto... pero sí algo parecido. ¿Fuego griego, quizás?

-¡Tú lo has dicho! -exclamó Juan presa de una honda excitación- El fuego griego fue una de las armas más eficaces de los bizantinos, los cuales lograron mantener a raya a sus enemigos durante varios siglos gracias al monopolio de su fórmula secreta.

-Pero si no recuerdo mal, eso debió de ser bien entrada ya la Edad Media, no en el siglo IV... -objeté.

-En efecto. Se atribuye su invención a un sirio refugiado en Constantinopla tras la conquista árabe de los hasta entonces territorios cristianos de Siria, Palestina, Egipto y el norte de África, y dicen las crónicas, mejor dicho decían, -se corrigió- que gracias a ese revolucionario invento los bizantinos lograron desbaratar un feroz ataque árabe en el año 673...

-Eso fue justo tres siglos después de Adrianópolis. -le interrumpí.

-Sí, aquí hay algo que no encaja. -reconoció- Aparentemente, parece como si los cambios provocados por mi intervención hubieran sido contrarrestados de alguna manera que no consigo comprender.

-El caso es que ya no tenemos un anacronismo metido por medio, sino dos, y eso sin contar con los estribos... esto cada vez empieza a ponerse más interesante. -rematé en tono jocoso.

-No creo que sea para tomárselo a guasa. -me recriminó mi amigo- Aquí han pasado una serie de cosas lo suficientemente graves como para que sea conveniente averiguar sus causas.

-Pues adelante... ¿cómo lo piensas hacer?

-De momento, consultando un buen puñado de libros; por suerte mi memoria es buena, y la historia siempre me interesó lo suficiente como para convertirla en una de mis lecturas favoritas. Confío en poder establecer comparaciones entre lo que yo recuerdo y lo que está escrito ahora, para de allí sacar conclusiones.

-¿Y luego?

-Ya veremos.

* * *

Pasaron un par de semanas durante las cuales casi conseguí olvidarme del tema. Aparentemente, y no tan aparentemente, la vida seguía igual que siempre, sin que los juguetes de Juan parecieran haber provocado la menor perturbación en la vida cotidiana... al menos, en lo que al siglo XXI se refería.

Confieso que no pude evitar la tentación de husmear en los libros de historia, pero al ser mis conocimientos de esta disciplina tan sólo muy generales, en la práctica nada pude sacar en claro del asunto. En realidad poco me importaba que lo ocurrido hacía más de mil seiscientos años hubiera trastocado en mayor o menor medida la vida de la pobre gente de entonces, si sus consecuencias no me salpicaban a mí.

Así pues, yo vivía tranquilo hasta que me llamó Juan en tono apremiante. A mí, la verdad, me apetecía bien poco volver a jugar a hacedor de mundos, pero cuando mi amigo quería ponerse pesado sabía ponerse pesado... así pues, acabé rindiéndome a sus cantos de sirena a sabiendas de que poco bueno iba a poder sacar de ello.

Cuando llegué a su casa, descubrí que su semblante era inusualmente serio, aunque pese a ello se le veía bastante animado.

-Creo haber encontrado la solución del problema. -me espetó a guisa de saludo.

Entonces comenzó a explicármelo todo. Durante esos días había desarrollado una frenética actividad devorando literalmente todo tipo de libros de historia, así como multitud de páginas de internet. Y, a diferencia de mi humilde persona, el cerebro de Juan era poco menos que una biblioteca con patas, no sólo en lo referente a temas científicos, sino asimismo en otras disciplinas humanísticas tales como la historia... ya advertí, antes de empezar, que era un verdadero genio.

Comparando la historia original -laque conservaba ahora archivada en su memoria- con la modificada, había podido establecer unas pautas generales de lo ocurrido.

-¡Es extraordinario! -exclamaba, a pesar de su evidente despecho por el fracaso de sus meticulosos planes- Resulta que a mi acción se opuso una reacción, salida de vete a saber donde, que hizo todo lo posible por neutralizarla... de una manera hartamente eficaz, todo hay que decirlo.

-En ese caso, para este viaje no habían hecho falta alforjas. -aventuré.

-¡Ya estás otra vez con tus manías! -explotó- Que hayamos llegado a la misma meta por distinto camino no quiere decir en modo alguno que todo haya sido igual; ni mucho menos. Importan, y mucho, estos cambios de itinerario, aunque a ti no te lo parezca.

-Pero Valente volvió a morir en Adrianópolis, Teodosio y sus descendientes reinaron de idéntica manera, y el imperio siguió yéndose al cuerno en el famoso año 476... -protesté-

¿Dónde demonios está la diferencia? ¿Acaso los bárbaros no arrasaron el orbe romano? ¿Acaso no siguieron varios siglos de oscurantismo? ¿Acaso no hubo que esperar casi mil años para que la civilización occidental pudiera volver a remontar?

-¡Pero qué cazurro eres! -me espetó.

Y sin dejarme siquiera defenderme, continuó:

-Valente fue derrotado y muerto en Adrianópolis, eso es cierto, como cierto es también que durante un siglo los visigodos infiltrados en el territorio del imperio fueron lo más parecido a un cáncer que corroyó los viejos cimientos de la civilización romana. Pero no menos cierto es también que la batalla se desarrolló de una manera completamente distinta gracias a mi intervención y a ese ¡hum! inesperado contrapeso que chafó mis planes, ya que en ella se emplearon unas armas que, en condiciones normales, no deberían haber sido inventadas hasta varios siglos más tarde... y que, según he podido averiguar, se siguieron utilizando con posterioridad a Adrianópolis como si nada hubiera pasado.

-¿Y?

-Pregúntale a un romano, o a un bárbaro del siglo V, si su vida no se vio afectada, respecto al plan original, por estos cambios; puede que Roma siguiera cayendo en el 476, pero las circunstancias en que lo hizo fueron completamente distintas.

-Tanto me da. -porfié- Si en la práctica todos estos cambios se fueron amortiguando hasta desvanecerse por completo mucho antes de nuestra época, puesto que resultan inapreciables ahora, ¿qué nos importa a nosotros lo que le pudiera haber sucedido a un campesino italiano, galo o hispano de hace mil quinientos años?

-A efectos prácticos, por supuesto que nada. -concedió a regañadientes, profundamente irritado por mi pragmatismo- Pero como objeto de estudio para calibrar la validez de mis teorías y la efectividad de mi aparato, huelga decir que mucho. ¿Cómo quieres que pretenda volver a intentarlo sin antes conocer lo que pueda suceder? Reconozco que la primera vez actué bastante a ciegas, pero éste fue un error que no quisiera volver a repetir.

-¿Pretendes repetir tus experimentos? -exclamé horrorizado- ¿Acaso no tuviste bastante con la historia de las ballestas?

Su respuesta fue una beatífica sonrisa que dejaba bien a las claras sus intenciones.

-¡Ah, no, eso sí que no! -aullé- Conmigo no cuentas. Ni hablar. Tú te puedes dedicar a tus locuras, pero a mí no me lías otra vez ni borracho...

Huelga decir que, un par de horas más tarde, y muy a mi pesar, ya me había convencido... como ocurría siempre.

Al igual que ocurriera en el caso anterior, Juan tenía ya todo dispuesto a falta tan sólo de *apretar el botón* de nuevo. Por lo tanto, el único papel que me tenía reservado una vez más era el de mudo invitado de piedra, dejando bien claro que no admitiría objeción alguna sobre su plan. Eso sí, al menos tuvo la deferencia de explicarme antes sus planes a sabiendas de que, con toda probabilidad, discreparía de ellos.

-En esencia -explicó- se trata de dar un nuevo empujón a la historia, con objeto de que pueda salir del bloqueo al que el dichoso fuego griego, o godo, sometió al asunto de las ballestas...

-Para lo cual regalarás a los romanos un nuevo *invento* de los tuyos. -le interrumpí- ¿Qué barbaridad se te ha ocurrido ahora?

-Te voy a responder con una pregunta. -continuó impertérrito, haciendo caso omiso a mi pulla- ¿Sabes qué fue lo que dejó obsoletos a las ballestas y al dichoso fuego griego, tanto en la historia original como en la actual?

-Pues la verdad, no caigo.

-La pólvora. O mejor dicho, las armas de fuego.

-No me irás a decir que...

-En efecto. Los soldados de Valente dispondrán de armas de fuego para combatir a sus enemigos godos, y espero que esta vez puedan despacharlos a conciencia.

-O sea, -protesté, recalcando las palabras- que el otro día te burlaste de mí cuando hice esa misma sugerencia, y ahora me vienes con estas...

-Primero, no lo dijiste en serio. -eso era verdad- Y segundo, entonces confiaba en que fuera suficiente con un anacronismo de menor calibre. Por desgracia no ha sido así, por lo que ahora es preciso recurrir a una artillería de mayor calibre. -rió su propio chiste.

-Oye, Juan, -realmente comenzaba a preocuparme- ¿no te estarás pasando de rosca? Estamos hablando de un salto de más de mil años...

-No tanto. -puntualizó- Pero le anda cerca. La pólvora se conoció en Europa hacia mediados del siglo XIII, aunque los árabes y los chinos llevaban ya bastante tiempo utilizándola.

-Si no recuerdo mal, -porfié- el uso de las armas de fuego no se generalizó hasta bastante después...

-Bueno, ya hay noticias de su uso a lo largo del siglo XIV, pero se puede decir que las armas de fuego pasaron a ser habituales en los arsenales europeos a lo largo del siglo XV,

sobre todo en conflictos como las fases finales de la Guerra de los Cien Años y, más adelante, en el sitio de Constantinopla, donde los turcos hicieron un uso profuso de la artillería para abatir unas murallas que durante mil años habían sido inexpugnables, o en guerras como la de Granada o las que tuvieron lugar en la península italiana durante el Renacimiento.

-Tanto me da. Siglo arriba o siglo abajo, vas a meterte, y a meternos, en un berenjenal de mucho cuidado. Porque a diferencia de las ballestas o el fuego griego, ambos invenciones medievales que acabaron desapareciendo con el tiempo, las armas de fuego no hicieron sino evolucionar de forma ininterrumpida hasta nuestros días, haciéndose cada vez más mortíferas. Lamento tener que ejercer de Casandra, pero no que queda otro remedio; mucho me temo que, dados los precedentes históricos, con lo que pretendes hacer adelantando en un milenio su descubrimiento acabarás abriendo la caja de Pandora, lo cual -suspiré- podría acarrear consecuencias inimaginables.

Juan me miró de hito en hito sin decir palabra, pero sus ojos transmitían su pensamiento de forma harto transparente. “¿Y tú qué sabes, cretino?”, era el mensaje. Yo no estaba dispuesto a dar mi brazo a torcer, pero poco podría hacer por impedirlo salvo que recurriera a la violencia física, algo que ni se me pasaba por la imaginación y que además no habría servido probablemente para nada, ya que su envergadura y su fuerza eran muy superiores a las mías.

Porque Juan, esto era algo que resultaba evidente, no estaba dispuesto en modo alguno a dar marcha atrás en su locura.

-Está bien. -suspiré con resignación- Haz lo que quieras; te conozco lo suficiente como para saber que eres terco como una mula, y que ni un batallón de legionarios armados sería capaz de detenerte en tu empeño. Adelante; pero conmigo no cuentes, salvo en mi involuntaria condición de espectador forzoso.

-No esperaba otra cosa de ti. -respondió mordaz- Y no te preocupes, que esto no te va a doler nada.

Y sin la menor solución de continuidad, tecleó en el ordenador su particular *abracadabra*.

Esta vez me consta que no llegué a cerrar los ojos, lo que me permitió captar -aunque quizá fuera tan sólo fruto de mi excitada imaginación- un fugaz y levísimo titilar del entorno que me rodeaba, algo así como parpadeo que apenas si duró un instante antes de desaparecer dejando paso a la prosaica realidad.

-¿Y bien? -se burló Juan.

-Eso digo yo. -musité con un hilo de voz- ¿Se supone que esta vez debería haber cambiado algo?

Acompañé la pregunta con un gesto teatral abarcando con la mano todo el despacho, que por segunda vez no parecía haber experimentado la menor modificación.

Abreviaré ahora, para no alargar el relato más de lo conveniente: tampoco ahora se podían apreciar transformaciones de ningún tipo ni en internet -como tuvo ocasión de comprobar-, ni en la vecina calle ni en nosotros mismos. Según todos los indicios, Juan había vuelto a fracasar de nuevo.

Este hecho, como cabía esperar, le puso de muy mal humor. Pero como ahora ya contábamos con la experiencia de la vez anterior no perdimos tiempo yendo directamente al grano, es decir, el baqueteado libro donde se narraba en detalle la historia de la decadencia y caída del imperio romano.

Esta vez no nos sorprendió que, a diferencia del presente, el pasado hubiera cambiado de nuevo. En esta ocasión los soldados de Valente habían atacado a los visigodos con fuego de artillería usando unas bombardas similares a las utilizadas durante la Guerra de los Cien años, toscas pero no por ello carentes de eficacia; al menos en esto Juan había sido razonablemente comedido. Para el caso con esto bastaba, ya que hasta para un lego en temas históricos como yo resultaba evidente que de poco hubieran servido los imponentes cañones de bronce con los que el sultán turco Mehmet II había logrado conquistar Constantinopla en 1453; al fin y al cabo los godos se protegían no bajo gruesas murallas con una bien merecida fama de inexpugnables, sino tras un endeble círculo de carromatos.

En un principio la recién creada artillería imperial había causado auténticos estragos entre los despavoridos bárbaros pese a que sus proyectiles eran meros bloques de piedra, pero cuando la situación de los sitiados comenzaba a ser desesperada y los ballesteros romanos aprestaban ya sus armas para abatir como conejos a los fugitivos, de repente...

Sí, había ocurrido de nuevo; un factor inesperado, y de todo punto indeseado por Juan, había hecho su aparición deteniendo el arrollador empuje del ejército de Valente. En esta ocasión no había sido el fuego griego, o como quiera que se le denominara ahora, sino una cerrada descarga de fusilería que masacró en un abrir y cerrar de ojos a la flor y nata de la infantería y la caballería romanas sembrando el pánico entre los supervivientes, que iniciaron una desenfundada huida perseguidos por la implacable caballería goda.

Una vez más Valente había perdido la batalla y la vida mientras los visigodos, provistos de unos mortíferos arcabuces, sembraban el caos allá por donde pasaban. Aunque los romanos, así como el resto de las naciones europeas de la época, no tardaron en adoptar las nuevas armas de fuego en sustitución de las repentinamente obsoletas ballestas, esto no frenó su decadencia bajo la dinastía teodosiana, ni el colapso definitivo del Imperio de

Occidente en el fatídico año de 476. A estos acontecimientos siguieron largos siglos oscuros bajo el predominio de los incipientes reinos bárbaros primero, y del feudalismo más tarde.

Hasta donde yo recordaba la evolución histórica de este ¿nuevo? mundo no se había desviado de la del original, sin mayor diferencia que el uso generalizado de armas de fuego por parte de todos los ejércitos -incluyendo los árabes a partir del siglo VII- durante toda la Edad Media, con un equilibrio de fuerzas similar al existente antes de la aparición, por obra y gracia de mi amigo Juan, de las mismas. En realidad los avances tecnológicos dentro del campo armamentístico habían sido mínimos, por no decir inexistentes, desde la batalla de Adrianópolis hasta el siglo XV, a partir del cual su evolución resultó ser no ya similar, sino virtualmente idéntica, a la del mundo que sólo Juan y yo recordábamos.

-Bueno, -me atreví a proponerle varios días más tarde cuando, mejor o peor, había logrado salir de su estupor inicial- supongo que a partir de ahora te estarás quietecito y dejarás de jugar con la historia...

-¿Qué te hace pensar eso? -gruñó desabrido- Esos... quienes quiera que sean, no van a salirse con la suya. Estoy empeñado en hacer que los romanos venzan a los bárbaros, y lo voy a conseguir pese a quien pese.

-Pero Juan, ¿acaso no eres consciente de que tu obcecación no conduce a ninguna parte? Por la razón que sea, ahí afuera hay algo que se opone tenazmente a cualquier intento de modificar el discurrir de los acontecimientos, algo muy superior a tus fuerzas. Así pues, ¿para qué seguir con ese empeño de darte cabezazos contra la pared? Olvídate de ello, deja a la historia tranquila y dedícate a otras cosas más provechosas.

-¡No! -más que un grito fue un aullido- No podrán conmigo. No mientras me quede algo de fuerza en el cuerpo.

-Pues tendrás que apañártelas tú solo, porque yo ya estoy completamente harto y no quiero volver a saber nada de tus locuras.

Y me marché dando un portazo.

* * *

En esta ocasión sí cumplí mi promesa, principalmente porque Juan no hizo el menor intento de volverme a llamar. Así pues intenté desentenderme por completo del tema, pese a lo cual no pude evitar, apenas unos días después, encaminarme a una librería interesándome por el libro que me había enseñado Juan.

Pese al inicial pinchazo en hueso -el libro estaba agotado y descatalogado desde hacía varios años- conseguí encontrarlo en internet, a un precio que me habría escandalizado tan

sólo unas semanas antes; pero las circunstancias habían cambiado de forma radical, así que lo compré y una semana más tarde ya lo tenía en mis manos.

Lo primero que hice, huelga decirlo, fue abrirlo por el capítulo que narraba la sempiterna batalla de Adrianópolis, leyendo con avidez su desenlace para descubrir que Juan había vuelto a enredar: ahora los romanos habían atacado a los godos con artillería y armas de fuego similares a las utilizadas en la Guerra de los Treinta Años, en pleno siglo XVII, a las cuales los bárbaros habían plantado frente con un arsenal que no hubiera desdeñado el mismísimo Napoleón. Huelga decir que los imperiales fueron derrotados, Valente perdió la vida en la batalla, etcétera, etcétera.

Y la vida en el siglo XXI, mientras tanto, seguía exactamente igual que siempre... ¿hasta cuándo?

Porque yo tenía miedo. Juan había demostrado ser un irresponsable capaz de poner patas arriba al mundo con tal de satisfacer su empeño, y aunque hasta el momento todo parecía indicar que por suerte no había conseguido alterar el presente, sí lo había hecho con el pasado, jugando con la vida y la muerte de millones de personas inocentes a lo largo de varios siglos.

Lo peor de todo era, no obstante, que sus sucesivos ensayos provocaban unas alteraciones cada vez más profundas en el curso de la historia, que asimismo tardaban cada vez más en ser compensadas, por lo cual el margen de tiempo que discurría entre el final de ellas y la época actual se iba reduciendo cada vez más. ¿Cedería alguna vez en su obcecación? conociéndole como le conocía lo dudaba, de ahí mis temores.

Más de una vez estuve tentado de denunciarle a las autoridades, pero nunca llegué a hacerlo... además de que en mi fuero interno tal iniciativa me repugnaba, en el fondo tenía el convencimiento de que no sería creído, por lo cual de poco serviría mi traición... aparte de que, como de sobra sabía, Juan contaba con medios sobrados para adelantarse a cualquier iniciativa que intentara detenerlo o, cuando menos, aislarlo, pudiéndose conseguir tan sólo acelerar la catástrofe.

Así pues, me resigné a esperar.

Pero la inquietud me corroía. Todos los días, en ocasiones incluso varias veces al día, no podía evitar la tentación de abrir el fatídico libro siempre por la página de Adrianópolis... para comprobar, aliviado, que no había surgido ningún nuevo cambio. Mientras tanto, seguía sin tener ningún tipo de noticias de Juan.

Hasta que una mañana, cuando comenzaba a alentar ya la esperanza de que mi amigo hubiera desistido de su demencial empeño, ocurrió de nuevo. En esta ocasión los combatientes habían empleado fusiles de repetición y cañones de acero que disparaban proyectiles explosivos y no simples balas, es decir, tecnología bélica contemporánea de la

Guerra de Secesión norteamericana o de la franco prusiana... sin que tampoco en esta ocasión los romanos consiguieran vencer a sus tenaces enemigos.

Por fortuna el presente, que en el fondo era lo que de verdad me preocupaba, parecía seguir manteniéndose incólume... al menos eso me parecía, nada seguro como estaba a estas alturas de que fuera cierta la afirmación de Juan sobre lo de mantenerme al margen de los vaivenes de la ajetreada historia, al ser conocedor a priori de los mismos. Al fin y al cabo, si mis recuerdos se veían alterados de manera análoga a la de las crónicas, ¿cómo sería capaz de saberlo?

Pero sí sabía que en un principio ambos rivales se habían enfrentado tan sólo con armas blancas conforme al desarrollo tecnológico de la época, y no con el equivalente a la segunda mitad del siglo XIX. Así pues, algo de razón debía de tener, mal que me pesara.

Por otro lado, la cosa no dejaba de ser chusca: en su desaforada fuga hacia adelante Juan se había atrevido a burlar una y otra vez la historia, dando saltos de hasta quince siglos en un empeño fuera ya de toda medida por cambiar a toda costa la historia; o, mejor dicho, por modificar un presente que no le gustaba. Porque el pasado sí lo había alterado, consiguiendo que las batallas de la antigüedad y todas las posteriores se librasen a golpe de armas inventadas a finales del siglo XIX. Desde luego valor no le faltaba... ni insensatez tampoco.

¿Dije finales del siglo XIX? Eso duró poco. Tras su última vuelta de tuerca, y cada vez el tiempo transcurrido entre cambio y cambio se hacía menor, éstas se transmutaron en las correspondientes a la I Guerra Mundial. Ya no se trataba tan sólo de armas de fuego, incluyendo ametralladoras, granadas, morteros o las cada vez más potentes piezas de artillería, sino también de artefactos tan fuera de lugar en el siglo IV como vehículos de motor, tanques, dirigibles e incluso aviones... sin faltar tampoco algún intento de gasear a las tropas enemigas con fosgeno o iperita, en esto último los historiadores no se ponían muy de acuerdo.

¿Se imaginan ustedes a un rudo guerrero germano tripulando un carro de combate, o a un sobrio legionario romano a los mandos de un triplano similar al Fokker del Barón Rojo? Pues por delirante que pueda parecer en esta nueva realidad esto había ocurrido, y de ello se hacían eco los libros de historia más serios.

Mientras tanto, Valente seguía siendo derrotado y muerto, al parecer esto era lo único que no cambiaba en un proceso que cada vez me recordaba más a la paradoja de Aquiles y la tortuga que hiciera famosa, ya en el siglo V antes de Cristo, el filósofo griego Zenón de Elea, con un Aquiles -en este caso mi amigo Juan- corriendo frenético tras la tortuga de la historia sin ser capaz jamás de alcanzarla.

Así pues, era de temer que la pesadilla continuara sin alcanzar su fin; y en efecto, así fue.

Del armamento de la I Guerra Mundial se pasó casi sin solución de continuidad al de la II Guerra Mundial, de ahí al de la de Corea -con helicópteros y reactores incluidos-, y del de la de Corea al de los numerosos conflictos armados que sacudieron al mundo durante las últimas décadas del siglo XX y los primeros años del XXI. Los romanos utilizaban ahora helicópteros artillados mientras su aviación daba cobertura a las tropas de asalto mecanizadas, mientras los asediados godos se defendían con un nutrido fuego de mortíferos misiles tierra-aire que diezmaban las filas atacantes. Por fortuna la batalla tenía lugar lejos de la costa, ya que de haber sido junto al mar no me hubiera extrañado ver aparecer submarinos nucleares, fragatas o portaaviones.

Y Valente seguía sin poder ganar la batalla...

Puesto que a estas alturas Juan ya había recurrido a los últimos avances de la tecnología militar, salvo en el improbable caso de que intentara echar mano también de los fantasiosos artilugios salidos de la siempre fértil imaginación de los escritores de ciencia ficción, tan sólo le debía de quedar ya un único as en la manga a modo de espectacular traca final: el armamento nuclear.

Me fui a la cama temblando de pensar que la primera guerra atómica de la historia de la humanidad pudiera haber tenido lugar más de mil seiscientos años antes de que yo naciera.

* * *

A la mañana siguiente era sábado, por lo cual no madrugué. A falta del odiado despertador, fue el fragor del tráfico el que me despertó arrancándome de una vívida pesadilla en la que me veía perseguido por unos enemigos indeterminados, de los cuales huía despavorido atravesando unas tierras baldías achicharradas por una explosión atómica. En mi desenfadada y ciega carrera tropezaba con algo que no había visto, descubriendo con horror al incorporarme del suelo que se trataba del cuerpo momificado de Juan, cuya monda calavera me saludaba con una macabra sonrisa.

Sobresaltado y sudoroso di un respingo en la cama, descubriendo con alivio que lo que en sueños había tomado por explosiones era tan sólo el retemblor producido por un camión de reparto cuyo conductor había tenido la feliz idea de aparcarlo sin apagar el motor justo debajo de mi ventana... nada de esqueletos, nada de tierra calcinada, nada de espantos persiguiéndome; sólo yo, en mi cama, sumido en la semipenumbra del dormitorio apenas rasgada por unos débiles rayos de luz que se colaban por los resquicios de la persiana... y los malditos ruidos que venían de fuera.

Ahora, por si fuera poco, algún conductor impaciente se había empeñado en regalarme los oídos con un recital de claxon *allegro vivace*... bienvenido a la prosaica realidad cotidiana.

Bueno, aparentemente las cosas seguían sin cambiar, lo cual, dadas las circunstancias, no dejaba de ser un alivio. Así pues me levanté -se me habían quitado las ganas de haraganear un rato entre las sábanas, tal como solía hacer los fines de semana-, cumplí con el ritual cotidiano del aseo y el desayuno, me asomé a la ventana -el caos habitual- y, tras encender el ordenador, cargué el navegador para consultar las noticias del día en la versión digital de mi periódico favorito. Todo parecía seguir en orden, con su cuota habitual de conflictos nacionales e internacionales, broncas políticas, delitos de diferente laya, memeces varias, los inevitables deportes...

Pero eso no era suficiente. Puesto que ya estaba metido en internet, cargué el buscador y tecleé la palabra maldita: Adrianópolis.

Realmente no puedo decir qué era con lo que esperaba encontrarme después de lo del día anterior, pero lo que leí en la pantalla me dejó todavía más atónito: nada de tecnologías vanguardistas para la época, nada de armas de fuego, nada de ballestas ni de fuego griego, nada en definitiva que hubiera podido estar fuera de lugar a finales del siglo IV después de Cristo; la batalla de Adrianópolis, donde se había jugado -y perdido- el futuro del imperio romano se había saldado como Dios manda, a golpe de espadas, lanzas, flechas, escudos y caballos... sin estribos siquiera las monturas de estos últimos, al menos por el lado romano.

Perplejo, busqué en otras entradas diferentes cada vez con mayor nerviosismo; no podía ser, ayer mismo me había encontrado con aviones supersónicos, bombas inteligentes y cosas por el estilo...

Reparé entonces en el manoseado libro, que había dejado tirado de forma descuidada sobre el sofá; lo abrí y constaté, una vez más, que la historia parecía haber vuelto a la normalidad de una manera tan brusca como en su momento se había desviado de ella.

Esto era un alivio, por supuesto, pero no por ello dejaba de intrigarme. ¿Qué disparate habría hecho ahora el cazurro de Juan? Dados los precedentes, me podía temer cualquier cosa.

Movido por un repentino impulso, descolgué el teléfono y marqué su número, encontrándome a modo de respuesta con una irritante grabación que me informaba de que ese número no existía. Pensando que pudiera haberme equivocado, volví a teclear las cifras con cuidado, obteniendo idéntico resultado.

Esto ya empezaba a ser raro. Así pues lo intenté ahora con el móvil, a sabiendas de que Juan, en su despiste, solía tenerlo apagado a menudo; pero la respuesta que recibí en esta

ocasión no fue el consabido mensaje de “*el número marcado se encuentra apagado o fuera de cobertura*”, sino de nuevo la indicación de que éste tampoco existía.

El asunto comenzaba a preocuparme. Me vestí apresurado y salí de casa encaminándome a la de Juan; aunque ésta no se encontraba demasiado lejos de mi domicilio, y de hecho solía ir hasta allí dando un paseo, tal era el apremio que sentía que, cosa insólita en mí, me apresuré a coger un taxi.

Juan tampoco respondió a mis apremiantes llamadas al portero automático; en su lugar lo hizo un tipo malhumorado que en tono desabrido afirmó no conocer a nadie de ese nombre antes de colgarme. Gracias a la amabilidad de otro vecino logré que me abrieran la puerta del portal, para llevarme una nueva sorpresa al descubrir que el nombre que figuraba en el buzón no era el de mi amigo sino el de un completo desconocido, propiedad sin duda del energúmeno que acababa de graznarme.

Volví a mi casa completamente desorientado, en esta ocasión andando. Según todas las apariencias las aguas habían vuelto a su primitivo cauce -incluso las históricas- excepción hecha de que Juan parecía haberse esfumado.

Por supuesto disponía de otros medios para seguirle el rastro. Llamé a un amigo común al que hacía tiempo no veía, y le propuse tomarnos unas cervezas -era ya mediada la mañana- en un bar al que tiempo atrás nos gustaba ir. Aunque sorprendido por lo inopinado de la cita tras meses sin haber sabido nada de mí, mi amigo aceptó. Media hora después, sentados ante una mesa y entre cañas y platos de aperitivos, tras las banalidades de rigor dejé caer de forma aparentemente casual mi extrañeza por no tener noticias desde hacía tiempo de Juan.

La reacción de mi interlocutor fue de sorpresa, preguntándome quién era ese Juan. Repetí el nombre completándolo con sus poco frecuentes apellidos, con lo cual lo único que conseguí fue que mi amigo se sorprendiera todavía más insistiendo en que jamás había conocido a nadie que se llamara así. Prudentemente decidí replegar velas cambiando de tema, explicándole a modo de excusa que le había confundido con un compañero de trabajo que sí le conocía; aunque a juzgar por su semblante no se tragó la bola, al menos lo dejó pasar sin mayor insistencia.

A mediodía, ya de vuelta en casa, procedí a recapitular.

Sabía, por supuesto, la manera de seguirle el rastro, algo que en su caso resultaba bastante fácil debido a lo rutinario de sus hábitos. Por esta razón, conocía a varias personas que acostumbraban a tratar de forma cotidiana con él; no demasiadas a causa de su misantropía, pero sí las suficientes para lo que yo me proponía. Al fin y al cabo, por muy hurón que se pueda llegar a ser nadie puede permitirse el lujo de vivir completamente aislado.

Así pues, comencé a ejercer de sabueso... para mi sorpresa, con idénticos resultados a los obtenidos en mi anterior intento; aparentemente, nadie conocía a Juan.

La cajera del supermercado donde hacía la compra; el peluquero con el que solía bromear acerca de la conveniencia de cobrar menos a los calvos como él; la asistenta que evitaba que su casa acabara convirtiéndose en algo parecido a la guarida de un oso; el quiosquero al que le compraba el periódico todas las mañanas; el camarero del bar donde acudía a desayunar...

Todos, absolutamente todos, coincidían en afirmar que jamás había conocido a semejante persona, pese a que yo sabía a ciencia cierta que en todos los casos llevaban años tratando con él. Esto descartaba la posibilidad de que alguien estuviera mintiendo, dado que no se conocían entre sí, y desde luego descarté por disparatada la posibilidad de una conspiración en la que todos ellos estuvieran involucrados.

Sin embargo el mazazo definitivo no vino de fuera, sino de mi propia casa. Tras recordar que conservaba en mi biblioteca un libro anotado de puño y letra por él, procedí a buscarlo, algo que no me resultó nada fácil dado que llevaba años arrinconado en el fondo de una de mis caóticas estanterías.

Se trataba de un libro de divulgación científica en edición barata, una de esas que en su día regalaban con las revistas. No recuerdo cómo llegó a mis manos, pero sí que Juan me encontró un día hojeándolo y, tras montar en cólera -en estos temas podía llegar a ser un auténtico talibán- al verme leyendo esa bazofia (sic), me lo arrebató para empezar a garabatear en él, por supuesto sin mi permiso, una serie de censuras y correcciones a lo que él definía como graves errores científicos.

Finalmente conseguí convencerlo para que lo dejara, ya que yo no tenía mayor interés en lo que decía y sólo le estaba echando un vistazo por curiosidad; así pues, el libro de marras acabó arrinconado con varias tachaduras y enmiendas de Juan.

Enmiendas que, según pude comprobar, habían desaparecido tal como si nunca hubieran existido. Y el libro era el mismo, de eso no me cabía la menor duda, no sólo porque jamás había llegado a salir de mi casa, sino también porque al quitarle el precinto de celofán se había desgarrado la portada, quedando ésta marcada con un costurón característico que seguía estando allí... aunque las anotaciones de Juan no.

En realidad, y a estas alturas, esto no debería sorprenderme; había visto con mis propios ojos cómo cambiaban los libros de historia en varias ocasiones, así que desapareciera ahora un breve texto manuscrito de mi amigo no dejaba de ser un tema menor.

El problema era que, a diferencia de todo lo anterior, los cambios sí afectaban ahora al presente y, todavía peor, a mi propia esfera personal. Que le cambiara la vida a un

campesino galo, del siglo V me preocupaba muy poco, pero que lo hiciera la mía era ya asunto de otro costal.

Todavía hice un último intento consultando los censos municipales. Juan no tenía familia, era hijo único y sus padres habían muerto hacía tiempo, pero tanto él como ellos habían nacido y vivido en la ciudad, luego deberían figurar allí. Y en efecto, encontré a sus padres, pero no a él. Una visita posterior al registro civil me confirmó lo que los censos me habían indicado: en la nueva realidad sus padres no llegaron a tener ningún hijo. En cuanto a las empresas que habían sido de su propiedad, aunque éstas seguían existiendo y conservaban el nombre -derivado de su apellido- que les pusiera su padre, ahora figuraban en el registro mercantil como propiedad desde hacía muchos años de una multinacional, que era la que las gestionaba.

Mi amigo, pues, no había llegado a existir.

¿Cómo podía ser que una persona a la que conocía desde hacía más de treinta años se desvaneciera en la nada? Desde luego, daba por sentado que no podía ser consecuencia directa de las manipulaciones de Juan, ya que nada en su comportamiento había dado a entender un posible deseo de *suicidarse* de una manera tan extraña; al contrario, lo que irritaba sobremanera a Juan era no poder vivir en esa sociedad que él imaginaba mucho mejor que la real, de ahí sus denodados intentos por cambiarla y disfrutar de ella.

¿O quizá su desaparición podría haber sido consecuencia, aunque no deliberada, de ello?

Desde entonces han pasado varios años, durante los cuales no he parado de reflexionar. Que Juan había descubierto la manera de manipular la historia era algo evidente, como evidente era también que todos sus intentos de hacerlo habían tropezado con una especie de misterioso freno capaz de neutralizarlos de forma eficaz... una especie de fuerza de reacción que, huelga decirlo, era la principal sospechosa de su desaparición.

Pero, ¿de quién podía tratarse? ¿Acaso de una fuerza ciega de la naturaleza, una especie de inercia cronológica similar a la de un giróscopo, que mantiene enhiesta una figura cuando la lógica indica que debería caer por su propio peso? O, por el contrario, ¿se trataría de un acto deliberado de alguien constituido en celoso guardián de la inmutabilidad del tiempo?

La lógica indica que debería de tratarse de lo primero, pero yo cada vez tiendo a inclinarme por lo segundo. Hace poco leí una antigua novela de Isaac Asimov titulada *El fin de la eternidad*, en la cual se relata la existencia de una especie de patrulla cronológica cuya misión sería la de velar por la estabilidad del tiempo corrigiendo y neutralizando toda posible desviación, espontánea o no, del mismo. Supongamos que esa patrulla existe; supongamos que descubrieron las intromisiones de Juan, y que decidieron neutralizarlas

primero recurriendo a sus propias armas -nunca mejor dicho- y posteriormente, viendo que éste, lejos de arrojarse ante los fracasos, cada vez intentaba provocar alteraciones más graves, haciéndole desaparecer, con lo cual desaparecía el foco inicial del problema.

Juan no existe, en realidad no ha llegado a existir nunca, y la historia nunca llegó a ser alterada aquel tórrido verano del año 378 de la era cristiana. Todo solucionado, todo... excepto yo. Sea por la razón que apuntara Juan, sea por cualquier otra, yo soy el único en todo el planeta que conoce, siquiera parcialmente, lo que ocurrió, y la grave crisis en la que podría haberse visto sumida nuestra civilización. Ciertamente, soy alguien inofensivo, no tendría la menor intención de proseguir los empeños de Juan aunque pudiera, y todos me tomarían por loco de hacer pública esta extraña historia fuera del marco de un relato de ciencia ficción... que es exactamente lo que estoy haciendo ahora.

Pero tengo miedo. Miedo de que vengan a por mí, miedo a que me ocurra lo mismo que a mi amigo, que simplemente me esfume en la nada. Quizá ellos no me consideren tan inofensivo. Quizá piensen que sea mejor, pese a todo, quitar de la escena al único testigo de lo ocurrido. Quizá...

EL RETRATO

Todavía hoy, más de veinte años después de ocurridos ¿o no? los hechos, sigo dudando sobre si existieron realmente o si, por el contrario, todo fue tan sólo fruto de mi imaginación... pero pese a que buscando mi tranquilidad mental he intentado convencerme una y otra vez de esto último, no he conseguido evitar que la duda me siga corroyendo; porque existen pruebas, pruebas tozudas empeñadas en resistir los embates de la razón y que, pese a todas las evidencias, siguen estando ahí, a la vista de todos los que conozcan las claves para entenderlas... o al menos, eso me parece.

Pero conviene empezar por el principio. Mi amistad con Luis databa de la época de la universidad, y ésta continuó -fue la única que mantuve con mis antiguos compañeros de clase- una vez licenciados pese a nuestros dispares niveles económicos, ya que yo había estudiado con beca mientras él provenía de una acaudalada familia propietaria de prósperos negocios industriales.

Luis era rico, muy rico. E idealista, muy idealista. De hecho, mientras yo me veía obligado a ganarme malamente la vida con trabajos poco agradables tales como el de domador de adolescentes descerebrados, él disponía de un excelente laboratorio particular en el que experimentar en busca de descubrimientos geniales... porque no se conformaba con menos, pese a la evidencia de que en los prosaicos tiempos que corrían un inventor al estilo de Edison no es ya que fuera improbable, es que resultaba de todo punto impensable. Pero él no se arredraba antes las evidencias.

Algún tiempo después de terminar la carrera le invité a tomar unas cervezas en una tasca de mi barrio, famosa por sus tapas y por lo dudoso de su higiene. Yo quería celebrar que había encontrado un trabajo algo más decente que todo lo que había “disfrutado” hasta entonces, y aunque él tenía dinero de sobra para haberme llevado al Ritz -de hecho me había invitado allí en varias ocasiones-, aceptó gustoso mi propuesta dado que las patatas de la casa no tenían parangón en toda la ciudad, ni tan siquiera en el Ritz.

Además, me dijo, había algo de lo que quería hablarme. Pero no fue en el bar, hubiera resultado imposible en mitad de semejante barullo, sino más tarde en el pequeño parquecito -poco más que una plaza ajardinada- que constituía las “zonas verdes” del barrio, desierto en esa desapacible tarde de noviembre. Yo protesté alegando que hacía frío y que sería mejor buscar una cafetería tranquila donde poder hablar a gusto y con calefacción, pero él insistió en que no quería mirones y que el parque era la mejor opción posible... así pues, transigí.

-Pablo; -me espetó a bocajarro- si tú dispusieras de una máquina del tiempo, ¿qué harías con ella?

-Yo... -la pregunta me había pillado completamente desprevenido- pues la verdad es que no lo sé, supongo que elegir un acontecimiento histórico importante e ir allí a conocerlo en persona...

-¿Sólo eso? -parecía decepcionado- ¿No aprovecharías para interactuar en beneficio propio?

-Bueno, ahora que lo dices, la verdad es que sí... -confesé aturullado- Bien pensado, podría ir unos días al futuro, ver el premio gordo de un sorteo de lotería jugoso, volver al presente y jugarlo... sería una forma sencilla de hacerme rico.

-¡No digas tonterías! -me recriminó con el desdén aristocrático de quienes el dinero nunca les ha supuesto un problema en su vida- Me esperaba más de ti.

¿Por qué? -gemí entre molesto y dolido- ¿Qué tendría eso de malo? ¿A quién perjudicaría?

-A nadie, por supuesto; porque eso sería de todo punto imposible. Nunca podrías viajar al futuro puesto que éste todavía no existe, se trataría de una imposibilidad metafísica.

-Está bien. -refunfuñé siguiéndole el juego- Podría intentar enmendar algún episodio histórico poco agradable, como por ejemplo...

-Viajar al antiguo imperio austrohúngaro a finales del siglo XIX y matar a Hitler cuando todavía era un niño. -me interrumpió- Lo siento, pero tampoco me vale.

-No me fastidies. -gruñí; el jueguecito estaba empezando a cargarme- Reconozco que no es nada original, pero ¿por qué no se podría hacer? Aunque yo personalmente preferiría algo más ambicioso, como por ejemplo evitar el colapso del imperio romano o la invasión musulmana de España...

-Dudo mucho que lo consiguieras; -se burló- tanto los romanos como los visigodos se derrumbaron porque sus respectivos estados estaban completamente carcomidos, no fue algo que pudiera haberse evitado cambiando el curso de una batallas.

-Pero sí sería factible matar a Hitler -porfíé con tozudez aferrándome a su propio ejemplo.

-Me temo, Pablo, que tienes un concepto muy equivocado de los viajes por el tiempo. -me reprochó con suavidad como si estuviera hablando de algo real, y uno de una especulación fantasiosa- Ciertamente tú podrías viajar a Braunau am Inn en 1889 e intentar estrangular en su cuna a Hitler recién nacido cuando nadie lo vigilara; pero ten por seguro que nunca lo conseguirías por más que lo intentaras.

-¿Por qué? -mi sorpresa era real.

-Porque aunque pudieras viajar al pasado, no te resultaría posible alterar la historia; ten en cuenta que cualquier posible cambio histórico provocado por un hipotético viajero del tiempo tendría que haberse reflejado forzosamente ya; el tiempo no es algo moldeable a tu antojo, sino que muy al contrario conserva tenazmente su armazón. Y puesto que Hitler no fue asesinado de niño tú no podrías hacerlo, convéncete de ello.

-Entonces, eso nos dejaría tan sólo un papel de meros espectadores; viajar al pasado sería algo así como ver una película -objeté.

-Sigues sin entender nada. -suspiró moviendo la cabeza- Por supuesto que sí podrías intervenir en el pasado, tu presencia allí sería real; pero cualquier alteración que pudieras provocar ya estaría considerada por la historia, por lo que no podrías alterarla. Quién sabe si el misterioso asesinato de Kennedy no pudo ser provocado por un viajero del futuro; en cualquier caso, nunca existió una historia alternativa en la que Kennedy sobreviviera al atentado. Pero como esté claro que a Hitler no lo asesinaron en su cuna, ni antes de llegar al poder en Alemania, es absurdo pensar que alguien intentara hacerlo, ya que no obtendría el menor resultado. Lo que fue, eso será; sentenció filosóficamente echando mano del Eclesiastés- nada nuevo hay bajo el sol.

-Tanto me da, -rezongué al tiempo que me rebullía inquieto en el incómodo banco; se me estaban quedando los pies helados.

-Pues no es lo mismo, ni mucho menos. -sonrió con displicencia- Mi teoría es que los viajes por el tiempo, quiero decir al pasado, -se corrigió- no sólo no son imposible, sino que incluso serían necesarios en ocasiones para cerrar ciertos bucles temporales exigidos por el devenir de la historia.

-¡Oye, Luis, ya está bien! -exploté al tiempo que me incorporaba de mi asiento- Me estoy pelando de frío, y si lo único que hacemos aquí es discutir sobre el sexo de los ángeles, te aseguro que preferiría estar en otro sitio más cómodo y más caliente.

-Calma, Pablo, no te sulfures; -me tranquilizó al tiempo que me obligaba a sentarme de nuevo a su lado- discúlpame, todas estas disquisiciones eran tan sólo un preámbulo digamos que... teatral. Te prometo que iré al grano. ¿Qué pensarías si te dijera -puso los ojos en blanco- que he construido una máquina del tiempo?

-Diría que estás como una regadera. -me zafé de la mano con la que me sujetaba el brazo, pero permanecí sentado- Y que ya es hora de que nos vayamos de esta puñetera nevera. Estoy helado.

-Espera... ¡y deja el culo quieto, aunque sea por un momento! No tardaré en explicártelo, y quiero hacerlo en un sitio donde nadie pueda oírnos. Y luego, si quieres, nos vamos a mi casa, o si prefieres, a mi laboratorio; puedo demostrarte que no es un farol. La máquina existe.

-Tío, tú estás como una cabra... eso que dices es imposible.

-Ven a verlo; -me retó- pero antes, déjame terminar de contártelo.

-Está bien. -me rendí impotente- Desembucha.

-Poco me queda ya por contar. -explicó mi amigo- He construido la máquina, puedes creerlo, y pienso utilizarla en beneficio propio, por supuesto teniendo en cuenta las premisas que te he explicado antes.

-Pues tú me dirás... -pese a mi mansedumbre no estaba por la labor de cooperar- pero por favor, sé breve.

-He de confesarte que siempre he tenido un punto, sólo uno, de vanidad; -Luis había hecho caso omiso de mi última pulla- nada me hubiera gustado más que tener un buen retrato mío.

-Nada más fácil; -respondí con brutalidad- con toda la pasta que tiene tu padre, puedes permitirte el lujo de contratar al pintor que te de la gana.

-No seas bestia. -me reprochó- El problema no es de dinero; en realidad un buen retrato no cuesta tanto, pero ¿qué quieres que te diga? El problema está en que la pintura actual ha degenerado, ya no queda ni uno tan sólo de los grandes maestros de antaño... y yo jamás me conformaría con una medianía, por no decir ya con un mamarracho.

Luis, de sobra lo sabía, aborrecía profundamente a todo cuanto olera siquiera a arte contemporáneo. Sabiendo mejor el terreno que pisaba, apunté:

-No me digas que pretendes viajar al pasado para que Velázquez te pinte un retrato...

-Aunque el sarcasmo era patente, Luis no entró al trapo respondiéndome completamente en serio:

-Velázquez precisamente no... ya me gustaría, pero como bien sabes, él sólo pintaba a personajes de la corte. Yo había pensado más bien en Goya.

Y lo dijo el tío con todo desparpajo...

-¿Y por qué no, ya puestos, Rubens o Tiziano? -seguí en mis trece- Tampoco estaban mal, y cuanto más antiguos, más glamour...

-Porque resultaría extremadamente difícil hacerme pasar por alguien de esa época, no pretenderás que me presentara allí vestido con unos vaqueros y con el teléfono móvil en el bolsillo... aunque por muy bien disfrazado que fuera, notarían de inmediato mi condición de extraño, y entonces la Inquisición no se andaba con tonterías.

-Ya, y en el diecinueve sería la cosa más sencilla.

-Pon mejor en el dieciocho; como comprenderás tendría que estar loco para meterme en el berenjal de la Guerra de la Independencia, o en el tenebroso reinado de Fernando VII que vino a continuación. También resultaría conveniente evitar las fechas posteriores a la revolución francesa, puesto que en el gobierno español se produjo una fuerte reacción contra los aires de apertura anteriores, eso sin contar con las convulsiones del período de gobierno de Godoy; así pues, pienso que la época ideal sería la de recién llegado a Madrid, antes de que se convirtiera en pintor de la corte. Entonces Goya todavía era joven y no había llegado a la cúspide de su fama, lo que le haría más accesible a la hora de recabar sus servicios como pintor.

A estas alturas yo ya no sabía que hacer par quitármelo de encima. Así pues, le propuse:

-Bueno, entonces, ¿vamos a tu casa, o no?

Durante el viaje, en su coche y con la calefacción puesta, seguimos discutiendo del tema.

-Hay algo que sigo sin entender. -había decidido seguirle la corriente, al menos mientras estuviera en un lugar caliente- Admitiendo que tú vayas al Madrid de Carlos III y consigas que Goya te haga un retrato haciéndote pasar por un contemporáneo suyo, ¿cómo demonios explicas que ese cuadro no sea conocido por los expertos, ni que aparezca por ningún sitio?

Mi pregunta coincidió con un semáforo en rojo, lo que permitió a Juan volverse hacia mí para enfatizar su respuesta; era evidente que cada vez estaba más excitado.

-Mi querido amigo, que algo no se conozca, no quiere decir que no exista...

-¿Y cómo puedes estar seguro de que Goya llegara a retratarte? -me estaba empezando a gustar el papel de abogado del diablo- Y si no fue así, -continué sin darle tiempo a responder- ¿cómo demonios sabrás dónde pueda estar escondido el cuadro? No es nada fácil que una obra de ese calibre lograra pasar desapercibida durante doscientos y pico años.

Luis tardó varios segundos en responder, puesto que el semáforo se había abierto y el energúmeno de detrás comenzó a pitar con impaciencia. Una vez que consiguió quitárselo de encima, continuó:

-Verás, Pablo, básicamente hay dos opciones: que exista el retrato, o que no exista. Pero lo que sea, eso será -le seguía gustando la dichosa cita-. El problema es que, al día de hoy, yo no puedo saber si Goya llegó a retratarme, puesto que todavía no he hecho el viaje;

y por la misma razón, también desconozco donde pude esconder el cuadro, si éste llegó a ser pintado, para que no fuera descubierto hasta nuestros días... por mí, o por quien yo considere oportuno. Eso sí, el hecho de que no se conozca, me he asegurado convenientemente de ello, indica que o bien fracasé en mi intento, o bien habré triunfado quedándome tan sólo la tarea de rescatarlo del olvido. Pero hasta que no realice el viaje, no podré saberlo. Salvo, claro está, que por alguna razón me viera obligado a interrumpirlo, algo que por otro lado no entra en mis cálculos.

-¿Esconder? ¿Rescatar? -exclamé confundido- Cada vez entiendo menos.

-¡Hombre, no pretenderás que el mérito se lo lleve otro! -exclamó con vehemencia, casi gritando- Después de tanto esfuerzo, permíteme que disfrute al menos de mi momento de gloria. Mi plan consiste, una vez que el cuadro haya sido pintado, en esconderlo de alguna manera que pueda permanecer oculto hasta que yo, a mi vuelta, lo pueda *rescatar* haciéndolo pasar por el retrato de un antepasado mío... al que casualmente me pareceré como una gota de agua a otra -rió-. Por supuesto permitiré que lo examinen todos los expertos que haga falta hasta determinar sin ningún género de dudas que se trata de un goya auténtico, y con toda generosidad lo donaré al Museo del Prado. ¡Seré la única persona capaz de presumir de tener colgado un retrato suyo en la mejor pinacoteca del mundo! Aunque tenga que ser al precio de ocultar la verdadera identidad del personaje retratado.

A esas alturas comenzaba a dudar seriamente de la estabilidad mental de mi amigo; pero aguijoneado por un prurito de maldad decidí echar un jarro de agua fría a su entusiasmo.

-Te veo muy optimista; sin embargo, encuentro varias posibles causas de fracaso.

-¿Cuáles? -Luis se crispó tanto que tuvo que pegar un volantazo para esquivar los coches aparcados.

-En primer lugar, que por una u otra causa no te sea posible conseguir que Goya pinte el cuadro.

-Ese riesgo está asumido -gruñó desabrido.

-También puede ser que lo pinte, lo escondas, vuelvas al presente y lo busques en vano... en todos estos años, y con tantas guerras y catástrofes de por medio, pudiera haber sido destruido o robado; o bien caer en manos de un coleccionista privado que lo guardara en su casa sin permitir que nadie lo viera. Casos de éstos se han dado, y en cualquiera de ellos habrías perdido el control sobre él.

Al escuchar mis palabras Luis se encerró en sus propios pensamientos sin llegar a responderme; era evidente que le había dado justo donde más le dolía. Pero finalmente se explayó:

-Tienes razón, son riesgos que hay que tener en consideración. Pero cuento con una ventaja, conozco la historia lo suficientemente bien como para intentar evitar todos estos desagradables avatares. Te agradezco que me lo advirtieras, ya que así podré prevenirlo.

Bien, me había salido el tiro por la culata y, lo peor de todo, me había quedado sin argumentos para rebatirle su locura. Por fortuna justo entonces fue cuando llegamos a su casa, lo que me permitió tomarme un respiro.

Luis era un manojo de nervios cuando abrió la puerta de su laboratorio; con independencia de que la historia fuera cierta o un simple delirio de su calenturienta mente, era evidente que él sí se la creía.

-Bueno, ahí está -exclamó exultante-. ¿Qué te parece mi máquina del tiempo?

La *máquina del tiempo* que me mostraba era algo que a simple vista parecía un chaleco bordado con los motivos típicos del siglo XVIII.

-¿Eso es la máquina del tiempo? -pregunté incrédulo.

-Naturalmente. -el tono de su voz tenía un punto de irritación- ¿Acaso esperabas encontrarte con un artilugio del tamaño de un submarino?

-Hombre, yo... -balbuceé confuso- la verdad es que esperaba ver algo más... sólido.

-Sí, claro, un aparato con botones, lucecitas, un asiento... que no tendría donde esconder y que en una España anterior a la Revolución Industrial quedaría de lo más discreto. Muy inteligente por tu parte.

-Pues no está mal el invento. -refunfuñé amostazado- Toda una máquina del tiempo metida en una prenda de vestir. Eso sí que es miniaturización, y lo demás tonterías.

-En realidad el chaleco tan sólo contiene los mandos, camuflados entre los adornos; es toda una suerte que la moda masculina del siglo XVIII fuera tan recargada. -reconoció pícaramente, como niño cogido en una travesura- La máquina propiamente dicha está ahí - y señaló a un punto indeterminado del centro de la habitación-, dentro de un campo de éxtasis atemporal; evidentemente queda fuera de todo tipo de miradas indiscretas. De todos modos no es demasiado grande, no ocupa mucho más que una cabina telefónica.

A mí todas esas parrafadasseudocientíficas me sonaban a chino o, mejor dicho, a literatura de ciencia ficción barata. Y por supuesto, crecía en mi interior de forma

irrefrenable la sensación de que Luis me estaba tomando miserablemente el pelo. Pero pese a todo, decidí continuar siguiéndole la corriente.

-Claro está, no la has probado todavía... -dije al fin con malicia.

-Te equivocas de nuevo. Mira esto.

Y me entregó con aire triunfal un periódico. Sorprendido ante lo inesperado de su reacción lo cogí sin saber muy bien qué hacer con él.

-Mira la fecha -sugirió.

Lo hice. Correspondía al 17 de abril de 1953, pero por su aspecto parecía haber salido de la imprenta ayer mismo.

-¿Es un facsímil?

-En absoluto. -respondió en tono serio- Es un original que compré hace tres días sacrificando algunas de las monedas antiguas de mi colección... justo en esa fecha, claro. Reconozco que para esta primera prueba no me atreví a retroceder más en el tiempo, pero el ensayo fue satisfactorio como puedes comprobar por ti mismo. La máquina funciona.

-Luego estás decidido a viajar a la época de Goya...

-Por supuesto, no te quepa de ello la menor duda. Pero antes necesitaré algún tiempo para organizarlo todo; retroceder al pasado casi doscientos cincuenta años y vivir allí durante una temporada consiguiendo pasar desapercibido no es algo baladí. Tendré, en primer lugar, que aprender todo cuanto pueda acerca de la sociedad y la cultura españolas de la época, no puedo permitirme el lujo de incurrir en ningún anacronismo. Aunque para entonces la Inquisición tenga ya limados los colmillos, no me gustaría correr el riesgo de ser tomado por espía de una potencia extranjera, pongo por ejemplo.

-Tendrás que ir disfrazado. -apunté tontamente por decir algo.

-Eso no es problema; ya has visto el chaleco. Los trajes ya están encargados, y me están falsificando una cantidad suficiente de dinero de la época... por fortuna los ricos solemos tener una bien merecida fama de coleccionistas caprichosos -rió.

-¿Cuánto tiempo calculas que estarás fuera? -yo mismo me sorprendía de mi refinada hipocresía.

-¡Oh! Al menos algunos meses; no me resultará fácil adaptarme a la vida de allí. Además tendré que contactar con Goya, convencerle para que me retrate y aguardar a que lo termine... todo ello llevará su tiempo.

-Tendrás que justificar de alguna forma tu ausencia.

-También eso está previsto. Oficialmente haré un viaje de aventura a cualquier sitio remoto que se me ocurra, lo suficientemente exótico como para que nadie me pueda seguir el rastro. Además, se da la afortunada circunstancia de que el vector temporal no es lineal; mis varios meses de estancia en el siglo XVIII corresponderán a tan sólo un breve intervalo aquí, ya que ajustaré la vuelta a apenas unos minutos después de mi partida. En la práctica mi ausencia durará varios días, a causa de la coartada del falso viaje. Así de fácil. Y como la máquina del tiempo no sólo permite seleccionar el momento de la llegada, sino también el lugar de la misma dentro de un amplio margen espacial, tampoco tendré que andar dependiendo de los toscos transportes de la época. Al Madrid de Carlos III derechito y vuelta un instante después, con el cuadro puesto a buen recaudo.

Y viendo mi mutismo insistió:

-¿Qué piensas? Di algo, hombre, no te quedes ahí pasmado...

-¿Qué quieres que diga? -acerté a musitar con un hilo de voz- Me tienes anonadado.

Y era sincero, pese a todo.

Pasó algún tiempo. Ya casi había olvidado el asunto, enfrascado como estaba en mi nuevo trabajo, cuando una llamada de Luis vino a invocar a los pasados fantasmas. Me informaba de que ya estaba todo listo y que esa misma noche partiría para el *viaje*, emplazándome para su vuelta un par de semanas más tarde. Le dije que sí, le deseé buena suerte de forma automática, colgué y seguí a lo mío.

Dos semanas más tarde, en contra de lo prometido, no dio señales de vida, y seguía sin darlas al mes. Intrigado y algo preocupado llamé a casa de sus padres interesándome por él. La respuesta fue un auténtico mazazo: Luis había desaparecido durante un viaje a un remoto lugar de las estepas de Asia Central a donde se había empeñado en ir sin compañía, y aunque tanto su familia como la embajada española estaban en contacto con las autoridades locales, no se tenía la menor noticia de su paradero.

Luis jamás apareció, ni vivo ni muerto. Cumplidos los plazos legales su familia solicitó que fuera dado oficialmente por muerto, y ahí se acabó todo.

Yo, por mi parte, seguí con mi vida tranquila. Finalmente conseguí un buen trabajo, encontré una novia, me casé con ella, tuve un par de hijos... nada fuera de lo normal. Y me fui olvidando poco a poco de Luis.

Hasta que hace unos meses el fantasma se agitó de nuevo.

La noticia, que alcanzó un inusitado eco en los principales medios de comunicación, tanto españoles como extranjeros, fue el descubrimiento de un goya completamente desconocido hasta entonces, incluso hasta para los estudiosos más eruditos del pintor aragonés. El hallazgo se había realizado de forma casual al remover el desván de un viejo caserón propiedad de una familia aristocrática venida a menos. Los expertos afirmaban que se trataba de un goya auténtico sin el menor atisbo de duda, y que éste no figuraba en ninguno de los catálogos que recogían la obra del genial sordo, ni tan siquiera en los más exhaustivos e incluyendo las obras que se daban por desaparecidas.

Se trataba, pues, de un auténtico bombazo en el mundillo del arte, rematado con el final feliz de su adquisición por el Museo del Prado.

Y eso que la temática del cuadro no tenía nada de particular, ya que se trataba de una obra primeriza en la que el pincel de Goya había retratado a una familia burguesa de la que se desconocía hasta el apellido... sin duda una obra alimenticia del joven pintor recién llegado a Madrid. Pero era un goya, y esto le marcaba sobre otras muchas obras similares salidas de los pinceles de otros artistas menos famosos.

El cuadro, por supuesto, fue reproducido en todos los medios de comunicación. Y al contemplarlo por vez primera comenzaron a surgirme las primeras dudas: el esposo, pese a las diferencias de vestuario y de peinado -llevaba peluca-, se parecía sorprendentemente al desaparecido Luis.

Cuando el retrato fue expuesto al público me apresuré a ir al museo para contemplarlo de cerca. Era Luis... aunque los estragos de veinte años en la memoria, máxime teniendo en cuenta que siempre había sido un pésimo fisonomista, me hacían dudar. Bueno, en realidad lo que me hacía dudar -lo otro eran excusas- era el sentido común. ¿Qué eran esas zarandajas de los viajes por el tiempo? Tan sólo contaba con su palabra, y podía haberme mentido. ¿No era más lógico suponer que se hubiera perdido realmente en ese remoto *Algotán* al que, según todos los indicios, se había empeñado en ir?

Pese a todo, y casi sin saber como, compré una lámina con la reproducción del cuadro y me la llevé a casa, donde procedí a estudiarla con detalle.

Efectivamente los rasgos recordaban a los de Luis, pero... ¡el chaleco! Un escalofrío me recorrió el cuerpo al percatarme de su existencia. Ese chaleco lo había visto antes... me lo había enseñado el propio Luis. ¿O no era el mismo? Desde luego era muy parecido... y muy común, supuse, en la indumentaria masculina de la época.

Escudriñé con detenimiento el resto del cuadro. La joven esposa, sentada, tenía una niña de corta edad en su regazo, y al lado suyo un niño de unos cuatro o cinco años, de pie, miraba al pintor -o al espectador- con unos grandes ojos. En torno a los personajes se

desplegaba la cacharrería típica de una casa burguesa de la segunda mitad del XVIII, incluyendo un reloj de péndulo colgado de la pared del fondo.

Fue el reloj lo que reclamó mi atención. En torno a la esfera se adivinaba una leyenda y, como mi vista había dejado de ser buena hacía años, tuve que recurrir a una lupa para intentar leerla. Lo lógico era pensar que el pintor se hubiera limitado a esbozarla, al fin y al cabo se trataba tan sólo de un elemento accesorio del cuadro; pero para mi sorpresa Goya la había rotulado con todo detalle. Leí: *“Lo que fue, eso será”*.

Y no era eso todo. De nuevo el escalofrío, si cabe todavía más intenso, me estremeció. El esposo, de pie al lado de su mujer y sus hijos, sostenía un papel en la mano derecha. También aquí los pinceles de Goya lo habían pintado con todo detalle, pudiéndose ver que se trataba de un mapa de Austria. Al estar parcialmente plegado tan sólo se podía apreciar una parte del mismo, concretamente la correspondiente a la zona del norte del país. Una ciudad se apreciaba con nitidez en mitad esa porción, Braunau am Inn... la ciudad natal de Hitler.

¿Casualidad? Puede. Los expertos argumentaban que el anónimo personaje que posó para Goya habría sido un austriaco asentado en España, y que el detalle del mapa se debió probablemente a un explicable intento por recordar a su patria... y yo quiero creerlo así.

Pero son muchos los elementos discordantes. El mapa, el reloj con la frase del Eclesiastés, el chaleco... ¿no formarían parte todos ellos de un mensaje dirigido a mí escrito con unas claves que Luis sabía que sólo yo sería capaz de descifrar?

Quizá Luis sí viajó al pasado. Quizá hubo algo que le impidió volver, obligándole a rehacer su vida allí. Quizá fuera el amor lo que le retuvo, haciéndole renunciar a una vida muelle, pero en el fondo vacía. Quizá quiso decirme a través de los siglos que, pese a mi escepticismo, había tenido éxito. Quizá todo sea tan sólo especulaciones mías.

Quizá...